
HARLEQUIN
Deseo
IDENTIDAD SECRETA
Kasey Michaels
El secreto del magnate

El secreto del magnate

Kasey Michaels

1º Identidad secreta

El secreto del magnate (2009)
Título Original: The tycoon's secret (2008)
Serie: 1º Identidad secreta / 4º Serie Multiautor Obsequios de un millonario
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1638
Género: Contemporánea
Protagonistas: Sam Balfour y Paige Halliday

Argumento:

Aquellas fiestas les reservaban una gran sorpresa…

Para su sorpresa, la decoradora de interiores Paige Halliday recibió un regalo de un misterioso benefactor. Aunque fue Sam Balfour, el atractivo desconocido que le hizo entrega del mismo, el que la dejó sin palabras.

Paige nunca se había sentido tan atraída por un hombre, y mucho menos por uno que se negase a revelarle la verdad. Ya había conocido a algunos playboys como él y, aunque tenía claro que no se iba a dejar manipular, podía dejar que Sam la mimase… un poco. Al fin y al cabo, pensaba ser capaz de disfrutar de él sin encariñarse demasiado. Pero el destino parecía tener otros planes para ambos.

Capítulo 1

Se requiere su honorable presencia

en un lugar no revelado.

El veinticuatro de diciembre de este año,

a las ocho en punto de la tarde,

para una cena de gala

en la que recibirá una explicación

relativa al regalo anónimo.

he adjuntamos el plan de viaje

para usted y el acompañante que elija.

Sam Balfour echó un último vistazo sin interés a las palabras de la invitación y la dejó, junto a otra docena de invitaciones más, encima del escritorio de caoba.

S. Edward Balfour IV apoyó la espalda en el sillón de cuero color burdeos que parecía demasiado grande para él después de haber empezado a encoger con la edad, puso los dedos encima de su generoso vientre y miró a su sobrino, que estaba al otro lado del escritorio.

—Estás tratando de decirme algo con ese gesto, ¿verdad, hijo? ¿Me das tres intentos para averiguar qué es?

—No hace falta que adivines nada. Esto podría servir en lugar del informe del mes de noviembre, ¿no crees? Lo siento, Papá Noel, pero el ser humano no ha estado a la altura de lo que esperaba este año tampoco, aunque tal vez tú no opines lo mismo. Tres personas generosas y con buen corazón y quince interesados y egoístas. Sólo he tenido noticias del último, la joven asesora de Florida, que se fue a Las Vegas a los tres días de recibir el dinero. Te advertí que no regalases dinero. Tres, tío Ned, tres de dieciocho. Menos que nunca.

—Está bien, supongo que tengo que aceptar esa desviación del informe mensual, pero permíteme que te recuerde, Sam, que cada regalo va siempre acompañado de una nota en la que dice que se puede hacer con él lo que se quiera.

—Sí. Y la mayoría de los afortunados prefieren guardarse el dinero para ellos, y no preocuparse por nadie más. Es como el tipo que toma una rebanada del centro del pan blanco y luego deja la bolsa abierta para que el resto se ponga duro. ¿Qué más me dan los

demás, si yo ya tengo mi trozo?

—Estoy empezando a preguntarme si los malos datos te disgustan o te alegran, Sam. Aunque ésa sería una pregunta retórica, ¿no?

—Da igual lo que yo piense, tío Ned. No se trata de eso —dijo Sam, sin gustarle el tono defensivo de su propia voz—. Llevas casi diez años haciendo esto, y las cifras cada vez son peores. ¿Qué vas a necesitar para convencerte de que la gente no es como tú crees? Por lo general, somos una panda de cretinos avariciosos, algunos ponemos buena cara, pero todos pensamos en nuestro propio interés y nada más.

—Y algunos incluso somos unos cínicos —añadió tío Ned en tono divertido mientras volvía a echarse hacia delante—. Estoy de acuerdo contigo, Sam, las respuestas a los regalos de este año han sido más bien decepcionantes. Cuando empecé con esto, más de la mitad de los receptores hacían algo bueno con sus regalos, algo que servía para los demás y no sólo para ellos mismos.

—Sí, lo sé. Pensaban en el bien común por encima de su beneficio individual. Algo estupendo en teoría, pero asqueroso en la práctica.

—No del todo. Me has dicho que ha habido tres.

Sam sintió lástima por su tío, que era también su jefe.

—Mira; lo has hecho lo mejor que has podido, tío Ned. Pero creo que lo mejor será que enviemos a las tres personas que han pasado la prueba su millón, les hagamos firmar el acuerdo de confidencialidad y paremos este proyecto. No tiene sentido hacer una fiesta este año. A no ser que quieras invitar a todos los demás y ver la cara que ponen cuando Bruce les explique las reglas y sólo tres se lleven los cheques.

—Eso te divertiría, ¿verdad?

Sam se encogió de hombros.

—Tal vez. No. No creo. Quiero decir que, para mí, los que reaccionan como la mayoría, son los normales. Sólo un idiota regalaría algo que puede quedarse para él. Ya sabes, a caballo regalado, no le mires el diente. Tú se lo das, y ellos lo aceptan. ¿Por qué iban a actuar de otra manera?

—Oh, Sam. Le estás rompiendo el corazón a un pobre viejo. De verdad.

Sam se apoyó en una esquina del escritorio.

—Sólo te estoy diciendo lo que pienso. Además, tío Ned, ya te he enseñado los artículos de los periódicos. Esa dama, la tal Leticia Trent, no va a dejarlo pasar. Todo el mundo se está enterando de lo

que estás haciendo.

—Sí, sí, ya lo sé. El Papá Noel multimillonario, que lleva una vida recluida y hace inesperados regalos para ver lo que hacen con ellos los afortunados y luego da un millón de dólares a los generosos. Pero hasta ahora sólo son rumores, recuerda, nada más que especulaciones. No estoy preocupado. Sino que me siento más bien halagado —se dio unas palmaditas en el estómago—. Hasta estoy consiguiendo la curva de la felicidad.

El anciano hizo una pausa para añadir más tarde entre sollozos:

—Era lo que quería Maureen, Sam. Es lo que hicimos juntos durante los últimos años antes de que me la quitaran. No voy a parar. No pararé hasta que no quede nadie bueno en el mundo, y no creo que eso ocurra nunca.

—Lo entiendo, y siento haber sacado el tema —se disculpó Sam, zanjando la discusión a regañadientes.

La tía Maureen había estado los cinco últimos años de su vida postrada en cama, y el generoso proyecto había sido idea suya. El tío Ned y ella habían buscado en los periódicos y en Internet beneficiarios de sus inesperados regalos, ya fuese dinero u otra cosa interesante para el individuo seleccionado.

Si la persona se quedaba con lo que le regalaban y lo utilizaba de manera egoísta, quedaba excluida de otro regalo, todavía mayor, que se entregaba en la reunión de Nochebuena. El regalo inicial seguía siendo para dicha persona, pero no recibía nada más.

Sam pensaba que Maureen y el tío Ned jugaban a ser Dios con las vidas de otras personas, pero siempre se había guardado aquella opinión para sí mismo. Si quería que terminase aquel proyecto, era porque estaba cansado de ver cómo le rompían el corazón a su generoso tío año tras año.

Aunque también conocía los argumentos de su tío para continuar con él.

El tío Ned juraba que había sido la búsqueda de los beneficiarios, la selección, la alegría cuando alguno hacía algo magnífico con su regalo, lo que había mantenido a su querida esposa con vida más tiempo del que los médicos habían diagnosticado.

Tal vez en esos momentos estuviese ocurriendo lo mismo con él, y esa idea asustaba a Sam. Porque si bien no creía en la bondad de las personas, lo que odiaba era la parte del multimillonario recluido, ya que su tío llevaba ocultándose del mundo desde que su esposa había fallecido.

—¿Sam?

—Sí, señor —contestó él, recogiendo las invitaciones que no se enviarían ese año con el propósito de tirarlas a la basura.

—Tal vez quieras quedarte con una de ésas —tío Ned abrió el cajón del centro y sacó una carpeta verde oscuro—. He recibido un beneficiario más para ti.

—No abandonas, ¿verdad? —aceptó la carpeta a regañadientes —. Aunque salga bien, seguirán siendo cuatro de diecinueve. Si en vez de personas fuesen acciones, no lo considerarías una buena inversión.

—Ésa es la cuestión, Sam. Las personas no pueden sumarse en un balance. No pueden situarse en la columna de ganancias o pérdidas de un libro de contabilidad. Me gustaría que lo entendieses. Me preocupas, hijo. Me preocupa la mala opinión que tienes del ser humano en general, no tienes motivos para pensar así. Cualquiera pensaría que has crecido en un tugurio en el que se te ha oprimido, en vez de aquí, donde hasta tú tendrás que reconocer que has vivido a cuerpo de rey.

Sam sonrió.

—Lo sé. Casi me cuesta un defecto de habla, intentar hablar con toda la cubertería de plata dentro de la boca.

El tío Ned ladeó la cabeza y sonrió a su sobrino.

—¿Te has planteado alguna vez que han podido ser las malas compañías las que te han hecho ver así las cosas? Por muy bellas que fuesen las mujeres.

—Son bellas, y siempre intentan sacar algo de la situación, o de mí. Por suerte, también son prescindibles e intercambiables, pero será mejor que dejemos para otro momento el psicoanálisis de mi inapropiada respuesta al hecho de haber nacido con una cuchara de plata en la boca —levantó la carpeta—. Se lo daré a Bruce para que empiece.

—No, Sam, no se lo des a Bruce. Ha habido un cambio de planes. Quiero que te ocupes personalmente de él.

—¿Yo? Tío Ned, venga. Yo me ocupo del papeleo, de los regalos, de las transferencias. Me encargo de las invitaciones, de las tres de este año. Preparo los malditos cheques de un millón de dólares y la fiesta de Nochebuena. Bruce se ocupa de todo lo demás, la reunión, la bienvenida, el alojamiento y, sobre todo, de repartir los regalos iniciales y de hacer el seguimiento. No es mi trabajo.

—Harás lo que yo te diga que hagas, Sam —repitió su tío en tono firme—. Vive aquí. No tendrás que viajar ni que perder tiempo. Podrás seguir dirigiendo mis empresas y acostándote con cualquier mujer guapa que se te ponga delante, como la pelirroja de

la semana pasada.

Sam miró a su tío, sorprendido.

—¿Qué has dicho? —le preguntó—. ¿También me tienes vigilado a mí además de a tus beneficiarios? Estupendo. Ahora, tendrás que perdonarme, tengo que ir a buscar a Bruce para romperle la nariz.

—Deja a Bruce en paz. Sólo hace lo que yo le digo. Y de forma deprimentemente bien en tu caso. Tuve que advertirle que no me trajese más, cómo decirlo, fotografías interesantes de ti y tus jovencitas intercambiables y prescindibles. Si te soy sincero, me sorprende que no se enfríen más a menudo, con esa manera de vestirse. Eres mi único heredero, Sam, el hijo de mi hermano. Te quiero, pero no me gusta lo que estoy viendo. Te estás volviendo frío e incluso duro. Me da miedo que termines solo y desilusionado.

—Y yo que pensaba que te caía bien —se quejó Sam intentando desviar la conversación con una broma—. Me llamo igual que tú, ¿recuerdas? He crecido sentado en tu regazo, me has enseñado todo lo que sabes. No pensé que te hubiese decepcionado tanto.

—No discutas conmigo acerca de esto, Sam, porque no vas a ganar. Eres muy bueno en la parte más feroz de los negocios, y lo sabes. Y creo que también eres muy bueno con las mujeres. De hecho, creo que en el último informe de Bruce decía que podrías dar clases.

—Vaya, gracias Bruce —dijo Sam sonriendo—. No obstante, todavía tengo ganas de romperle la nariz.

—Por mucho que sonrías y hagas gracias no te vas a librar de esto, Sam. Sígueme la corriente. Deja que intente enseñarte lo que Maureen me enseñó a mí. He dejado a un lado a Bruce y su cámara.

—Veo que hablas en serio, ¿verdad?

—Sí. Quiero que te ocupes de este potencial millonario desde el principio hasta el final. Quiero que seas tú quien me traiga todos los informes. No sé qué pasará, pero he escogido a la persona con mucho cuidado y tengo que admitir que albergo grandes esperanzas en ella. Quiero ver si tu mala opinión del ser humano se reafirma, o si empiezas a ver lo que Maureen me enseñó a ver a mí: que en este mundo hay más personas buenas que malas.

—Pero todavía más codiciosas —masculló Sam mientras volvía a su despacho de la inmensa mansión de Filadelfia.

Dejó la carpeta verde encima de su escritorio, negándose a mirarla, y se marchó a comer.

Con el auricular del teléfono pegado a la oreja, Paige Halliday

rebuscó frenéticamente entre un fajo de notas que había encima de un escritorio lleno de papeles apilados.

—No, Claire, estoy segura de que estoy en lo cierto, ¡es que no puedo encontrar mis malditas notas! Diez señores saltarines. No doce. Maldita sea, ¿qué eran doce? Tal vez tengas razón tú y no yo. ¿Dónde voy a encontrar una docena de señores saltarines? Ya me parecía imposible encontrar diez. ¿Estás segura? No, espera, he encontrado la lista. La tengo delante. Son doce tambores tamborileando. Diez señores saltando. ¿Lo tienes? Por favor, dime que lo tienes. Sí, espero.

Paige se dejó caer sobre una de las esquinas del escritorio, preguntándose por qué había accedido a preparar una publicidad acerca de los Doce Días de la Navidad en el último momento, para utilizarlo para promover las ventas de su centro comercial después de Navidad.

¿Qué tenían planeado? «En el quinto día después de las Navidades mi amor verdadero me regaló cinco anillos de oro… ¿con un descuento del setenta por ciento? En el noveno día después de las Navidades mi amor verdadero me regaló… ¿a nueve mujeres bailando en la sección de hogar buscando ofertas de ropa de casa?».

Y todo tenía que ser de tamaño natural, porque el vestíbulo del centro comercial era enorme y más pequeños parecerían enanos.

—¡Enanos! —protestó para sí misma—. Enanos sí que tengo en el almacén. Son las ocho doncellas ordeñando las que van a volverme loca. ¿Hola? ¿Claire? ¿Sigues ahí? No encuentras diez señores saltarines, ¿verdad? Bueno, entonces, qué me dices de… maldita sea. Espera, Claire, hay alguien en la puerta de servicio, debe de ser otro paquete. Luego te llamo, ¿de acuerdo? No te olvides de los cuatro pájaros cantarines. No, no sé cómo es un pájaro cantarín. ¿Qué persona normal sabría algo así? Arréglatelas como puedas. Vaya. Están llamando otra vez. Tengo que irme, te llamaré.

Paige colgó el teléfono inalámbrico y se llevó las manos a las sienes a ver si así se le calmaba aquel horrible dolor de cabeza. Habían dejado de tocar al timbre para ponerse a aporrear la puerta.

Contó hasta tres, dejó caer las manos y respiró profundamente.

En el mundo de Paige Halliday, dueña y trabajadora de Holidays by Halliday, el mes de octubre era frenético y el de noviembre, una locura. Diciembre era como octubre y noviembre juntos, y al cuadrado. El hecho de que las Navidades le proporcionasen más del sesenta por ciento de sus ingresos brutos solía ser suficiente para motivarla y que pudiese funcionar al máximo nivel.

Pero eso no quería decir que estuviese en sus cabales entre el día de Acción de Gracias y el veinticuatro de diciembre.

—¡Ya voy, ya voy! ¡Me estoy dando toda la prisa que puedo!— gritó mientras se abría paso entre montones de rollos de cinta y cráteres de plástico llenos de enormes bolas de Navidad. Contuvo la respiración y metió la tripa, a pesar de no tenerla, para pasar entre un muñeco de nieve y un reno.

Volvieron a llamar y al parecer se descuidó, porque empujó un montón de cajas de purpurina plateada.

—¡Espere, maldita sea!

Abrió la puerta mientras se quitaba algo de purpurina de la punta de la lengua y cerraba los ojos y sacudía la cabeza, dejando caer la purpurina de su pelo, cara y hombros. Había conseguido agarrar la caja antes de que se cayese, pero el contenido le había llovido encima.

—Ya está. Siento haber tardado en abrir la puerta. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó sin mirar realmente al hombre que esperaba en el rellano.

—Eso depende —contestó él en tono divertido.

Tenía la voz tan sexy que Paige se quitó los restos de purpurina que le quedaban en las pestañas y concentró toda su atención en él.

«Mira eso. Si sonríe hasta con los ojos. Guau. ¿Por qué todos los buenos se presentan cuando parece que acabo de escaparme de un hospital psiquiátrico?».

—¿De qué depende? —preguntó mientras se quitaba la purpurina de los hombros. Caspa plateada, estupendo.

—¿Es usted Paige Halliday?

—Si le dijese que no, ¿volvería dentro de una hora, cuando estuviese presentable? —preguntó fijándose en que el tipo tenía los dientes perfectos—. ¿Tiene algún paquete para mí? Si existe Dios, será el árbol de Navidad rosa que estoy esperando. De árboles verdes tengo lleno el garaje.

—Lo siento, pero, no. No traigo ningún árbol rosa. Está empezando a llover. ¿Le importa que pase?

—No estoy segura… esto… —lo escrutó con la mirada. «Bonita corbata», se dijo—. ¿Lo conozco de algo?

—No, señorita Halliday, no me conoce. ¿Necesita que mi madre le envíe una carta de presentación?

Paige se ruborizó.

—No, por supuesto que no. Es sólo que… no tiene usted aspecto de chico de los recados.

—Eso me reconforta, gracias.

Estupendo. Se había lucido con el comentario. Claro que, era cierto que el tipo no parecía un chico de los recados. Aquel perfecto corte de pelo debía de haberle costado lo mismo que a ella la entrada del piso, y el traje, el doble del valor de sus camionetas de reparto. Era alto, delgado, guapo, y parecía rezumar dinero por los poros en vez de sudar.

No obstante, no lo conocía.

—Si pudiese decirme qué desea. Es decir, que si quiere encargarme la decoración de su piso o de su negocio, estamos abiertos de lunes a viernes. Hasta tenemos una puerta en la calle principal, no hace falta dar toda la vuelta.

—He llamado a la puerta principal, pero no ha contestado nadie. Y ya no estamos en horario comercial —dijo él—. Pero he visto que había luz dentro y he decidido intentarlo. Soy inofensivo, señorita Halliday. Se lo prometo. De hecho, traigo buenas noticias. Y cada vez está lloviendo más.

—Ah, está bien, está bien, entre —dijo Paige apartándose de la puerta—. Cuidado con esa torre de cajas. No creo que la purpurina plateada pegue con ese traje.

—En eso estamos de acuerdo. Le sienta mucho mejor a usted.

—Esto… gracias —dijo mientras lo conducía hasta su taller-despacho—. Por cierto, ¿cómo se llama?

Se volvió y lo vio frente a frente con el reno.

—Bru… Este reno es un peligro, ¿no? Sam, me llamo Sam.

Paige se dio cuenta de que había dudado, pero le ofreció la mano.

—Encantada de conocerlo, Bru-Sam.

Él le dio un apretón firme, pero no demasiado, que duró un segundo más de lo necesario. Paige se dio cuenta, al tenerlo más cerca, de que tenía los ojos de un bonito y cálido color marrón. Y le seguía sonriendo con ellos.

—Llámeme, Sam, por favor. Suelo tartamudear cuando estoy en presencia de una mujer tan bella como usted, señorita Halliday.

Paige se sintió deprimida.

—Oh, genial. Viene a venderme un seguro, ¿verdad? Mire, estoy muy contenta con el que tengo, ya se lo dije al tipo que llamó la semana pasada.

—No, no vendo seguros, señorita Halliday —le informó Sam mientras se metía la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacaba un caro sobre de color crema—. Estoy aquí para darle esto.

—Por supuesto —afirmó ella mientras seguía quitándose purpurina de los hombros—. Es usted la quinta persona que pasa

por aquí esta semana a darme algo —comento apoyándose en el escritorio, deseando haberse puesto algo más elegante que aquellos vaqueros negros y un viejo jersey de angora verde.

—¿Es eso cierto? Qué afortunada.

A Paige le dio la sensación de que la primera impresión que estaba causándole a aquel extraño no era buena. Sobre todo, porque le estaba costando mantener la boca cerrada.

—Está bien, mira, Sam. Lo siento, de verdad. No suelo ser tan gruñona, pero tengo que encontrar esas doncellas ordeñando, y los pájaros cantarines, y los señores saltarines, y sólo tengo un par de días para hacerlo. No me has pillado en mi mejor momento.

Sam asintió, como si entendiese lo que acababa de decirle, y eso que no lo había entendido ni ella.

—Ya veo que está muy liada, señorita Halliday —dijo mirando a su alrededor—. Creo que esto es a lo que llaman caos controlado.

—Sólo si la persona que lo dice es muy, muy educada. Me gustaría ampliar el negocio al edificio de al lado, después de las vacaciones, pero por el momento tengo que seguir aquí. El resto del año no está tan mal, ni es tan agotador.

Paige miró también la habitación, viéndola con los ojos del extraño. Había dos enormes setos con forma de animales a ambos lados de la puerta principal, un poste blanco y rojo con un cartel que decía Bienvenido, Papá Noel, y los siete cisnes nadando que ya había conseguido.

Por no mencionar que dos de los siete cisnes parecían ser algo más que amigos.

—¿Quieres que vayamos aquí al lado a tomar un café? —preguntó Paige alegremente, intentando sacar al tal Sam «como-se-llamase-de-apellido» de allí—. A veces me entra claustrofobia cuando estoy aquí, y el café de Joann es muy bueno.

«Y tal vez así, el sensual olor de tu colonia se mezclará con los demás olores y no tendré la tentación de saltarte encima».

Aunque no le pareció buena idea decir aquello último. En realidad, ni siquiera era buena idea pensarlo.

—Suena tentador, una taza de café, señorita Halliday, pero me temo que he quedado a cenar dentro de una hora, al otro lado de la ciudad. Sólo estoy aquí para hacerle un favor a un amigo. Así que, si no le importa, me gustaría darle este sobre y marcharme. Creo que la carta que hay en su interior lo explica todo al detalle.

—Ah —Paige miró el sobre con nerviosismo, pero no se atrevió a tomarlo—. Está bien. Esto… ¿Gracias?

—No me las dé a mí, señorita Halliday —dijo él, de repente, ya

no parecía tan divertido—. Créame, yo no tengo nada que ver con esto. Aunque me alegro de haberla conocido, sólo soy el mensajero.

—Pues no pareces un chico de los recados, ni un mensajero —comentó ella con toda sinceridad.

A Paige le dio la sensación de que aquel hombre estaba coqueteando con ella, al menos, un poco. Parpadeó varias veces, intentando parecer nerviosa, como había leído que ocurría en las novelas románticas.

—Así que, Sam, me parece que no te creo —añadió.

Él la estaba mirando fijamente. Tal vez no estaba tan mal bañada en purpurina plateada. Quién sabía, tal vez pudiese hacer de aquél su nuevo *look*.

—Créame, señorita Halliday, es la verdad. Soy el mensajero. Mi… Un cliente mío necesitaba a alguien de confianza para encargarse de este asunto. Así que, sí, soy un mensajero, aunque muy bien pagado.

Paige puso las manos detrás de la espalda, estaba empezando a sentir pánico.

—¿Eres abogado, Sam? La persona que te ha enviado es uno de tus clientes, ¿no? Has dicho cliente, ¿verdad? ¿Es una citación o algo así? ¿Me han demandado?

—No, en absoluto. Mire, tome el sobre y…

—Todavía no, gracias. ¿Se trata de la decoración de Bailey's Super Shop? Eh, no hubo heridos. Y no era un pavo tan grande, por eso ocurrió. Además, era de plástico. No pudo hacer mucho a ese niño que, además, no debió intentar subirse encima. ¿A quién se le ocurre subirse a un pavo? ¿Y dónde demonios estaba su madre? Ella también tiene que ser culpable. Esa es la palabra, ¿no? ¿Culpable?

—Me parece que tiene usted una vida muy interesante, señorita Halliday, pero no soy abogado. No obstante, le juro que guardaré en secreto todo lo que acaba de contarme. Aunque tampoco soy cura. No, no soy cura…

Otra vez la estaba mirando de ese modo. ¿Por qué? Paige no se consideraba tan interesante. ¿O lo era?

Se acercó a ella.

—Espere. Tiene un poco de purpurina cerca del ojo. Hay que quitarla de ahí.

—¿Sí?

Paige contuvo la respiración mientras él le levantaba la barbilla con una mano y utilizaba el dedo índice de la otra para quitarle la purpurina con cuidado de debajo del ojo derecho. Estaba tan cerca de ella, tan concentrado en lo que estaba haciendo, que Paige pudo

ver unas pequeñas motas rojizas en sus iris marrones, y las leves arrugas de expresión que tenía alrededor de los ojos.

Sintió que casi se caía contra él.

Pero su cuerpo no se movió. Era su mente la que ya se lo había llevado a la cama y le estaba arrancando la ropa con los dientes.

Él continuó tocándole la piel, bajando los dedos por su mejilla, siguiendo la línea de su barbilla.

El ambiente era tan tenso que habría podido cortarse con un cuchillo.

Paige tragó saliva y oyó cómo ésta pasaba por su garganta.

Era tan… amable.

Sam sonrió. Sí, sonrió con toda la cara, incluidos los ojos.

—Ya está. Sana y salva. Al menos, por el momento —comentó retrocediendo.

Paige le dio vueltas al doble sentido de aquellas palabras, pero tenía la cabeza completamente embotada.

—¿Qué? Ah, vale. Esto… ¿Gracias?

—De nada, el placer ha sido mío —sacudió el sobre justo entre sus pechos, una vez, dos, hasta que ella lo agarró—. Ha sido interesante, señorita Halliday. Conocerla, quiero decir. Ya es hora de que lea su carta, pero creo que estaría bien que repitiésemos esto algún día, dentro de poco. Ahora, tengo que irme.

Paige miró el sobre y leyó su nombre escrito con tinta negra y caligrafía decididamente masculina.

—Aja —masculló, despidiéndose mentalmente de aquel guapo hombre que tenía que ser el mensajero más guapo y mejor vestido de la historia—. ¿Sam? Ten cuidado con las cajas de purpurina. Ah, y la puerta se cierra sola.

Cuando la oyó cerrarse, sacó un taburete de debajo de su mesa de trabajo y se sentó. Le temblaban las piernas.

¿Qué era lo que acababa de ocurrir?

¿Quién era el hombre enmascarado?

Y lo que era más importante: ¿Estaba loca? Un extraño había llamado a su puerta y ella le había abierto, le había dejado entrar, le había dejado… que la tocase. Y se había permitido pensar en cómo se habría sentido si la hubiese tocado todavía más.

De hecho, casi había considerado decirle exactamente dónde y cómo tocarla.

Él había dicho que estaría bien que repitiesen aquello. Pronto, había dicho. Ella también lo esperaba.

—Desde luego, creo que tengo que salir más. Estoy empezando a tener fantasías sexuales, o algo —comentó en voz alta.

Dejó el sobre encima de la mesa. Parecía inofensivo. No iba a saltar y morderle.

Lo observó hasta que pensó que estaba preparada para leer su contenido. Entonces, lo tomó y lo abrió. Sam le había dicho que leyese la carta, así que lo hizo.

En el interior, había una hoja de papel, mecanografiada. No estaba firmada.

Señorita Halliday, esta carta pretende informarle de que un benefactor que desea permanecer en el anonimato se ha dado cuenta del excepcional trabajo que realiza en el orfanato de Lark Summit y desea recompensar su bondadoso espíritu con un pequeño obsequio.

Por favor, póngase en contacto con el jefe de ventas de Maintown Motors lo antes posible. Lo que allí le espera es para usted, para que haga con ello lo que desee.

Le aseguro, señorita Halliday, que es verdad, que es más grato dar que recibir.

—¿Qué es esto? ¿Eso es todo? ¿Dar, el qué? ¿Recibir, el qué? —le dio la vuelta al papel, pero no había nada más.

El teléfono sonó y Paige se sobresaltó. De repente, pensó que era Sam quien la llamaba para explicarle lo que ponía en la carta. Descolgó.

—¿Sam? ¿Qué…? Ah, hola, Claire. No, no, no esperaba a otra persona. En realidad, no. ¡Bromeas! Has encontrado los pájaros cantarines, estupendo —se levantó sin dejar de mirar la carta, deseando alguna otra explicación o, al menos, poder entender la que le daban en ella.

Dejó el papel encima de la mesa, con la parte escrita hacia arriba. Por el momento, tenía cosas más importantes que hacer, en las que pensar.

—Eh… Eso es estupendo. Oye, Claire, a esta mente inquieta le gustaría saber cómo es un pájaro cantarín.

Capítulo 2

—Te he echado de menos en la cena, Sam —le dijo S. Edward Balfour mientras se sentaba en su sillón favorito en el amplio apartamento que tenía su sobrino en el ala oeste de Balfour Hall.

Sam nunca se sentaba en aquel sillón. Era su apartamento, pero aquél era el sillón de su tío, incluso cuando se marchaba de allí.

—Lo siento, tío Ned —contestó él cerrando la carpeta que había estado mirando hasta entonces y dejándola en la mesita de café que tenía delante—. Se me pasó el tiempo sin que me diese cuenta.

Demasiado tarde, se fijó en que la carpeta era la misma que su tío le había dado la semana anterior. La verde.

Y el tío Ned también se había fijado. Indicó la carpeta con un movimiento de barbilla y comentó:

—¿Qué tienes ahí? ¿Y por qué estabas frunciendo el ceño cuando he entrado?

Sam tomó el vaso que había llenado hasta la mitad de whisky una hora antes y que todavía no se había terminado.

—¿Esto? Nada. Trabajo a medias. Pronto te daré el informe escrito. ¿Qué me he perdido? Por favor, no me digas que la señora Clarkson hizo sus famosos espaguetis con albóndigas. Aunque seguro que sí, a juzgar por la mancha que llevas en la camisa.

Su tío bajó la mirada a la pechera de su camisa y se rió.

—Dentro de poco tendré que ponerme babero, ¿eh? Bueno, me conformo con morirme antes de llegar a los pañales. Sí, espaguetis con albóndigas. Es martes, ya lo sabes, a no ser que se te haya olvidado también eso.

—No —contestó Sam sonriendo—. No se me ha olvidado.

Su tío tenía unos gustos muy especiales, y bastante limitados, lo que encajaba bien con el evidente talento de la señora Clarkson y su igualmente limitado repertorio de recetas. En otras palabras, era martes, así que había espaguetis.

—¿Qué te trae por aquí, tío Ned? —le preguntó—. ¿Querías hablarme de algo?

La sonrisa de su tío le dijo que no merecía la pena intentar distraerlo. Nunca se había dejado engañar, ni en los negocios, ni mucho menos en su vida privada.

—Háblame de la chica.

Sam le dio un trago a su whisky.

—Tío, ¿de verdad le has dicho a Bruce que no se ocupe de esto, o voy a contarte algo que ya sabes?

—Bruce está de camino a Hawai. Y tu cara me está diciendo

algo que ya sabía. He dado con otra ganadora, ¿verdad?

Sam dejó el vaso muy despacio y abrió la carpeta.

—No soy tan bueno con la cámara como Bruce… Me ha prestado su cámara y los objetivos, pero sigo sintiéndome como un mirón. De todos modos, aquí tienes, falta el informe escrito —dijo dejando un montón de fotografías encima de la mesita del café.

S. Edward se levantó y fue hacia allí al tiempo que se sacaba unas gafas del bolsillo de la camisa y se las ponía. Según el último informe trimestral, tenía dos mil seiscientos millones de dólares, pero, aun así, compraba las gafas de lectura baratas y al por mayor, y las tenía por toda la mansión.

—Cuéntame lo que estoy viendo, Sam, por favor.

—Te gusta refregármelo por la nariz, ¿verdad? Está bien, te seguiré el juego —señaló la primera fotografía—. Aquí está nuestra señorita Halliday llegando al concesionario el sábado pasado a primera hora. El día después de que le diese el sobre. Me dio la sensación de que es de las que se levantan con energías, así que me aposté muy temprano fuera de su casa y me escondí al otro lado de la calle, en el coche de la señora Clarkson. El Mercedes habría llamado la atención en ese barrio.

Luego, señaló la siguiente fotografía.

—Aquí está la señorita Halliday con la boca abierta de par en par al ver la camioneta de lujo con el nombre de su empresa escrito en ella… —señaló la siguiente—. La señorita Halliday acariciando el logotipo, sobrecogida. La verdad es que daba casi vergüenza verla. Fue como espiarla mientras miraba encandilada a su amado. Bueno, ya sabes lo que quiero decir.

—Sí, tengo vagos recuerdos de cómo se miran los enamorados. Qué pena. Bruce habría conseguido algunas instantáneas estupendas de su cara. Lo que hace él es tirar muchas fotografías y darme sólo las mejores. Me da la sensación de que tú te tomas más tiempo antes de disparar.

—¿Estás hablando de cómo utilizo la cámara o de mí?

—Qué susceptible eres, Sam. En ésa le has cortado la cabeza, ¿no? Maureen solía hacer lo mismo. Teníamos que identificar a la gente por los zapatos —comentó mientras miraba la fotografía con detenimiento—. Aunque supongo que lo has hecho lo mejor que has podido. Es sólo que tienes talento para otras cosas, así que no te preocupes. Continúa, por favor. Hay más, ¿verdad?

—Gracias por no tener en cuenta lo mal que se me da la fotografía. Y, sí, hay más —contestó Sam en tono neutral mientras le tendía a su tío las fotografías restantes—. Estas son de cuando

entró a la camioneta, se sentó detrás del volante, tocó el claxon varias veces. Luego salió y estuvo contemplándola durante cinco minutos. Creo que lloró y todo, aunque no estoy seguro. Tal vez fuese el reflejo del sol, que le daba en los ojos.

—Qué dulce. Y es guapa, ¿verdad? A Maureen le habría gustado su postura corporal. ¿Y luego qué pasó? —preguntó tío Ned mirando la siguiente fotografía por encima de las gafas, con ojos brillantes.

—Sabes bien cómo hurgar en la herida, ¿eh? Luego, devolvió las llaves de la camioneta al jefe de ventas.

Tío Ned levantó la vista de las fotografías y sonrió de oreja a oreja.

—¿Sí? Maravilloso. ¿Y qué ocurrió después?

—Sí, maravilloso. Y luego me quedé allí sentado como un detective privado que estuviese esperando a que el marido de alguien saliese del motel por horas al que había entrado una hora antes, con la cámara preparada y preguntándome por qué me odiaba mi tío.

—Pobrecito Sam. Qué vida tan dura. Continúa. Veo que aquí vuelve a aparecer la señorita Halliday. ¿Dónde está?

—En su vieja camioneta —comentó Sam entre dientes. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué le molestaba tanto que Paige Halliday fuese una buena persona? Eso no implicaba que no pudiese llevársela a la cama, ¿no?

El tío Ned seguía mirando la fotografía.

—Ah, de acuerdo. Su vieja camioneta. ¿Y la nueva? ¿Se la van a llevar a casa?

—Continúa viendo las fotografías, ¿vale? ¿O es que quieres seguir torturándome?

—Estás muy susceptible esta noche, ¿eh? Tómate otro whisky —tío Ned miró las fotografías restantes, deteniéndose en la última—. ¿Sabes, Sam?, si fuese de los que se regodean con el éxito, ahora mismo estaría haciéndolo. Me alegra ver que el orfanato tiene una camioneta nueva. Aunque no es la misma que tenía el nombre de la empresa de la señorita Halliday, ¿no? Ésta es más grande y tiene ventanillas. Cuéntamelo, Sam.

—Me ha dado los detalles tu amigo, el jefe de ventas del concesionario. Que, por cierto, intentó que le pagase lo que le había costado volver a pintar la anterior camioneta. La señorita Halliday, como ya habrás imaginado, cambió su camioneta por una con capacidad para quince pasajeros y luego la donó al orfanato. Y además hizo que extendiesen la garantía sin coste adicional. Según

le explicó al jefe de ventas, los niños suelen salir de excursión y la camioneta del orfanato está casi más en el taller que en funcionamiento.

—Más o menos igual que su propia camioneta, ¿no?

—Sí. Ese trasto debe de tener diez años —Sam se levantó. Llevaba dándole vueltas a una idea desde que había visto a los niños del orfanato en la camioneta—. Venga, pavonéate todo lo que quieras. Has ganado, tío Ned. Has dado con otra ganadora. Otra persona desprendida y generosa en un mundo dominado por la codicia. Otra persona que piensa que es mejor dar que recibir. Ahora, me toca a mí.

Tío Ned seguía mirando las fotografías de los niños del orfanato.

—¿El qué te toca a ti?

Por primera vez en tres días, Sam sonrió de verdad.

—Siempre preparo la fiesta de Nochebuena en algún hotel del centro, ¿verdad? Pues este año, este año tengo otros planes. La fiesta va a tener lugar aquí, tío Ned, en esta casa. Y si no está demasiado ocupada echándose purpurina por encima y separando a cisnes en situación comprometida, creo que he encontrado a la decoradora que necesitamos.

—¿Aquí? —el tío Ned se quedó pálido—. Pero… no estoy de acuerdo con eso, Sam. No, no podemos hacerlo. Hace mucho tiempo que no hemos traído a nadie a Balfour Hall.

—Eso también lo sé —contestó Sam con amabilidad, consciente de que la última vez que su tío y el personal habían estado en la casa grande había sido para el funeral de Maureen. Ya era hora de empezar a volver a llenar las habitaciones.

Había tantas…

En el salón de banquetes se podía volar una cometa. Aquélla era una habitación que había impresionado mucho a Sam de niño, sobre todo por el eco, no por los paneles ornamentados de madera, ni por la enorme mesa de comedor.

Y tenía un recuerdo muy claro de cuando tenía siete años: Había tomado carrerilla y se había deslizado por el tablero de la mesa, y todo había ido bien hasta que había chocado con un gigantesco candelabro de plata y habían tenido que llevarle a urgencias y darle una docena de puntos en la cabeza.

¿Quién decía que los niños ricos no se divertían de verdad? Eran los adultos ricos los que no solían deslizarse por las mesas.

Sam dejó de pensar en el pasado para concentrarse en el presente.

—Creo que es hora de que abramos la mansión. Hace cinco años

que no ponemos árbol de Navidad. Me acuerdo de cómo se adornaban la casa y los jardines por esas fechas cuando era niño. He estado mirando y seguimos teniendo la mayor parte de la decoración guardada en los trasteros.

—Creo que no debería enfadarte, ¿no? —dijo tío Ned en tono cansado, dejándose caer en su sillón una vez más—, pero lo siento, Sam. No puedo hacerlo. Todavía no. Aún no estoy preparado.

—No te he preguntado si estás preparado, tío Ned. Te estoy diciendo lo que voy a hacer. ¿Te acuerdas de que me legaste tu mitad de esta preciosa y monstruosa mansión hace tres años? Así que como es mi casa, soy yo quien decide.

Sam sabía que aquello sonaba duro, insensible, pero había estado reflexionando mucho acerca de la idea, y no era una manera enrevesada de ver más a la frustrantemente encantadora Paige Halliday. De eso nada. Era sólo un modo de hacer que su tío volviese al mundo.

—Menos mal que no te cedí también mi dentadura, o a estas alturas estaría masticando con las encías.

—Muy gracioso. No tienes que venir a la fiesta si no quieres, tío Ned. De todas maneras, antes nunca lo hacías, ni tía Maureen tampoco. Sólo quiero que la hagamos aquí. Aunque si piensas que puedes venir, sería estupendo.

—Eso es lo que esperas que ocurra. Sam, eres transparente. De hecho, me parece que puedo ver a través de ti en estos momentos, y reconocer tus motivaciones. Déjame que lo adivine. Este año serás tú, y no Bruce, quien haga de anfitrión para los buenos, como tú los llamas.

—Sí, aunque preferiría que asumieses tú ese papel. Y no me importa ser transparente, si eso hace que te des cuenta de lo importante que es para mí que tú… Bueno, ya va siendo hora, tío Ned, eso es todo. Me preocupas. Tía Maureen te habría dado una patada en el trasero si hubiese sabido que ibas a apartarte así del mundo.

—No mezcles a tu tía en todo esto, si no te importa. Aunque tengas razón —tío Ned respiró profundamente—. Así que lo haces todo por mí, y el hecho de que Paige Halliday sea una joven muy guapa no tiene nada que ver con el asunto.

—No —contestó Sam apretando la mandíbula—. Te lo prometo.

—Así que lo único que te propones es volver a sacarme al mundo exterior de una patada, ¿verdad?

—Ya te lo he dicho —comentó Sam empezando a relajarse de nuevo.

—Ya lo sé. Y te creo, en lo referente a mí, quiero decir. Aunque no te creo en lo relativo a la chica. Lo que tampoco creo es que la chica de las fotografías se merezca lo que tienes pensado para ella. No había contado con ello. No está al mismo nivel que tú, Sam. Y no conoce las reglas del juego.

—Cualquiera diría que soy un sórdido playboy que se dedica a hacer muescas en el cabecero de la cama para contabilizar sus conquistas —protestó Sam mientras volvía a agarrar el vaso de whisky.

—No, no creo que seas sórdido —contestó su tío sonriendo—. Ni que seas un playboy. Trabajas demasiado para que te llamen playboy. Con respecto a las muescas, dímelo tú, Sam. Tienes treinta y seis años. ¿Por qué sigues comportándote como si tuvieses veintiuno? ¿Por qué te acuestas con mujeres que acaban de cumplir la mayoría de edad, o poco más? ¿Has realizado tantas conquistas en los negocios que ahora tienes que continuar con otro tipo de triunfos? ¿Es la caza lo que te excita más que la captura?

Sam se terminó el whisky.

—¿Cuántas noches te has pasado sin dormir intentando descifrar mi comportamiento, tío Ned? ¿Qué por qué hago lo que hago? No lo sé, tío. No lo sé.

—Pues no será porque tuviste una infancia infeliz. Tus padres te querían y se querían. Hasta el día que murió mi hermano, tu madre lo miró siempre con los ojos brillantes. No tienes ninguna cicatriz emocional, no estás loco, al menos, eso me parece a mí. No entiendo por qué tanto ir y venir de mujeres. ¿Por qué no te gustan las mujeres?

—Eh, ya has visto las fotografías. Me encantan las mujeres.

—Está bien. Hablemos de eso. Tal vez te diviertan, durante un tiempo. Pero ninguna te dura más de un par de semanas, y luego vuelves a salir a la caza. Tal vez sea ésa la cuestión, Sam. El otro día dijiste que las mujeres eran prescindibles e intercambiables. Es evidente que ninguna te ha llegado al corazón. Así que ésa es la pregunta que debes hacerte, hijo. ¿Qué estás buscando en realidad?

—Ahora mismo, cómo salir de esta conversación —contestó Sam con sinceridad—. Si te prometo no apuntar hacia la nueva chica buena, ¿accederás a que prepare la cena en Balfour Hall? Porque lo primordial, tío Ned, es que no quiero disgustarte.

—¿Disgustarme? ¿Ahora soy frágil? Eso no me gusta. Está bien, haz lo que quieras, organiza la cena aquí. Decora la casa, si eso te hace feliz —se puso de pie y le devolvió las fotografías—. Pero no hagas promesas si no estás seguro de que eres capaz de cumplirlas.

—No hay ningún problema, tío Ned —le dijo Sam—. No es mi tipo.

Su tío se detuvo delante de la puerta y se volvió a mirarlo.

—Al parecer, ninguna mujer lo es. Con treinta y seis años, Sam, si fuese tú, empezaría a preocuparme. Los setenta y cinco y solo, llegan enseguida. Y supongo que si no tienes nada a lo que aferrarte, nada que recordar, debe de ser una experiencia muy triste.

Sam no pudo responder a aquello, así que se limitó a asentir y esperó a que su tío se marchase antes de ponerse a recoger las fotografías y meterlas en la carpeta verde para no tener que verlas más.

La fotografía en la que Paige Halliday miraba ensimismada el logotipo de su empresa pintado en el lateral de la camioneta pareció pegársele a los dedos. Era una mujer bella, eso tenía que admitirlo. Era diferente.

Cuando le había abierto la puerta de servicio, cubierta de purpurina, le había parecido que tenía una belleza cómica, despreocupada, y muy natural.

Cuando lo había conducido a su taller, la fuerte luz había hecho que brillase la purpurina en su pelo moreno, y sobre el jersey verde que hacía juego con sus ojos, y le había parecido la personificación del espíritu de la Navidad. Algo así como un revoltoso ángel navideño.

Deseo poder sacarse aquella imagen de la cabeza, pero, hasta que lo consiguiese, iba a seguir muy de cerca a Paige Halliday, para averiguar por qué no podía olvidar esa imagen.

Y, otra cosa más, también iba a tener que reflexionar acerca de por qué, a pesar de que él se consideraba un hombre feliz, contento con su vida, su tío pensaba que debía de sentirse desgraciado.

A las diez de la mañana del miércoles, Paige Halliday estaba en el callejón que había en la parte de atrás de Holidays by Halliday, con una enorme lona azul extendida sobre el suelo, con una mascarilla cubriéndole la nariz y la boca, rociando de nieve artificial un pequeño árbol que era demasiado rosa para parecer un árbol de Navidad.

La idea era mitigar un poco el rosa, y estaba funcionando. O debería estar funcionando si el viento hubiese dejado de soplar durante unos minutos. En realidad, la que se estaba poniendo perdida de nieve era ella. Menos mal que se había puesto el mono blanco que le había regalado su amigo Bennie el año anterior

cuando le había ayudado a pintar su despacho, que estaba al otro lado de la calle.

Se agachó para observar las ramas más bajas. Sí, necesitaban otro repaso… Un poco más aquí, otro poco más allí. Perfecto. Desde luego, lo que era tener vista de artista. Estaba quedando precioso.

—¿Todavía sigue en pie la invitación a tomar un café?

Paige se incorporó y se dio la vuelta, lo único que se le olvidó fue dejar de apretar el bote de nieve artificial.

—Oh, Dios mío. ¡Dios mío! —gritó al ver lo que había hecho y a quién.

Tiró el bote y la mascarilla que llevaba puesta al suelo e intentó evitar que Sam se sacudiese la nieve de su traje de un millón de dólares.

—No, ¡no hagas eso! Hay que dejarla secar. Luego la cepillaré, cuando se haya secado. Te lo prometo. Bueno, supongo que saldrá. Eso pone en las instrucciones. Si no, te pagaré la tintorería. Lo siento mucho, pero no deberías haberme asustado así.

Sam se quedó con las manos levantadas, como si lo estuviese apuntando con una pistola o algo así.

—Tiene razón. Ha sido culpa mía. No sé en qué estaba pensando.

Ella lo miró fijamente, intentando descifrar su sonrisa y su tono de voz.

—¿Estás siendo sarcástico? Claro que sí. Y tienes razón. Supongo que no esperabas que te atacase con un bote de nieve artificial.

—No, evidentemente, no me lo esperaba. Al principio, no sabía si era usted o no. ¿Quién es Bennie?

Paige se fijó en que la nieve había dibujado en la chaqueta de Sam una Z, como la marca del Zorro, pero pensó que no le haría gracia la broma.

—¿Perdona? ¿Bennie?

—Sí, Bennie. Detrás de… eso que lleva puesto pone Bennie 's Bug Bombs.

—Ah, Bennie, sí. Fue él quien me regaló el mono. Se dedica a exterminar insectos —ladeó la cabeza—. ¿Qué haces aquí?

—Me dijo que si quería un café, ¿recuerda?

—Sí, me acuerdo —contestó ella evitando mirarlo a los ojos, aquellos ojos tan sonrientes, tan sensuales—, pero eso fue el viernes. Hoy es miércoles. Quédate quieto, esta cosa se seca enseguida. Estoy casi segura de poder limpiártela ya.

—Gracias, yo lo haré. Y aunque ya no va armada, quiero decirle que tiene a alguien detrás.

Paige frunció el seño y se dio la vuelta, tenía detrás a uno de sus ayudantes.

—Oh, Paul, bien. ¿Puedes meter este árbol en el garaje? No saldrá hasta mañana. Ten cuidado, las ramas más bajas siguen estando un poco húmedas.

—Tendré cuidado —dijo el chico, que ya había recogido el bote de nieve y la mascarilla—. Tienes nieve en la cabeza.

—Ya lo sé. ¿Para qué tener una vida fácil? —murmuró entre dientes mientras se pasaba la mano por el pelo corto—. Gracias, Paul.

—¿Nos vemos en la cafetería?

«Vaya, sigue aquí. Cualquier otro ya habría salido corriendo. Al menos, cualquier otro en sus cabales», pensó Paige.

—¡Claro! —contestó con alegría mientras se volvía de nuevo hacia él. Con demasiada alegría—. Buena idea, Sam. Dame sólo cinco minutos para que me quite este mono y estaré allí. Ve pidiendo, yo tomaré un café solo. Y me encantan los donuts blancos, si le quedan a Joann. Aunque lo más probable es que no. Esta mañana ya le he comprado media docena para mi equipo.

Sin esperar la respuesta de Sam, entró en el edificio y empezó a quitarse el mono.

—¿Mary Sue? —llamó a su ayudante, una pelirroja regordeta—. ¿Dónde estás? Mary Sue… ayúdame. Tengo que ponerme guapa, parecer profesional, pero accesible, y también monísima. Y sólo tengo cinco minutos.

Capítulo 3

Sam se instaló en una mesa desde la que veía la puerta y que estaba entre dos ventanales.

Vio a Paige Halliday acercarse corriendo, luego detenerse, respirar profundamente varias veces y volver a echar a andar más despacio. Su aspecto era elegante, era alta y delgada y llevaba un corte de pelo muy sexy, tenía los ojos de un verde muy profundo, el cuello largo como el de un cisne y la línea de la mandíbula bien esculpida.

Podría haber sido modelo. Parecía increíble que fuese tan torpe. Estaba deseando conocerla mejor. Mucho mejor.

La vio abrir la puerta, pararse en la entrada y recorrer la cafetería con la mirada hasta encontrarlo.

Él levantó una mano y la saludó.

Paige sonrió y él se puso en pie y esperó a que ella estuviese sentada para volver a ocupar su asiento.

—Café solo, como me había pedido —le comentó—, pero no les quedan donuts, así que he pedido tarta de manzana. Me han dicho que es la mejor a este lado del Delaware. No tengo ni idea de qué hay al otro lado, ¿y usted?

—La última vez que miré, Nueva Jersey —le dio un trago al café antes de sonreír—. Pero Joann no se refería al río Delaware, sino a la avenida Delaware. Su hermano tiene una cafetería al otro lado, y la receta de la tarta de manzana es suya, así que se supone…

—Ya lo entiendo —la interrumpió Sam, sonriendo—. He visto que ha resuelto el problema del árbol de Navidad rosa.

—Mira, con respecto a eso, de verdad que te pagaré la tintorería. ¿Cómo está el traje? ¿Has podido quitar toda la nieve?

—El traje está bien —había dejado la chaqueta en el coche para encargarse de ella más tarde—. No se preocupe. Ha sido culpa mía, por llegar sin avisar. Mire, señorita Halliday, me gustaría hablar con usted de…

—Paige, por favor. Llámame Paige. Yo te llamo Sam. Aunque supongo que lo hago porque no sé cómo te apellidas.

—Balfour. Me llamo Sam Balfour. ¿Por qué me estás mirando así de repente?

—Porque me suena ese nombre —lo miró fijamente—. Espera un momento. Ya me acuerdo. Laurie. Laura Reed. ¿Te dice algo ese nombre, Sam?

Sam repasó su archivo mental y encontró una carpeta llamada «Errores». Y allí estaba el nombre de Laura Reed, muy cerca de la

primera posición de la lista.

—Tal vez.

—¿Tal vez? ¿Eso es todo? ¿Tal vez? Ella pensaba que ibais en serio —dijo Paige echándose hacia delante y agarrando su tenedor, aunque en vez de utilizarlo para pinchar la tarta lo usó para señalarlo de manera acusatoria—. Era mi compañera de habitación el último año de universidad, y seguimos hablando de vez en cuando. Ahora está casada y embarazada de su segundo hijo.

Sam se llevó el puño a la boca para toser. Al menos, Paige y Laura no eran familia. Eso habría sido todavía peor.

—Me alegro. De que esté casada, quiero decir. De eso hace muchos años, Paige, pero no recuerdo haber hecho nada para que Laura pensase que lo nuestro iba en serio.

—Te la llevaste tres días a Londres y la agasajaste en aquel castillo que habías alquilado para la ocasión. Supongo que es normal que se hiciese falsas esperanzas, entre el jet privado, las cenas íntimas, los pendientes de diamantes. Debería haberle dado vergüenza pensar que no era más que una aventura para ti.

Sam intentó decir algo apropiado, pero no fue capaz. En cualquier caso, dio igual, porque Paige no había terminado de hablar.

—Y luego, cuando sólo volviste a verla una vez después de que volvieseis a Filadelfia, cuando estuviste dos semanas sin aparecer y ella te vio saliendo de un restaurante con una estupenda rubia del brazo, supongo que volvió a exagerar.

Sam cerró los ojos, de pronto, recordó aquella escena, que había tenido lugar hacía más de cinco años.

—No presenté cargos contra ella —comentó sonriendo—. Y eso que me puso el ojo morado. Tu amiga tiene un buen gancho.

—¿Te parece gracioso? Le rompiste el corazón.

—¿De verdad?

Sam empezó a relajarse, lo que era probablemente más inteligente que enfadarse. Se acordaba muy bien de la guapa y ambiciosa Laura Reed. Había intentado cazarlo, había codiciado su apellido, su dinero. Había apostado y había perdido. Pero lo había hecho sabiendo cuáles eran las reglas del juego. Esa era la política de Sam, sólo jugaba con mujeres que conociesen las reglas.

El problema era que de vez en cuando daba con alguna mala perdedora.

—¿Y durante cuánto tiempo tuvo el corazón roto la pobre Laura? —preguntó.

—Se casó seis meses después. El padre de Chad tiene un banco

de inversión, en Dallas, algo relacionado con el petróleo y el gas —comentó Paige, luego, le lanzó una mirada acusadora—. Pero no se trata de eso. Tú sabes de qué te hablo. Sé quién y cómo eres, y no eres el chico de los recados de nadie, así que será mejor que me digas quién te ha enviado y por qué razón has vuelto.

Sam se dio cuenta de que se le habían oscurecido los ojos. Su mirada era bonita, interesante, aunque lo más probable era que no le fuese a beneficiar.

—Todo el mundo sirve a alguien, Paige.

—Supongo que en eso tienes razón —admitió ella empezando a comerse la tarta con apetito—. ¿A quién sirves tú, Sam?

—Lo siento, pero no puedo decírtelo. ¿Por qué no me cuentas tú lo que había en el sobre?

Ella sonrió con tanto placer, con tanta malicia, que Sam tuvo que contenerse para no dejar escapar una carcajada.

—Lo siento, pero no puedo decírtelo —contestó ella, imitándolo. Luego dejó de sonreír y lo miró con recelo—. ¿De verdad no sabes lo que había en el sobre?

—No, si tú no me lo dices, no —si no mentía, tendría que implicar a su tío, y no podía hacerlo. Quería que su tío volviese a vivir. Y, en esos momentos, llevarse a Paige Halliday a la cama era un plus.

—Pues no voy a decírtelo —replicó Paige metiéndose un bocado de tarta en la boca—. Umm, todavía está un poco caliente. Se me había olvidado que Joann iba a cocinar esta mañana. Date prisa en probar tu tarta.

Él obedeció.

—Tienen razón —dijo después de haberse tragado un bocado—. Es la mejor tarta de manzana de este lado de Delaware. ¿Por qué no me lo cuentas? ¿No me digas que mi cliente está metido en algo ilegal?

—¿Por qué dices eso? —preguntó Paige, atragantándose.

—Por nada —contestó Sam concentrándose en la tarta—. Pero, a decir verdad, lo mínimo que puedo hacer es decirte que es un cliente muy íntegro. A su manera.

Esperó su reacción.

—¿Y cuál es su manera? No, no me lo digas. Da igual. Ya sé quién eres, y dudo que ningún cliente tuyo pueda estar blanqueando dinero a través de mí o algo así.

—¿Cómo iba a blanquear dinero?

—Pues no tengo ni idea. Ni siquiera sé lo que significa blanquear dinero. Mira, Sam, gracias por la tarta, de verdad, pero tú no me

estás contando nada, y yo tampoco te estoy contando nada a ti y todavía tengo que pintar cinco *hula-hops* de dorado antes de las cinco, así que tengo que marcharme.

Sam le agarró la mano por encima de la mesa.

—No te marches. Todavía no. Y no te preocupes, por favor. Mi cliente es el hombre más honrado que conozco. Sea cual sea el negocio que se trae contigo, es legal. No es por eso por lo que estoy aquí.

Paige se quedó sentada, pero preparada para marcharse en cualquier momento.

—¿No?

—No —contestó él, mirándola fijamente a los ojos y sin soltarle la mano—. Voy a serte sincero, porque creo que es lo que quieres, he vuelto por ti.

Paige quitó la mano de debajo de la de él.

—Yo no soy Laura.

—Bien. Sé dónde encontrar a mujeres como ella cuando quiera.

—Ese comentario me parece de muy mal gusto —comentó Paige sacudiendo la cabeza—. Por no mencionar que es insufriblemente arrogante, aunque sea cierto.

—Lo sé. Y lo siento, Paige. Digamos que no necesito que me pasen los errores que cometí en el pasado por las narices, ¿de acuerdo? Sobre todo, teniendo en cuenta que sólo conoces una parte de la historia.

—En eso te equivocas, Sam, conozco las dos partes. Sé lo que quería Laura, y que tú te aprovechaste. Ninguno de los dos os comportasteis bien, pero eso no es asunto mío. Es un tipo de vida que no va conmigo. Así que, gracias. Me alegro de haberme quitado la nieve artificial del pelo, me siento casi halagada. Me alegra saber que a pesar de tener treinta años sigo teniendo éxito con hombres guapos, pero no, gracias. Ahora, si me perdonas…

—Quiero contratarte para decorar mi casa para una pequeña, pero elegante cena de Nochebuena —le explicó Sam con rapidez—. También estoy considerando una fiesta más grande para el día de Año Nuevo, para amigos y colegas de trabajo, aunque todavía no estoy seguro.

—¿De verdad?

—Sí, Paige, de verdad. Hace mucho tiempo que no adornamos Balfour Hall en Navidad. Como yo estoy soltero, no se me había ocurrido decorar la mansión, suelo pasar las vacaciones en lugares más cálidos.

—¿Pero este año, no?

—No, este año, no. Me necesitan aquí. La mayor parte de la decoración lleva generaciones en la familia, pero necesitaría a alguien con talento para colocarlo todo bien. Y luego quiero árboles, naturales, por favor, por lo menos cinco. Y plantas para decorar las escaleras y las chimeneas. Hay ocho chimeneas en la planta baja, en las zonas públicas de la casa. Tengo algunas fotografías de las Navidades de hace años, y espero que seas capaz de recrear mis recuerdos de la niñez.

—Estoy casi segura de haber visto fotografías de Balfour Hall en alguna parte. Es enorme. Las fotografías serían de ayuda…

Estaba empezando a flaquear, y Sam tenía que aprovechar el momento para conseguir lo que quería, como siempre. Sabía que a unas les tentaban los diamantes, a otras, los lugares exóticos, y el punto débil de la señorita Paige Halliday parecía ser las decoraciones navideñas. Le gustaba su vida… siempre y cuando su tío Ned no le hiciese sentir que había algo equivocado en esa vida.

—Tengo muchas fotografías. Luego, está el exterior, por supuesto. No quiero Papas Noeles inflables en el jardín, por favor. Sino más bien plantas y algo de iluminación. Sé que estás muy ocupada con los árboles rosas, pero te aseguro que te alegrarás de aceptar el trabajo. ¿Qué te parecen cincuenta mil dólares, además de los gastos?

—Diría que estás loco —contestó Paige—. Tendría que contratar a un equipo completo para que se ocupasen de mis clientes habituales, y a más personas para tu casa si quieres que la decoración esté lista para mediados de diciembre. Tenías que haber contratado a un diseñador hace meses, Sam. ¡Hace un año!

—Mis más sinceras disculpas. Yo me haré cargo de todos los gastos. ¿Será suficiente con otros diez mil dólares?

—Tal vez sean quince mil más, me gusta pagar bien a la gente aunque los contrate sólo para que me ayuden en Navidad —levantó las manos—. No. Espera. Deja de lanzar cifras con tantos ceros. No vas a impresionarme.

—Por supuesto que sí —dijo él sonriendo—. Vamos a dejar de jugar, Paige. Eres una mujer de negocios. Supongo que ya has calculado cuáles serían tus beneficios y la publicidad que conseguirás.

—Señor Balfour, se le ha olvidado que llamaría a todas las revistas locales y a los periódicos. Ya me estoy imaginando un fotomontaje de cuatro páginas en una revista nacional. Mi negocio se doblaría.

—Yo podría hacer un par de llamadas, arreglarlo todo.

—¿Cómo puedes ser tan petulante? Todo se debe al dinero, ¿verdad? Estás acostumbrado a salirte siempre con la tuya.

—El dinero tiene sus ventajas, no puedo negarlo. Entonces, ¿qué tal lo estoy haciendo? ¿Ya te he convencido?

Ella guardó silencio durante unos tensos segundos. Segundos durante los cuales ambos pensaron hacia dónde les estaba llevando aquella conversación en realidad.

Cuando Paige abrió la boca para volver a hablar, Sam supo que los dos estaban pensando lo mismo.

—No tengo un precio, Sam —le advirtió Paige.

—Todos tenemos un precio, señorita Halliday, pero no siempre es dinero.

Y se lanzó a la yugular. Tenía la sensación de que su señorita Halliday, en la que ya pensaba como suya, deseaba ser más creativa de lo que le permitían sus clientes. Un espacio como Balfour Hall le permitiría desarrollar dicha creatividad. Nadie se pasaba años y años estudiando en una escuela de diseño para dedicarse después a cubrir árboles de Navidad rosas con nieve artificial.

—¿Te he dicho que uno de los árboles que más recuerdo de mi niñez en realidad no era un árbol? Intentaré describírtelo. Tenía forma de árbol, sí, pero estaba hecho de flores de Pascua rojas, colocadas en círculos decrecientes, para formar un árbol. Hay un ventanal enorme en la biblioteca, y el árbol siempre estaba delante de él. Era increíble, en especial si el exterior estaba nevado. ¿Serías capaz de recrear algo parecido?

Paige asintió, sin decir nada. Sam estaba seguro de que estaba pensando en cómo hacerlo. Casi podía oír los mecanismos de su cabeza funcionando.

—El salón de banquetes, lo siento, pero es así como lo llamamos, será todo un reto. En el centro de la casa hay tres pisos, detrás del enorme vestíbulo. Las vigas están al aire, supongo que es lo que llamáis arquitectura gótica inglesa. Mi padre solía decir en broma que las chimeneas eran tan grandes que se podría quemar a los pecadores en ellas. Me gustaría celebrar la cena allí, en el salón de banquetes, no en la chimenea. Sería todo un reto hacer que un lugar tan amplio resultase acogedor. Tal vez sea demasiado complicado para ti.

Ella reaccionó a aquel último comentario como si le acabasen de dar una bofetada. Echó la cabeza hacia atrás, levantó la barbilla y entrecerró una vez más aquellos fascinantes ojos verdes.

—Por favor, no me ofrezcas una chuchería y luego utilices conmigo la psicología inversa, Sam. Señor Balfour. Sabes que nadie

rechazaría un trabajo como el que me estás ofreciendo. Si me dejas invitar a algunos fotógrafos, mi empresa viviría sólo de la publicidad, y eso también lo sabes. Lo que no entiendo es por qué me estás tentando así.

¿De verdad quería que se lo dijese?

«Porque quiero acostarme contigo, quiero que disfrutemos el uno del otro», pensó. Aunque sería mejor no decirlo. Todavía no estaba preparada.

—¿De verdad tienes que saberlo? ¿Interrogas a todos los clientes potenciales acerca de sus motivos para contratarte?

Aquello pareció hacerla entrar en razón.

—No, supongo que no. Tal vez esté exagerando. En realidad, me diste una impresión mucho mejor cuando no sabía quién eras.

—Lo entiendo. Dame la dirección de Laura en Dallas, le enviaré flores.

—Claro, a Chad le encantarían. Mira, será mejor que empecemos de cero, ¿de acuerdo? —levantó la mano derecha—. Hola, soy Paige Halliday. Tengo entendido que quiere contratar mis servicios. ¿Cómo puedo ayudarle?

Sam le tomó la mano y se la llevó a los labios sin dejar de mirarla a los ojos, luego le acarició levemente los nudillos con el pulgar.

—Creo que lo mejor sería que vinieses a ver mi casa esta noche. Podría llevarte después de que cenásemos juntos.

Ella retiró la mano una vez más.

—Menudo pico de oro —dijo en tono sarcástico—. Pero quiero el trabajo, Sam. Sólo un idiota lo rechazaría. Aunque el precio acaba de subir. Cincuenta y cinco mil, más los materiales y el personal. Tengo la sensación de que me lo voy a ganar. Puedes pasar a recogerme a las seis. Así tendré tiempo de pintar los *hula-hops* y de buscar un cinturón de castidad.

A Sam casi no le dio tiempo ni a ponerse en pie y Paige ya estaba despidiéndose de la rubia que había detrás del mostrador y saliendo de la cafetería.

Sam le hizo un gesto a la misma rubia para que le llevase la cuenta y le pusiese otro café. Luego, se terminó la tarta de manzana. Era verdad que estaba muy buena.

La caza de Paige Halliday se estaba convirtiendo en un proyecto muy caro, pero él también tenía la sensación de que iba a merecer la pena.

Por el momento, se conformaría con que decorase Balfour Hall. Después, ya se le ocurriría cómo convencerla de que se metiese en

su cama como regalo de Navidad…

—La camioneta ya está cargada —comentó Mary Sue asomándose al minúsculo despacho que Paige había creado en un rincón de su taller—. ¿Estás segura de que no quieres acompañarnos para volvernos locos con tu perfeccionismo?

—Estoy segura. Sólo hay que ponerlo todo según lo planeado. Confío en ti, Mary Sue. Y, además, casi todo el diseño lo has hecho tú. ¿Te has acordado de los huevos? Hay que llevar seis, para las seis ocas poniendo huevos. Están en la caja que hay encima del escritorio.

—Los tengo —contestó su ayudante intentando ver la pantalla del ordenador—. ¿Qué estás haciendo?

—Nada —contestó Paige dándose la vuelta y tapando la pantalla con su cuerpo—. ¿Has puesto el anuncio? Quiero que salga este fin de semana.

—Sí, también está hecho. Todo irá bien. Además, siempre hay gente dispuesta a trabajar en Navidad —dijo Mary Sue echándose hacia la izquierda para intentar ver lo que había en la pantalla del ordenador—. ¿Es ése? Iba a ir a tomarme un café para verlo, con mucha discreción, sin que se diese cuenta. Pero el maldito teléfono no ha dejado de sonar. Venga, déjame que lo vea.

Paige se apartó de la pantalla del ordenador y apareció la fotografía de Samuel Edward Balfour V, vestido con un esmoquin y al lado de una impresionante rubia.

—Es él —admitió Paige—. La fotografía debe de tener un par de años, pero no ha cambiado demasiado. Los años le han sentado bien.

—¿Y dices que quiere llevársete a la cama? Es rico, guapo y está impaciente. ¿Cuánto tiempo crees que vas a aguantar, cielo? ¿Cinco minutos? ¿Diez? Voy a hablar con Paul y los otros, para hacer apuestas.

—Yo no he dicho que quiera acostarse conmigo, Mary Sue. Es sólo una teoría. Creo que para Sam Balfour todas las mujeres somos conquistas en potencia —protestó Paige—. Y deja de mirarlo así, estás babeando.

—Está bien, está bien. No frunzas el ceño o te saldrán arrugas y tal vez tu nuevo admirador se lleve este trabajo a otra parte. Y sí que has dicho que quería llevársete a la cama. Tal vez no con esas palabras, pero era lo que querías decir.

—No sé lo que quería decir —admitió Paige—. Va tirando el dinero como si fuese agua. Sin darle ningún valor.

—Supongo que le has causado una gran impresión, Paige. No parece ser de los hombres que pagan para conseguir a una mujer, ni siquiera de manera indirecta —comentó Mary Sue mientras tomaba su abrigo, que estaba colgado detrás de la puerta.

—No, seguro que no. La verdad es que no sé qué es lo que está haciendo, Mary Sue. Primero… bueno, eso da igual, eso va aparte o, al menos, eso espero. Tal vez quiera de verdad decorar su hogar, dulce hogar, y el resto, o sea, yo, no es más que un incentivo añadido. ¿Quién entiende a los ricos? Yo, no.

—¿Primero qué? ¿Tiene esto algo que ver con la camioneta que has donado al orfanato? Porque eso sigo sin entenderlo. Tenemos dos camionetas, las dos bastante viejas. Ya mí me gusta el orfanato, entiendo que te sientas unida a él, pero… no lo entiendo. ¿Por qué una camioneta? ¿Y por qué ahora? Además, la compra no aparece en los libros, lo he mirado.

—Como no te des prisa, vas a llegar tarde —le dijo Paige.

—O sea, que no me contestas.

Paige tuvo que ceder para no seguir prolongando aquella agonía, porque Mary Sue no iba a parar hasta sacárselo todo.

—Está bien, la camioneta fue un regalo. Bueno, en realidad el regalo no fue esa camioneta en concreto, sino otra. Pero la cambié por una de pasajeros para el orfanato. Y no, no sé quién me hizo el regalo. Fue… anónimo. Para agradecerme mi trabajo en Lark Summit.

—Vaya, me has dejado igual.

Paige abrió el cajón central de su escritorio y sacó la carta, que seguía estando dentro del sobre.

—Pues ya sabes lo mismo que yo.

Mary Sue la leyó.

—Ya lo entiendo. Y me parece que entiendo cuál es tu problema. Alguien te regaló la camioneta y tú pensaste que lo único bueno que podías hacer con ella era regalarla, ¿verdad?

—Supongo que sí. No lo sé. Alguien hace algo por ti y tú haces algo por otra persona. Cuando vi la camioneta, sólo pensé que ya tenía una. Dos.

—Aunque las dos están bastante viejas y se supone que íbamos a cambiar una de ellas el año que viene. Pero continúa. Te escucho. ¿Viste la camioneta y…?

—Y pensé en lo mal que estaba la del orfanato. Iban a cancelar una excursión porque no se fiaban de ella para hacer un viaje largo. Luego pensé en lo mucho que me gustaban a mí esos viajes cuando era niña. Las Navidades no son siempre la época más feliz para los

niños huérfanos, ¿sabes? Quiero decir, que va gente a verlos, les hacen regalos, pero no es como tener una familia.

Paige levantó ambas manos en un gesto de impotencia y luego volvió a dejarlas caer en su regazo.

—No lo sé, Mary Sue —añadió—. Creo que estaba tan sorprendida, que no me di cuenta ni de lo que hacía. Supongo que soy una idiota.

—No, a veces eres demasiado buena, pero en ningún caso una idiota. ¿Y qué tiene que ver con todo esto tu guapo multimillonario? ¿Te trajo el sobre? ¿Lo he entendido bien?

Paige asintió.

—Nos caímos bien. Supongo que hubo como una chispa, una especie de conexión entre ambos.

—Química. Pura atracción animal. Lo entiendo. Y me encanta. Continúa.

—Me dijo que volvería, o que tenía que volver a verme o algo así, pero no volvió. Hasta hoy. Si fuese una mujer calculadora, diría que ha esperado lo suficiente como para hacerme sentir insegura, para que me pusiese contenta al verlo.

—Eso sería muy frío y calculador por su parte —comentó Mary Sue devolviéndole el sobre—. Tal vez debas plantearte si de verdad quieres trabajar para él. Sé que es un trabajo con el que has soñado muchas veces, y que te colocará entre los principales diseñadores de interiores de la ciudad, ¿pero merecerá la pena tanto lío?

—Me da igual que se pase el día detrás de mí. No va a conseguir lo que quiere. Sobre todo, porque ya sé lo que quiere.

—¿De verdad? ¿Pero no te va a costar mucho trabajo resistirte? Imagínate colgando adornos en el árbol de Navidad con él a tu lado. Te va a destrozar los nervios, y va a ser agotador. A no ser que sólo estés intentando convencerte de que todavía no has pensado en la posibilidad de acostarte con él.

—Claro que he pensado en ello, el viernes pasado. Ningún hombre me había afectado así antes. Fue algo salvaje —admitió Paige suspirando—. Pero quiero saber qué tiene que ver con la camioneta, no lo entiendo. Nadie da nada a cambio de nada.

—Por supuesto que sí, tú le has regalado una camioneta a Lark Summit.

—Sí, pero he conseguido algo a cambio. Satisfacción personal. Me he sentido bien.

—Tal vez tu Papá Noel anónimo también se haya sentido igual regalándote esa camioneta. ¿Cómo es posible que seas capaz de sentirte bien dando algo a los demás y no creas que otra persona

pueda sentirse del mismo modo? No me parece justo.

Paige se encogió de hombros.

—Tienes razón, pero no creo que Sam Balfour sea precisamente Papá Noel. Cuando hace un regalo, espera algo a cambio.

—Como a ti, en bandeja de plata. Él pondrá la bandeja.

—Exacto. Salvo que no creo que yo merezca la pena tantos esfuerzos.

—No, no lo crees. Y ésa es una de las cosas que más me gusta de ti. No te das cuenta de que eres una persona única, increíble. Nos vemos mañana por la mañana, ¿de acuerdo? Y si crees que se te va a olvidar algo de lo que ocurra, apúntalo, por favor, porque espero que me hagas un informe completo.

Capítulo 4

—Toma, prueba esto.

Paige miró la cosa con forma redonda y de color gris que había en el tenedor de Sam.

—¿Qué es? Esta vez dímelo antes de que lo pruebe.

—Lo de antes te ha gustado.

—Sí, antes de que me dijeras que era un mejillón. Nunca como mejillones.

—Ahora sí. Me has pedido otro. Venga, sé buena. Abre la boca.

Paige volvió a mirar el tenedor de Sam, cerró los ojos y abrió la boca. Picaba tanto que se lo tragó sin masticar. Luego tomó su vaso de agua y se lo bebió de un trago. Le ardía toda la boca y le lloraban los ojos.

—Admítelo, eres un sádico. ¿Qué era eso?

Sam parecía estar demasiado contento, así que Paige pensó que no le iba a gustar la respuesta.

—Calamar marinado. ¿Y?

—Ya entiendo por qué se embadurnan de Cayena, para que no nos los comamos. ¿Cómo puedes comerlos tú?

—En algunos círculos se considera un plato vanguardista, creo. Es una ensalada de marisco. No obstante, tal vez tengas razón. Es sobre todo lechuga y especias. De todas formas, enhorabuena por haberte atrevido a probarla. Eres muy atrevida.

—Me han enseñado a comerme todo lo que me ponen en el plato, pero en esta ocasión me he estrellado. La próxima vez me limitaré a tomarme mi sopa de cebolla, ¿de acuerdo?

—¿Significa eso que no vas a querer probar el pulpo que iba a ofrecerte ahora?

—Supongo que sí.

Paige observó el amplio, pero íntimo comedor. Todas las mesas estaban ocupadas a pesar de ser miércoles por la noche. Deseó haber tenido tiempo de ir a casa a ducharse y ponerse otra ropa, pero no merecía la pena preocuparse por algo que no podía cambiar.

—No había estado nunca aquí. Es un restaurante muy agradable.

—Gracias. Supongo que debería decirte que es mío —comentó Sam llevándose la copa de vino a los labios.

—En ese caso, ha sido todo un detalle por tu parte —dijo Paige mientras el camarero se llevaba su plato y ella se preguntaba cómo se le había podido ocurrir pedir chuletas de cordero de segundo plato.

—No tenía elección. Es uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Si no lo compraba, corría el riesgo de que no me reservasen mesa.

—Sí, me parece lógico —comentó Paige intentando no cambiar de expresión—. Supongo que debe de ser muy divertido ser tan asquerosamente rico. Me imagino que te pasas el día muerto de la risa.

Sam apoyó la barbilla en la mano y sus bonitos ojos marrones le sonrieron.

—No tienes ni idea. Ser tan asquerosamente rico también tiene sus inconvenientes.

—Las Lauras Reed de este mundo —comentó Paige, sin saber por qué. Era como si, casi sin hablar, supiesen con toda exactitud lo que quería decir el otro, adonde iba la conversación. Casi le daba miedo.

—Eso es, las Lauras Reed de este mundo. Mujeres bonitas que se me echan encima de manera constante. Es mi cruz.

—Porque no sabes si lo que quieren es a ti o a tu dinero.

—Quieren el dinero, Paige, no me hago ilusiones.

—Pero si también eres muy guapo. E incluso agradable, cuando quieres.

—Bueno, gracias, señorita Halliday —apoyó la espalda en la silla, fingiendo sentir vergüenza—. ¿Me estoy ruborizando?

—Ya vale. No te estoy diciendo nada que no sepas ya. Ningún hombre anda y se viste como tú sin saber el impacto que causa en las mujeres.

Sam apoyó una mano en su pecho y miró su ropa.

—Es sólo un traje, Paige. Todos los hombres de negocios visten trajes.

—Pero no como tú —replicó ella, deseando poder mantener la boca cerrada. No obstante, aquel tira y afloja era divertido—. ¿Y tu pelo? Es evidente que has pedido que te lo corten de tal manera que parezca estar despeinado.

—¿Sí? ¿Y qué tal estoy?

Ella se tragó el primer bocado de chuleta, intentando no atragantarse.

—Parece que acabas de salir de la cama. Y que estás deseando volver a meterte en ella, con compañía. Dios mío, ¿acabo de decir lo que creo que acabo de decir?

—Sí. Creo que voy a tener que comprar mi peluquería. A mí también me gusta tu pelo, ¿sabes? Hay pocas mujeres con las facciones adecuadas para llevarlo tan corto. Aunque echo de menos

un poco de purpurina.

Ella lo miró fijamente, incapaz de apartar la vista de él. Sintió un cosquilleo en el estómago. Bajó la cabeza y se concentró en el plato.

—Esta chuleta es enorme, pero está deliciosa. Tú no estás comiendo.

—Iba a decir que me estaba regalando la vista contigo, pero me parece un comentario demasiado cursi.

Ella sonrió, se relajó de nuevo.

—Qué truco tan malo.

—Lo sé. Lo siento —admitió Sam mientras atacaba su filete—. No suelo pedir carne roja cuando salgo con una mujer, pero como tú la has pedido… ¿No te importa que sea carnívoro? ¿No vas a darme ninguna charla acerca de mi salud, ni de los pobrecitos animales?

—No te preocupes. Soy una persona sencilla. Soy feliz comiendo carne con patatas, aunque no suelo tener tiempo de cocinar. Si estuviese en casa en estos momentos, probablemente estaría comiéndome un sándwich de mantequilla de cacahuete con gelatina encima del fregadero. La gelatina gotea, si pones mucha, como hago yo. Ah, y con pan blanco, que es el menos sano. Así que, por mí, como si te quieres comer una vaca entera.

Sam volvió a echarse hacia delante con la barbilla apoyada en la mano.

—Ah, muy interesante. No recuerdo haber tenido una conversación tan sincera con una mujer en mucho tiempo. La verdad es que no sé cuándo fue la última vez que cené con una mujer y la vi comer algo más que un par de bocados.

—Pasando por alto el hecho de que es evidente que como más que un canario, me pregunto qué tipo de conversaciones tienes con esas mujeres. ¿Habláis de política, del calentamiento global, del último cotilleo de Hollywood, del mejor taller para llevar el Rolls Royce a arreglar?

—Me parece que a las mujeres con las que suelo salir no les interesa ninguno de esos temas. Sobre todo, me hacen preguntas acerca de si me gusta su vestido, de si llevan bien el pelo —sonrió más—. Luego, más tarde, se preocupan de que se les arrugue el vestido, de despeinarse.

—¿De verdad? Bueno, pues yo no voy a decirte nada de eso —entonces se dio cuenta de que Sam sólo estaba jugando con ella, pero por alguna estúpida razón, estaba haciendo que lo desease—. Quiero decir, que no va a surgir la oportunidad.

—Nunca digas de esta agua no beberé, Paige —le advirtió él—, pero volvamos a nuestra conversación. ¿El hombre de tu vida podrá elegir lo que quiera comer?

Paige se relajó de nuevo.

—Casi. Es probable que le haga jurar que no va a comer calamares picantes antes de besarme. Todavía me queman los labios.

—Entendido. Otra pregunta. He oído a algunas de mis amigas casadas quejarse de que sus maridos juegan demasiado al golf. ¿Cuántas veces dejarías jugar tú al hombre de tu vida, a la semana?

—El hipotético hombre de mi vida —aclaró Paige—. ¿Juegas al golf?

—No, es sólo una pregunta. Sí, juego al golf. ¿Y tú?

—Sólo cuando hay que meter la pelota entre las aspas de un molino, o en la boca de un león, pero soy muy buena. Tres.

—¿Tres qué? Ah, tres veces por semana. Me parece razonable. ¿Y el sexo?

—¿Me has preguntado por el golf antes que por el sexo?

—Un hombre debe mantenerse siempre fiel a sus prioridades.

—Al parecer, hablas mucho con hombres casados —comentó Paige antes de fingir que reflexionaba acerca de la pregunta—. De acuerdo, voy a darte una cifra. Una vez al día, imagino.

—¿Y por las noches?

Paige lo miró con severidad.

—Sabes perfectamente que me refiero a una vez cada veinticuatro horas. ¿Ó acaso pretendes fanfarronear? Porque no estoy impresionada.

—¿Y cómo puedo conseguir impresionarte?

Paige se metió una pequeña patata asada en la boca y la masticó bien antes de tragársela, para retrasar la respuesta.

Él la observó con detenimiento, como si de verdad le interesase lo que iba a decirle.

—¿Con perseverancia?

Sam arqueó ligeramente la ceja izquierda, dando un toque desenfadado a su atractivo rostro. Y Paige pensó que le daba un aire a Johnny Depp en *Piratas del Caribe*. Agarró la copa de vino para intentar disimular su nerviosismo.

Sam rellenó la suya y la levantó.

—Entonces, brindemos por la perseverancia.

Eran más de las nueve cuando Sam atravesó las puertas y recorrió el camino que llevaba a Balfour Hall. Su tío se acostaba

siempre a las nueve, así que no había luz en la segunda planta del ala este.

A su lado, en el asiento del copiloto, Paige se había echado hacia delante, tenía los ojos muy abiertos.

—Las fotografías que había visto no le hacen justicia a este lugar —comentó sobrecogida—. ¿Creciste aquí? Apuesto a que era divertidísimo jugar al escondite. Eso, si no te morías de hambre antes de que te encontrasen.

—Soy hijo único, Paige. No podía jugar al escondite con nadie. Sólo esconderme, algo que, por cierto, se me daba muy bien. Pero, en compensación, tenía un poni.

—Pues sí, buena compensación. No se me ocurre nada mejor que tener un poni. ¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba *Susie* —contestó Sam mientras aparcaba el coche delante de la puerta de la mansión—. Hacía años que no pensaba en *Susie*. Todavía tenemos los establos, pero hace mucho tiempo que están vacíos.

Paige no esperó a que le abriese la puerta, bajó del coche sola y lo esperó.

—¿Cuánto terreno tenéis, Sam? Es evidente que el suficiente para tener caballos. No pensé que hubiese casas con tanto terreno alrededor tan cerca de la ciudad.

—En el siglo XVII mis antepasados eran granjeros, supongo que eso explica la cantidad de terreno. Luego, algún descendiente decidió que no le gustaba la ganadería, pero que se le daban bien los números, y a él le debemos la casa. La verdad es que nunca lo había pensado. En realidad, es la única casa que he conocido, el único modo de vida que he tenido. Ven, está empezando a hacer frío. Vamos a entrar.

Le puso el brazo alrededor de los hombros y la guió escaleras arriba hasta las enormes puertas.

—Si llamo al timbre, ¿me abrirá un mayordomo inglés vestido de librea? ¿Crees que voy a seguir haciendo preguntas tontas antes de aprender a cerrar la boca? No debí tomarme más de una copa de vino.

Sam sonrió mientras metía la llave en la cerradura y abría la puerta.

—Si ni siquiera te has terminado la segunda, y me gustan tus preguntas. La mayoría de la gente intenta parecer tan aburrida y poco impresionada que es evidente que está deseando cotillearlo todo. Así que, adelante, Paige.

No necesitó que se lo dijesen dos veces, entró en el vestíbulo,

que era más bien una enorme sala con suelos de mármol y una chimenea, unas escaleras dobles de madera que ascendían pegadas a la pared y se juntaban en una ancha galería.

Sam miró el vestíbulo a través de los ojos de Paige y tuvo que admitir que él también estaba impresionado. Era curioso que no se hubiese dado cuenta de ello en treinta y seis años.

Paige giró sobre sí misma con la cabeza echada hacia atrás, observando la lámpara de araña que colgaba encima de una mesa de madera con un enorme jarrón lleno de flores.

—Creo que alguien cambia las flores todas las semanas —comentó Sam—. Y el jarrón. Eso antes me hacía sentir como si viviese en un hotel. Podemos dejar que el florista se ocupe de las flores y, si prefieres, puedes hacer tú otra cosa con la mesa.

—¿Todas las semanas? Supongo que las van cambiando según la temporada. Aunque tú no sabes nada de eso.

Era evidente que Paige Halliday no medía todas sus palabras, no quería impresionarlo. Y eso le gustaba.

—Lo siento, he tenido una vida con grandes carencias.

—Sí, claro. ¿Acaso crees que todo el mundo tiene escaleras en casa? Y esa lámpara. Mataría por decorarla —dejó de girar y lo miró a él—. Me has dicho que tenías fotografías. Me encantaría verlas. Ver qué hacían con estas fantásticas escaleras. Tengo algunas ideas, pero me gustaría ceñirme lo máximo posible a la tradición.

—¿Por qué no termino de enseñarte la casa antes? —comentó Sam haciendo un gesto para que lo siguiese hacia la parte izquierda del vestíbulo, al primer salón. Los rodapiés y los revestimientos de madera estaban pintados en tono marfil, y por encima los paneles eran de madera marrón oscura. Los muebles eran abundantes, grandes y macizos. El tío Ned llamaba a aquél el salón principal. Su madre, para provocar a su cuñado, lo llamaba el Salón del Lupanar.

Sam sonrió al recordarlo. No se acordaba de cuándo había sido la última vez que había estado allí, o que había pensado en aquella broma de su madre.

En esos momentos estaba viendo la casa a través de los ojos de Paige. Unos ojos que estaban maravillados. Ya ella no le importaba que se notase que estaba encantada, ni le faltaba el entusiasmo necesario para darse cuenta de que Balfour Hall era como un tesoro escondido.

Aquéllos eran los salones públicos, construidos y mantenidos para dar fiestas, llevar a cabo celebraciones e incluso bailes benéficos que en el pasado habían tenido lugar con cierta asiduidad. Y que ya eran sólo salones bonitos, llenos de muebles y de

antigüedades de inestimable valor que llevaban varias generaciones en la familia. Pero también eran habitaciones que estaban más muertas que vivas.

Aunque sin querer, ella estaba haciendo que reviviesen.

El tío Ned vivía en un par de habitaciones, que eran más que suficientes para sus necesidades, en el ala este. Y Sam tenía su ala, el ala que había pertenecido antes a sus padres, antes de la repentina muerte de su padre, antes de que su madre se marchase a vivir a la casa de invierno que tenían en Sarasota, para intentar recomponer su vida.

De hecho, había tenido que buscar la llave de la puerta principal antes de ir a cenar con Paige, porque solía entrar directamente por su ala.

Sam oyó una vocecita en su cerebro que le decía en tono sarcástico, o tal vez con pesar: «Bienvenido a casa, Sam. ¿Dónde has estado?».

En ese instante estaban en la biblioteca y Paige observaba el retrato de tamaño natural que había encima de la chimenea.

—Te pareces a él. ¿Son tus padres?

Sam se acercó, mirando el retrato.

—No me había dado cuenta del parecido. ¿De verdad piensas que me parezco a él? En este cuadro debía de tener más o menos mi edad.

—Sí, sin duda. Quiero decir que no eres idéntico a él, pero los ojos… ¿Sabías que sonríes con los ojos?

—Mi madre solía decir que era el demonio que se asomaba por nuestros ojos, los de mi padre y los míos. Mi padre hace bastante que murió, de forma repentina. Yo acababa de terminar el bachiller. Murió dos semanas después de que le diagnosticasen la enfermedad. Y mi madre vive en Florida. Dijo que no soportaba quedarse aquí, sin él.

—Lo siento. Debe de doler mucho, perder a un padre.

—No es fácil, no —Sam agarró la mano de Paige y la llevó hacia la enorme ventana ovalada que daba a los jardines—. Ésta es la ventana de la que te hablé.

—Donde poníais el árbol hecho con flores de Pascua, sí. Va a ser magnífico. Podemos hacer que se encienda por la noche. Es estupendo que esta ventana dé a la parte delantera de la casa.

—Sí, todo el mundo verá un enorme árbol rojo.

—No te rías de mí. Podría utilizar poinsetias rosas y rociarlas de nieve artificial —lo miró a él—. Pero lo que de verdad me apetece ver es ese enorme salón de banquetes que se supone que tengo que

convertir en un lugar íntimo para una pequeña cena. Y, luego, creo que voy a necesitar una silla y otra copa de vino, porque si no me va a dar un ataque de locura. Es un trabajo enorme, Sam.

—Confío en ti. Ven, el salón de banquetes está por aquí —dijo agarrándola de nuevo de la mano con naturalidad.

Iba a tener que reflexionar más acerca de aquello. Paige estaba empezando a gustarle. Y eso era algo inesperado. Necesitaba ser él quien tuviese el control.

Volvieron al vestíbulo atravesando una sala de estar, otro salón y el comedor familiar, y Paige observó maravillada los techos decorados y las chimeneas que debían de haber sido importadas de Inglaterra y Francia cuando se construyó la mansión.

Sam le enseñó el piano del salón de música, una antigüedad que se suponía que había utilizado Mozart para entretener a sus invitados en algún lugar de Inglaterra.

—Esa harpa del rincón también parece muy antigua —comentó Paige—. ¿Tiene también una historia?

Sam sonrió.

—Sí. Un cuento con moraleja acerca de lo que les pasa a los niños que intentan meter la cabeza entre sus cuerdas. Yo casi me corto una oreja. Una casa como ésta puede ser un lugar muy peligroso en días de lluvia.

—No puedo imaginarme de hija única creciendo en una casa tan grande —le dijo Paige, apretándole la mano con naturalidad—. ¿Te sentías solo?

—No, aunque podría mentirte e intentar darte pena diciéndote que era un pobre niño rico. Sí era bastante peligroso.

—¿Eras? ¿En pasado?

—Sí, ahora soy mucho mejor —se detuvo delante de unas enormes puertas labradas que estaban justo debajo de las escaleras del vestíbulo—. ¿Estás lista?

—No mucho —contestó ella con los ojos muy abiertos—. Ya casi estoy desbordada, así que supongo que esto… Oh… Dios… mío.

Una vez más, Sam se encontró observando el salón a través de los ojos de Paige.

—Mira ahí arriba —comentó señalando con la mano que tenía libre una especie de balcón diseñado para que antiguamente se colocasen los músicos—. Es un lugar ideal para esconderse y ver cómo transcurren las fiestas cuando todo el mundo piensa que estás en la cama. O para lanzar aviones de papel.

—¿Aviones de papel? ¿Aquí? Eso es un sacrilegio, Sam, debería darte vergüenza. Aunque apuesto a que planeaban muy bien —dijo

Paige soltando su mano y acercándose a la mesa de comedor—. ¿Cuánta gente cabe? ¿Cuarenta personas?

—Casi aciertas. Cuarenta y dos.

—¿Y cuántas van a participar en la cena íntima que estás organizando?

—Ocho o nueve. Me gustaría vestirla para nueve, en cualquier caso. ¿Te apetece ahora esa copa de vino?

—Sí, me parece muy buena idea —se volvió hacia él con los ojos muy abiertos, un poco asustados—. No es posible, Sam. Nadie conseguiría que este lugar resultase íntimo. A no ser que pusiésemos una especie de carpa en algún rincón.

—¿Una carpa? Esa idea puede ser una posibilidad. ¿En qué rincón?

Paige puso los ojos en blanco.

—No hablaba en serio, Sam. Una carpa sería… aunque…

—Me parece que oigo funcionar a tu cerebro. Piensa en voz alta, Paige.

—No estoy pensando —contestó ella empezando a andar alrededor de la mesa—. Estoy cavilando. No es lo mismo. Pero… podríamos decorar bien la mesa. Es tan grande que tal vez hagan falta dos o tres adornos importantes, para que no parezca tan enorme. Y aunque no pongamos una carpa, podríamos poner unos doseles.

—Doseles —Sam sacudió la cabeza e intentó ignorar la sensación de que la tenía demasiado lejos, aunque sólo estaba al otro lado de la mesa—. No, lo siento, no lo entiendo.

—Sí, claro que sí. O lo entenderás. Doseles, Sam. A rayas, de fiesta. Podríamos decorarlo como un pueblo inglés, casi medieval. Las paredes revestidas, los techos altos, las vigas al aire, son muy medievales. Ya lo estoy viendo. Podríamos poner la mesa debajo de una carpa, y mesas con la comida debajo de cada dosel. Dime que habrá un bufé.

—Está bien, habrá un bufé.

—¡Genial! Conozco un servicio de catering que sería perfecto. En uno de los puestos estaría el asado de carne, o lo que sea. En otros dos puestos pondríamos dos bares, uno a cada lado del salón, quiero decir, del pueblo. Los vendedores pueden ir con trajes típicos medievales y pasearse con bandejas llenas de dulces y esas cosas. También puede haber juglares. Bufones. Los bufones pueden ponerse en el balcón. Para eso estaba, ¿no?

—Eso dicen, sí.

A Sam estaba empezando a gustarle la idea. Y el salón era lo

suficientemente grande como para albergar los planes de Paige. Había estado en casas más pequeñas que aquel salón. Y, lo que era más importante, al tío Ned le gustaría la idea. Tal vez incluso quisiese participar. En el pasado, tía Maureen y él habían dado algunas fiestas estupendas allí.

—En un lugar como éste no puedes limitarte a vestir una mesa. O se hace a lo grande, o no se hace. Sam, por favor, dime que puedo hacerlo.

A Sam le pareció que estaba muy atractiva en ese momento, avanzando hacia él con los ojos brillantes como esmeraldas. Cualquiera diría que le habían dado un tesoro, cuando lo que le habían dado era muchísimo trabajo.

—Si crees que serás capaz, está bien. Adelante.

Era evidente que Paige se sentía aliviada, encantada.

—Oh, Sam, va a ser estupendo. No puedo creer que esté tan emocionada. Esto no tiene nada que ver con árboles de Navidad rosas, ni con *hula-hops* dorados.

—Supongo que ahora es cuando tengo que decir que me alegra verte tan contenta. O es ahora cuando me das las gracias.

Paige se acercó más a él y lo abrazó, sonriendo de oreja a oreja.

—Gracias, Sam. De verdad. Muchas gracias. Ahora mismo, no me importa por qué estás haciendo esto. Todo va a ser genial. No sabes lo mucho que esto significa para mí. Balfour Hall es como… como un lugar mágico. Un país de fantasía. La casa con la que soñaba cuando era niña.

Y luego, como si no tuviese otra manera de demostrarle su gratitud, se puso de puntillas y le dio un beso en los labios.

Sam jamás había pensado que Balfour Hall fuese un afrodisíaco, pero estaba funcionando.

Sintió que su libido se despertaba y empezó a poner sus brazos alrededor de Paige, justo en el momento en el que ella se apartaba.

—Venga, Sam, enséñame ahora las fotografías. Has dicho que estaban en la biblioteca, ¿no? Y mañana me gustaría volver a ver los adornos de los que me hablaste. ¿Dónde están?

—Esto… en los trasteros, encima de los garajes —contestó él observando cómo Paige iba bailando hasta la puerta, golpeando el suelo con los tacones altos y haciendo que volase la ridícula bufanda que llevaba puesta y que, sin querer, acentuaba la longitud de sus piernas. Volvía a parecer un ángel de la Navidad, con la blusa dorada, los pantalones beige y la bufanda morada.

Era auténtica, inconscientemente bella. Y no tenía ni idea del impacto que había causado en él su impetuoso beso.

Capítulo 5

Paige aceptó la copa de licor de mora que Sam le había dicho que le gustaría más que otra copa de vino. Se esforzó por que no le temblase la mano.

—Gracias.

Luego observó cómo él volvía al pequeño bar a servirse un coñac de otro decantador de cristal. Le había dicho que el licor de mora era demasiado dulce para él, y más apropiado para ella, ya que le había gustado el vino que había escogido para la cena.

Paige se había limitado a contestar con movimientos de cabeza y monosílabos, porque todavía estaba intentando averiguar por qué demonios lo había abrazado. Y, todavía peor, por qué lo había besado.

Y eso que se había puesto un metafórico cinturón de castidad antes de acudir a la cita de aquella noche.

Aunque, al fin y al cabo, no era tan malo haberle dado un abrazo y un beso. Había sido un gesto de agradecimiento, nada más. En teoría.

¿Y en la práctica? En la práctica estaba bastante segura de que si se hubiese quedado allí diez segundos más, habría terminado encima de la señorial mesa de comedor, con las piernas abrazadas a su cintura.

Le dio un trago a su bebida. Estaba dulce. Y era un poco espesa. Almibarada, casi pegajosa. Y, mientras volvía a beber, deseó que también fuese medicinal. Que curase su estupidez transitoria.

Sentada en el sofá de cuero, levantó la mirada y vio a Sam acercándose de nuevo a ella, con la copa en una mano, y un enorme álbum de fotografías debajo del otro brazo.

—Hay por lo menos una docena de álbumes, o más, pero me parece que podemos empezar con éste. Contiene lo que mi madre llama una perspectiva general de la vida de Balfour, entonces y ahora. En otras palabras, se cansó de organizar todos los miles de fotografías que tenía por orden cronológico.

—¿Tienes alguna sentado en una piel de oso convertida en alfombra? —le preguntó Paige mientras él se sentaba a su lado—. ¿O es una tortura que los padres ya no infligen a los hijos?

—¿Una tortura?

—Sí. Ya sabes. Tu primer baile, y tu madre saca el viejo álbum de fotos para enseñárselo a tu acompañante, y lo abre directamente por ésa en la que estás con el culo al aire encima de una manta. Siempre pasa en las series de televisión.

—Supongo que tuve suerte de librarme de eso —dijo Sam dejando la copa en el borde de la mesita de café antes de apoyar el libro y abrirlo—, pero por aquí hay una página vacía porque arranqué la fotografía, la única que existía, por cierto, en la que sonreía de oreja a oreja con los dientes llenos de hierros. Estuve dos años con el ceño fruncido.

—¿De verdad? Lo he pensado alguna vez —comentó Paige, luego, se explicó—: Quiero decir, no que hubieses fruncido el ceño, porque no sueles hacerlo, sino cómo se sienten los niños a los que les ponen aparato. Yo no lo necesité.

—Pues tienes suerte. No pude comer chicles durante dos años, y eso me volvía loco. Lo raro es que llevo veinte años sin probar los chicles, y no los echo de menos.

—No, no es raro, es normal, y humano. Solemos querer lo que no podemos tener —comentó Paige, y luego volvió a enfadarse consigo misma por bocazas.

Él la miró a los ojos, divertido.

—Y luego, cuando por fin lo tenemos, cuando por fin lo conseguimos, ya no lo queremos, ¿verdad?

—Supongo que eso también es normal —Paige bajó la cabeza hacia el álbum con la esperanza de encontrar algo que la ayudase a cambiar de conversación—. Eh, mira, ¿quién es ése? ¿Has visto el cuello que lleva? Da la sensación de que va a cortarse una oreja si mueve la cabeza.

—Creo que lo llamaban cuello postizo —comentó Sam muy cerca de su oído—. Ése debe de ser Samuel Edward Balfour II. Júnior Balfour. O Balfour III. En fin, otro de los numerosos Sams de la familia. A estas alturas, debería conocerlo, ¿verdad?

Sin saberlo, había metido el dedo en la llaga.

—Sí, Sam, deberías saberlo. La familia es importante. Es tu patrimonio. Saber quiénes eran ellos te ayuda a conocerte a ti mismo. Esta casa, Sam, es maravillosa, es un tesoro del que puedes estar orgulloso, pero, al final, lo que cuenta de verdad es la familia. Conocer cuáles son tus raíces.

Luego cerró la boca, porque había vuelto a precipitarse al abrirla, haciendo comentarios inoportunos. No estaban hablando de la historia de sus vidas. Aquel hombre era su cliente. Y punto.

—Supongo que tienes razón —admitió Sam pasando página tras página. En todas las fotografías aparecía la casa en Navidad—. Mi madre estuvo estudiando su genealogía durante una época. Tengo que enviarle estos álbumes para que clasifique algunas de estas fotografías. Mira, aquí hay una del vestíbulo.

Paige se inclinó hacia delante, dirigiendo la mirada hacia la fotografía que Sam le estaba señalando con el dedo. Lo que vio fue a un niño pequeño vestido con una camisa blanca y unos pantalones cortos de terciopelo azul marino, con una rodilla vendada, sonriendo a la cámara con orgullo y mostrando una caña de pescar. Los ojos del niño también sonreían.

Algo en su interior se revolucionó. No le parecía tan sofisticado…

—Entonces, ¿qué te parece?

Por suerte, Paige volvió a la realidad justo un segundo antes de responder:

—¿El qué? —se aclaró la garganta—. Es una buena fotografía. Se aprecian muchos detalles. Me parece que podré recrear el ambiente. Es bastante sencillo, en realidad, las guirnaldas de hoja hechas con plantas de hoja perenne, los lazos y todo eso. Muy tradicional, como se llevaba antes. No obstante, es probable que tenga que hacer los lazos nuevos, suelen estropearse a no ser que se hayan guardado con mucho cuidado. Por cierto… ¿Éste eres tú?

—Sí, en toda mi gloria —contestó Sam sin dejar de mirar la fotografía, sonriendo levemente—. Me encantaba esa caña de pescar. Hacía mucho tiempo que no me acordaba de ella, pero me encantaba —se volvió para mirarla a ella—. Hay un riachuelo que atraviesa la propiedad. Sólo tiene peces pequeños de agua dulce, pero eso no impedía que me imaginase que algún día iba a pescar una ballena. Aunque lo único que solía traer a casa eran ranas con las que mamá no me dejaba quedarme.

Paige estaba segura de que no estaba intentando mostrarse encantador. Bueno, estaba casi segura. En realidad, era encantador. Le salía de manera natural, como el hecho de respirar.

Se dio cuenta de que aquello era una batalla sexual a la que había acudido muy mal armada y sin una estrategia clara. Era hora de batirse en retirada.

—Tenías un poni, tu propio riachuelo, ¿qué más formó parte de tu niñez, Sam? ¿Hay una piscina o una cancha de tenis cubierta en alguna parte?

Él arqueó las cejas.

—El tono de la pregunta ha sido gracioso, pero la pregunta en sí, un tanto mordaz. ¿Qué pasa? Hace un rato lo estaba haciendo bastante bien. ¿He perdido puntos por haber tenido una infancia feliz?

—No, por supuesto que no. No seas tonto —contestó ella volviendo a mirar el álbum de fotografías. No había pretendido

ofenderle—. Cuando yo era pequeña tenía una amiga imaginaria. Bueno, en realidad era una hermana imaginaria. Se llamaba Gretchen y era la más valiente de las dos, la que miraba debajo de la cama y dentro del armario todas las noches para asegurarse de que no había monstruos acechándome.

—¿Encontró alguno alguna vez?

Paige lo miró con el ceño fruncido.

—¿Algún qué? Ah, monstruos. No, no encontró ninguno. Pero eso no quiere decir que no los hubiera. Ella hacía que no se acercasen.

—¿Y quién hace que no se acerquen ahora que has crecido? ¿Ha sido reemplazada Gretchen por un caballero de brillante armadura? ¿Debería tener cuidado con él y con su gran semental blanco?

La conversación estaba empezando a resultar ridícula, además de cada vez más incómoda.

—Tengo treinta años, Sam, ya no soy una niña. Y soy capaz de defenderme sola de mis dragones.

—Así que no tienes novio —continuó Sam. Era un hombre muy persistente—. No hay un hombre en particular en tu vida.

—No, Sam, no hay un hombre en particular en mi vida —repitió ella poniéndose tensa—. Y, por si se te ocurre preguntármelo, tampoco lo estoy buscando. Mi vida ya es bastante completa tal y como está. Ahora, búscame alguna fotografía del salón de banquetes o llévame a casa, porque esta conversación ha terminado.

—A mí también me ha dado la sensación de que estábamos hablando demasiado —dijo Sam pasando una mano por su cuello y atrayéndola hacia él—. Demasiado…

Paige podría haberse resistido. No la estaba agarrando con tanta fuerza mientras hundía los dedos en su pelo.

Pero tenía mucha curiosidad. ¿Serían los besos de Sam tan devastadores como ella había imaginado?

Además, le gustó el cosquilleo que sintió nada más notar su mano sobre la nuca, una reacción instantánea y placentera que le bajó por los hombros y le recorrió los brazos hasta llegar a la punta de los dedos.

Abrió los labios, sólo un poco, casi de manera involuntaria, y cerró los ojos.

Hacía mucho tiempo…

Levantó los brazos para ponerlos alrededor de él, que la echó hacia los cojines que estaban apoyados en el brazo del sofá. Sus bocas se unieron, y la lengua de Sam inició una invasión dulce y bien recibida que Paige no tenía intención de rechazar.

Tenía uno de sus muslos, fuertes y duros, entre las piernas y su zona más íntima reaccionó al estímulo.

Los movimientos de Sam eran estudiados, extraordinariamente cuidadosos, pero a ella no le importó. Ya pensaría acerca de ello más tarde, ya pensaría en todas las mujeres que habían sucumbido a él en otra ocasión.

En ese momento, le tocaba a ella.

Y hacía tanto tiempo…

La camisa se le había salido de la cinturilla de los pantalones y notó que Sam le iba desabrochando los botones uno a uno, sin separar los labios de los suyos, excitándola con los sensuales movimientos de su lengua.

El corazón se le aceleró todavía más al darse cuenta de que había conseguido desabrocharle el sujetador con facilidad, dejando sus pechos libres. Notó que apoyaba la palma de la mano con firmeza entre ellos, como queriendo decirle que también se había percatado del frenético palpitar de su corazón.

Y que a él también le gustaba la sensación.

Paige se oyó gemir cuando los labios de Sam se separaron de los suyos, pero arqueó la espalda cuando él dedicó toda su atención a sus pechos, capturando primero un pezón, luego el otro, y trazando un camino de besos húmedos entre ambos. Oyó un ligero sonido, el de la cremallera de sus pantalones bajándose.

Era bueno. Muy, muy bueno…

—Nadie gana, y nadie pierde, Paige —le susurró al oído.

—Eso… no siempre es verdad —contestó ella cerrando los ojos.

El susurro de Sam había mandado una ola de pequeñas vibraciones a su oído, que había descendido por el cuello.

—¿Estás planeando romperme el corazón, Paige?

Ella lo empujó un poco hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—No creo que eso sea posible.

—Te sorprenderían todas las cosas que son posibles, Paige —replicó él mirándola con deseo, haciendo que se le erizase el vello de todo el cuerpo—. Lo sientes, ¿verdad? No estarías aquí si no lo sintieses. Los dos supimos que esto era inevitable desde la primera vez que nos vimos.

Ella apartó la mirada.

—No… no sé lo que… Sí. Inevitable.

Él le acarició el cuello.

—¿Y eso hace que te enfades? ¿Estás enfadada conmigo? ¿O contigo misma?

—Conmigo misma —admitió en voz baja—. Sé quién eres, cómo

eres. Y no obstante… no obstante, aquí estoy.

—No soy un mal tipo, Paige. Soy sólo un hombre. Un hombre que te desea. Y mucho. No es sólo sexo, y no es sólo una frase hecha. Creo que podrías ser… importante para mí. Necesaria para mí.

—Ni siquiera me conoces.

—Tengo que corregirte, cariño. Nunca he conocido a nadie tanto como a ti. Existe una diferencia. Una diferencia que creo que deberíamos explorar.

Paige intentó sonreír.

—Esto es ridículo. Estás tumbado encima de mí, y yo, medio desnuda…

—Sí, medio desnuda, pero eso puedo arreglarlo.

—No me interrumpas. Estamos aquí tumbados, manteniendo una conversación profunda y muy extraña. Una parte de mí quiere continuar con la conversación, pero el resto de mi cuerpo tiene otros planes muy distintos.

La sonrisa de Sam terminó con la poca fuerza de voluntad que le quedaba.

—Podemos parar, posponer algo que es inevitable, o disfrutar el uno del otro. Dime qué es lo que quieres.

Ella levantó los brazos y apoyó las palmas de las manos en sus mejillas, luego, levantó las caderas de manera sugerente.

—Creo… creo que quiero que te calles y que vengas aquí. Si has terminado de hablar, quiero decir.

Él la besó y ella lo besó a él. Se deseaban. Tal y como había dicho Sam, había cosas que eran inevitables.

Cuando metió la mano para bajarle los pantalones, ella lo ayudó levantando las caderas. Y cuando intentó quitarse el cinturón, le apartó la mano y lo hizo en su lugar.

Y mientras tanto, sus bocas permanecieron unidas, anhelando, simulando el acto. La lengua de Sam penetrándola, retirándose, capturándole los labios con los suyos. Paige nunca había sentido una pasión tan íntima, un deseo tan extraordinario.

Paige estaba hundida entre los suaves cojines y Sam dejó de besarla un momento para colocarla bien, incluso aquella breve interrupción la hizo gemir.

Y luego lo sintió en su interior, llenándola. Y lo abrazó con brazos y piernas, en un esfuerzo por tomar de él todo lo que quisiera darle.

Poco a poco, la pasión, el deseo y una dulce y creciente necesidad reemplazaron todo lo demás, y Paige se preguntó quién

habría ganado la apuesta en Holidays by Halliday…

Sam se dirigió hacia el invernadero situado a unos treinta metros de la parte de atrás del ala este de la casa, mirándose el reloj y calculando el tiempo que tardaría en llegar a la reunión que tenía con varios banqueros internacionales en la ciudad.

Como le había dicho a Paige, todo el mundo servía a alguien, y su tío Ned había fijado la reunión, el lugar y la hora, y él no tenía elección, tenía que asistir.

Abrió la puerta del invernadero y volvió a cerrarla con rapidez, pues hacía frío fuera. Llamó a su tío.

Tío Ned vivía para sus flores, y había hecho ampliar el invernadero en varias ocasiones a lo largo de los años. En esos momentos, rivalizaba con algunos viveros locales en tamaño y capacidad. ¿Pero para qué servía el dinero si no, si uno no podía permitirse tener algunos caprichos?

Sam pasó al lado de una mesa muy larga llena de macetas con una flor que reconoció de repente. Era alta, un poco puntiaguda, la misma que había visto la noche anterior en el florero del vestíbulo.

—Vaya… —dijo entre dientes, sintiéndose como un tonto.

Acababa de darse cuenta de quién ponía flores naturales en el vestíbulo una vez a la semana. Quién ponía flores naturales por toda la casa, a decir verdad.

—¿Tío Ned? —insistió—. ¿Dónde estás?

—Aquí, Sam. Gira a la izquierda en la mesa de las amarilis.

—Lo haría si supiese cómo demonios son las amarilis. Sigue hablando, tío, y seguiré tu voz.

Sam se sacó un pañuelo del bolsillo trasero de los pantalones y se secó la frente de sudor antes de quitarse el abrigo de cachemir.

—Ah, veo que me has encontrado —dijo el tío Ned sonriendo.

Estaba sentado en una banqueta alta, con un delantal de plástico atado a la cintura. También llevaba guantes de goma de un verde chillón, y estaba cortando una planta que tenía muy mal aspecto con un pequeño cortaúñas.

—Una operación de urgencia —le dijo mientras cortaba otra ramita.

—¿De verdad? ¿Sobrevivirá el paciente?

—Estará delicado durante una temporada, pero sí, creo que sobrevivirá —el tío Ned dejó el cortaúñas—. No me has hecho caso, Sam. Estoy muy decepcionado contigo. Muy, muy decepcionado.

—No sé de qué me estás hablando —mintió Sam. Sabía perfectamente de qué, y de quién estaba hablando su tío.

—No me insultes. Paige Halliday no es como tus otras mujeres, Sam.

Él asintió. Llevaba pensando lo mismo casi sin interrupción desde la noche anterior. Aquella mujer le había calado hondo. Cómo, no tenía ni idea. Ya había pensado en volver a verla unas horas más tarde, aunque todavía tenía que inventarse una excusa.

—Estoy de acuerdo. Es diferente a otras mujeres que he conocido. Es eso lo que me atrae de ella. Tengo derecho a sentirme atraído, ¿no?

—No, Sam, no tienes derecho. Hice que Bruce investigase a la señorita Halliday antes de escogerla para recibir uno de mis regalos anónimos. ¿Te has molestado en leer el informe de Bruce?

—No, la verdad es que no. ¿Vas a contarme qué es lo que me he perdido? Es una de tus «buenas» y una ganadora. Además, es guapa, deseable, libre y… —se contuvo para no decir que estaba dispuesta a entregarse a él—. ¿Qué más tengo que saber?

El tío Ned se bajó con cuidado del taburete y tomó la planta para llevarla a una mesa llena de otras plantas con mal aspecto.

—No debería decírtelo. Tú deberías haberte molestado en leer el informe, pero supongo que estabas demasiado ocupado intentando idear la manera de… no me hagas ser ordinario.

—Jamás osaría —comentó Sam, agachándose a recoger una paleta que estaba medio escondida debajo de una mesa.

El tío Ned estaba muy disgustado. ¿Por qué aquel repentino interés en la vida de su sobrino? Antes nunca había parecido importarle.

—¿Qué está pasando aquí, tío Ned? —le preguntó.

El anciano se quitó los guantes de goma.

—Me estoy haciendo viejo, Sam. Voy a cumplir setenta y seis años. Tu padre, si todavía viviese, tendría setenta y dos. Y tú vas a cumplir treinta y siete. Quiero decir que, si haces la cuenta, tu padre tenía tu edad cuando tú naciste.

Sam se limitó a asentir. Se limitó a asentir porque no tenía nada que decir. El tío Ned iba a decirlo todo. Su papel esa mañana era el de escuchar.

—Maureen y yo no tuvimos la suerte de tener hijos, Sam. Tú fuiste el único niño que continuaría con el apellido Balfour, con la herencia de los Balfour, si quieres llamarlo así, y de vez en cuando me pongo sensiblero. Antes de morir, quiero tener en brazos a Samuel Edward Balfour VI. Quiero verte feliz, Sam, verte centrado. Eres el hijo que nunca tuve. Y, ahora, quiero un nieto.

—¿Nietos? ¿Estás hablando de nietos? Pero si todavía queda

mucho tiempo para eso, tío Ned. Al fin y al cabo, no te vas a marchar a ninguna parte —la sonrisa de Sam se fue desvaneciendo mientras esperaba la respuesta de su tío, y el corazón le dio un repentino vuelco—. No te vas a ninguna parte, ¿verdad? ¿Tío Ned?

De acuerdo, era una idiota. Tal vez incluso estuviese casi para que la encerrasen. ¿Qué otra cosa podía explicar su comportamiento de la noche anterior? Después de jurarse a sí misma, y de jurarle a él, que no iba a implicarse, que no iba a convertirse en otra de sus aventuras pasajeras, se había derretido ante sus sonrientes ojos marrones que, de pronto, se habían vuelto intensos y misteriosos.

Y sensuales. Sam Balfour era, sin duda alguna, muy sexy. Su aspecto, su voz, su olor, la manera en que ponía la boca cuando se concentraba para entrar en acción. Sí. Era un *expertus romanticus*, como habrían dicho, o no, los romanos. Era algo intrínseco a él.

—Y te ha atrapado —se dijo Paige a sí misma en voz alta, agarrando con fuerza el volante de la camioneta.

«¿Te estás oyendo? Sólo has pasado una noche con ese tipo y ya estás diciendo esas cosas. Pensando esas cosas», cerró los ojos. «Ya te estás preguntando cuándo te va a dejar como un coche usado para ir a comprarse un modelo nuevo, con la esperanza de que siga utilizándote para recorrer unos kilómetros más. Dios mío, Paige, eres patética».

Y lo que era todavía más patético era el modo en que estaba hundida en el asiento del conductor de su camioneta, que había aparcado en un lugar donde no se la veía, detrás de una valla publicitaria, fuera de la autopista, esperando a que pasase el coche de Sam de camino a la ciudad.

La noche anterior, al llevarla a casa, le había dicho que tenía una reunión esa mañana. Luego le había dado un largo y abrasador beso, sin duda, con la intención de que siguiese pensando en él hasta que volviesen a verse. Y había funcionado.

También le había dado el código de seguridad de las puertas de la propiedad. Lo había hecho para demostrarle su confianza, un gesto amable, y le había dicho que fuese cuando quisiese para preparar la decoración, medir las escaleras, o lo que necesitase hacer.

Todo era tan fácil… Paige podía entrar en su vida sin darle más vueltas, caer en sus brazos, en su cama. Sam hacía que fuese fácil. Lo hacía todo sencillo. No le extrañaba que ninguna de sus amantes viese el hacha caer hasta que ya era demasiado tarde.

«Aunque todas sabían que lo más probable era que cayese el

hacha», se recordó justo en el momento en el que se le encogía el estómago al ver el lujoso coche de Sam que iba en dirección a la ciudad. «Tú sabes que el hacha está ahí, y él sabe que tú lo sabes, porque eres una bocazas, Paige Halliday, y se lo has dicho. Él se imagina que conoces las reglas y que las aceptas».

Arrancó la camioneta y entró en la autopista.

«¿Cuándo voy a aprender que no soy tan sofisticada como creo ser?».

No obstante, le parecía que había salido airosa con Mary Sue un rato antes, cuando su amiga le había pedido un informe detallado de lo que había ocurrido la noche anterior. Ella se había concentrado en describir el trabajo, la magnitud del proyecto, y había evitado que le hiciese demasiadas preguntas personales. Después, había buscado la cámara digital y una cinta métrica y se había marchado del despacho antes de que Mary Sue la marease con cuánto dinero iban a ganar con aquel trabajo.

En esos momentos, iba de camino a Balfour Hall, escondiéndose como una ladrona, evitando al hombre que la había tumbado en los mullidos cojines y le había hecho el amor como si fuese la mujer más bella y atractiva del mundo.

Al menos, lo sería durante esa semana.

Eso era lo que tenía que recordar cuando volviese a estar en su presencia. Que era algo pasajero, igual que el trabajo de decoración de la casa.

Detuvo la camioneta y sacó medio cuerpo por la ventanilla para marcar el código. Luego atravesó las puertas y volvió a detenerse un poco más tarde para observar la imponente estructura que se levantaba ante ella.

Sam tenía razón. La fachada le hacía pensar en el castillo de Biltmore House, el color, la forma de las ventanas. Pero, a pesar de ser grande, el castillo debía de ser al menos tres veces mayor, y todavía sobraría sitio para un garaje para cinco coches y una pista de tenis. Así que no era tan grande.

Sí, podía ver aquella mansión como el hogar de alguien, aunque Sam debía de haber tenido mucho espacio para correr. En esa casa había sitio más que suficiente para una docena de hijos deslizándose por las barandillas y jugando al escondite por las habitaciones.

Eso, decidió, se debía al diseño. La parte central, de tres pisos, estaba formada por el inmenso vestíbulo y las escaleras dobles que estaban delante del salón de banquetes, en el que pronto estaría su pueblo medieval en miniatura. Salvo en ocasiones excepcionales,

esa parte central sólo se utilizaba para cruzar de un ala de la casa a la otra, idéntica a la anterior.

Sam le había dicho que vivía en un ala, y Paige se preguntó en cuál de las dos. Al fin y al cabo, no habían pasado del primer piso, o sí?

¿Podría subir al segundo piso? ¿Y podría dejar de pensar que se había vendido por un trabajo estupendo y un sexo todavía mejor?

Aparcó la camioneta cerca de los garajes y se miró en el espejo retrovisor para comprobar que llevaba bien el maquillaje antes de bajar y ponerse a buscar a la señora Clarkson, el ama de llaves, para avisarla de que iba a estar merodeando por allí.

Se estiró la chaqueta verde que llevaba encima de una camisa de seda de color crema y unos pantalones negros de raya diplomática que se había puesto para parecer más profesional, y estaba llegando a la puerta que Sam le había dicho que había al otro lado de los garajes, cuando el sol se reflejó sobre algo a lo lejos.

Por curiosidad, se alejó de la puerta y reflexionó acerca de su idea de dejar el abrigo en la camioneta. Luego, dado que el sol calentaba, se encogió de hombros y atravesó el césped, rodeando la parte exterior del salón de banquetes, para dirigirse hacia la otra ala. Mientras caminaba, no podía dejar de girar la cabeza a izquierda y derecha, para admirar las enormes terrazas y la piscina que tenía su propia cascada de piedra.

Y si la vista no la engañaba, había dos, no, tres banderas colocadas encima de tres mástiles y esos mástiles… Era increíble, ¡tenían hasta un campo de golf!

—Eso me parece una obscenidad —dijo en voz alta, riendo.

Lo que no le parecía una obscenidad era el invernadero hacia el que se dirigía. Era, sencillamente, increíble. ¿Cómo era posible que algo tan enorme, tan moderno, pareciese estar allí desde que se había construido la casa?

Estaba empezando a tener frío y decidió que estaría mejor dentro del invernadero. Entraría sólo un minuto, y luego volvería a buscar a la señora Clarkson.

Le pareció una buena excusa, si alguien la sorprendía curioseando.

Llamó a la puerta, pero dudó que nadie la oyese, ya que estaba sonando a todo volumen un fragmento del *Fantasma de la Opera* en el que Sarah Brightman, interpretando a la solitaria Christine, se lamentaba de la pérdida de su padre.

Aquella canción, su conmovedora letra, la voz de Sarah Brightman, siempre la habían hecho llorar. Echaba de menos la

presencia de muchas personas en su vida, sobre todo, la de su padre y su madre.

Empujó la puerta, que se abrió sin hacer ruido, así que entró. El calor, el aire húmedo y el fuerte aroma a flores la golpearon. Y la voz de Sarah Brightman se le metió dentro.

—Hola. ¿Hay alguien? ¡Hola!

La música cesó y Paige oyó que alguien le contestaba desde el otro lado del invernadero.

—Estoy aquí atrás, dos mesas detrás y a la izquierda de la de las amarilis. ¿Sabe usted cómo son las amarilis, jovencita?

—Sí, señor, sí —contestó Paige avanzando hacia la voz.

—En ese caso, me va a resultar una visita reconfortante, después de la anterior.

Paige vio a un hombre mayor, aunque no excesivamente, que estaba de pie, con un macetero vacío en una mano y una paleta en la otra.

—Y mucho más agradable a la vista. Hola, soy el tío Ned.

Paige contestó con una sonrisa, rápida y genuina. El hombre tenía un rostro muy agradable, el pelo cano y despeinado y llevaba las mejillas manchadas de tierra.

—Y yo soy Paige, hola. Por favor, discúlpeme por haber entrado así. Me ha llamado la atención la belleza del invernadero. Y la maravillosa música —sonrió todavía más—. Y las flores. Tiene aquí montado todo un paraíso, ¿verdad, tío Ned?

—Sí. Estoy yo solo, con mi música, mis amigas las flores… y, por desgracia, algunos pulgones. Pero los venceré. Siempre lo hago. Tú eres la encargada de decorar la casa para Sam, ¿verdad? Es mucho trabajo. Podría decirse que es un trabajo demasiado grande para una chiquilla tan guapa como tú.

—¿Está coqueteando conmigo, tío Ned? —preguntó Paige mientras apoyaba la cadera en una de las mesas de metal.

—Es posible —respondió él, guiñándole un ojo—. Pero… ¿a mi edad? Creo que será mejor que te regale unas flores. Tengo unas ponsetias allí. Las hay de todas las formas y tamaños. Supongo que querrás las rojas.

—Voy a querer montones de ponsetias, tío Ned. ¿Cuántas tiene?

—Suficientes. Vas a necesitar cuarenta y siete para hacer el árbol. Han pasado algunos años, pero sigo conservando las plantas, año tras año. Todo consiste en saber cuándo podarlas, cuándo esconderlas del sol —se encogió de hombros—. Supongo que soy como las madres que siguen cocinando para una familia entera a pesar de que los hijos han crecido y se han marchado de casa. Será

agradable volver a colocar las ponsetias.

—Sam me ha contado que hace muchos años que no se decora Balfour Hall para Navidad. Así que imagino que eso significa que lleva mucho tiempo trabajando aquí.

El tío Ned volvió a sonreír, y algo en su sonrisa le dijo a Paige que el macetero y la paleta le habían hecho llegar a una conclusión equivocada.

—Sí, podría decirse que sí. Tengo la sensación de que he vivido aquí toda mi vida. ¿Te paga Sam lo suficiente?

Aquel brusco cambio de conversación la pilló desprevenida. Asintió.

—Más que suficiente, diría yo.

—Le sacará partido a su dinero —comentó tío Ned mirando el macetero como si se le hubiese olvidado lo que iba a hacer con él—. Siempre lo hace…

Paige miró al hombre con desconfianza. ¿Estaban manteniendo una conversación o dos? Tal vez hubiese un trasfondo, incluso una advertencia en sus palabras. Decidió poner a prueba su teoría.

—Su reputación precede al señor Balfour, tío Ned. Y ya soy mayorcita.

—Supongo que con eso quieres decirme que eres capaz de cuidar de ti misma. Sí, lo entiendo —dijo él dejando de nuevo el macetero —. Vamos a ver esas ponsetias.

Capítulo 6

En toda su vida, Sam nunca había acortado una reunión por motivos personales, pero lo hizo esa mañana. Le parecía justo, no tenía la cabeza en la globalización económica, sino mucho más cerca de su casa.

Su tío le había dejado que se preocupase antes de admitir que estaba sano, pero que se sentía viejo y solo. No obstante, aquello le había hecho pensar en cosas que no había tenido planeado plantearse, al menos, hasta llegar a la cuarentena. Estaba en la flor de la vida.

No estaba del todo seguro de que Samuel Edward Balfour V, o sea, él, estuviese preparado para tener un Samuel Edward Balfour VI.

Aunque no debía habérselo dicho a tío Ned, que no había tardado en comentar que tal vez fuese siendo hora de que Samuel Edward Balfour V empezase a crecer.

Estupendo.

Lo que le llevó a volver a pensar en el tema, en la persona, que estaba ocupando su mente todavía más que las palabras de su tío: Paige Halliday. Aquella mujer tenía algo…

Lo había estropeado todo la noche anterior, eso estaba claro. Ella le había lanzado el reto, lo había desafiado con la mala opinión que tenía acerca de su modo de vida, y él había utilizado todas sus artimañas para romperle las defensas, y llevarla a donde quería tenerla.

No podía quejarse de que no hubiese funcionado. La cena, Balfour Hall, darle un proyecto que sabía que era un sueño para ella, ablandarla con las historias de su niñez… Por suerte, había sido listo. Aquella fotografía suya con la caña de pescar había sido una de las favoritas de su madre, y le habría derretido el corazón hasta a una piedra. Y luego, había entrado en acción en el momento oportuno.

Entonces, ¿qué le pasaba?

O tal vez fuese mejor que se preguntase por qué le había costado tanto llevar a Paige a casa la noche anterior. ¿De verdad se le había pasado por la cabeza llevarla a su cama, al piso de arriba, una cama a la que no había llevado a ninguna mujer? ¿Por qué le había dado un beso de buenas noches y después se había marchado, y luego había vuelto para darle otro beso más?

Era la primera vez que hacía algo así. Nunca había sentido la necesidad de hacer nada parecido. También era la primera vez que

le hacía el amor a una mujer y que no empezaba a imaginar, inmediatamente después, cómo deshacerse de ella.

Pero Paige era diferente. Sam se lo había dicho a su tío, y lo pensaba. Había algo real en ella. Para empezar, se ganaba la vida trabajando, algo que no podía decir de la mayoría de las mujeres con las que había…

¿Con las que había hecho qué? ¿De las que había disfrutado? ¿A las que había utilizado?

—¡Vaya por Dios! No necesito psicoanalizarme, darle tantas vueltas a cómo soy —gruñó justo cuando llegaba al garaje y veía la camioneta de Paige aparcada allí—. Entraré, la veré, seré agradable porque voy a tenerla aquí hasta el día de Nochebuena, algo en lo que tenía que haber pensado antes de empezar esto… Pero eso es todo. No es la mujer adecuada, ni el momento adecuado. Ha aparecido justo en el momento en el que el tío Ned me metía ideas tontas en la cabeza. Aquí no está pasando nada. Salvo que estoy hablando solo, y eso no puede ser buena señal…

A Sam le duró la fuerza de voluntad hasta que la vio. Había entrado por el balcón que había en la parte de arriba del salón de banquetes, imaginando que podría quedarse allí, sin que lo viese, y observarla trabajando. Así tendría tiempo de examinarla de verdad, con la guardia baja. Tal vez no consiguiese alterarlo como había hecho la noche anterior. O desde el momento que la había visto, cubierta de purpurina plateada, como un ángel muy sexy.

No sabía qué pasaría cuando la observase así, pero era la única idea que tenía, así que apostó por ella.

Pero cuando abrió la puerta del balcón, se encontró con Paige de espaldas, apoyada en la barandilla.

Y su imagen, desde atrás, era igual de buena, los pantalones se le ceñían de un modo muy tentador al trasero y marcaban sus largas piernas. Unas piernas que ya conocía y que no podría disimular ningún pantalón.

La chaqueta verde también le sentaba bien, pero a Sam le pareció una armadura que escondía todavía más tesoros de la vista. Habría sido mejor un jersey suave, como el que se había puesto el primer día.

Se maldijo. Paige había ido allí a trabajar. No podía esperar verla con una bata de satén. Además, aquellos pantalones tenían el mismo éxito.

Sam decidió que podría seguir viendo a Paige Halliday hasta Nochebuena sin considerarlo un sacrificio. Siempre y cuando… no, mejor ni pensarlo. Siempre y cuando ella supiese que lo suyo era

temporal. Él ya lo sabía.

Sacudió la cabeza, porque estaba seguro de que se le había soltado algún tornillo dentro, y se acercó a ella. Se inclinó y le dio un beso en la nuca.

—Por fin te he encontrado —le susurró al oído—. A veces esta casa es demasiado grande.

—Sam… Hola —contestó Paige sin dejar de darle la espalda—. Esto… La señora Clarkson me había dicho que no volverías hasta las seis.

Sam se apartó, se sintió rechazado. Se había sentido bien besándola en el cuello, pero al parecer a ella no le había afectado.

—Ya lo sé. He hecho novillos. He pensado que tal vez necesitarías a alguien para sujetarte la cinta métrica. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Esto… nada.

Se puso a su lado en la barandilla y la miró, parecía estar escondiéndose algo dentro de la chaqueta.

—¿Qué tienes ahí?

—Nada. De verdad. Sólo estaba tomando notas. Estaba… vaya. Está bien. Me has pillado —sacó algo de debajo de la chaqueta y se lo tendió.

Sam sonrió, primero, mirando el avión de papel que Paige acababa de darle, y luego, a ella, que se había ruborizado.

—¿Tienes otra hoja de papel? Ésta no la has doblado del todo bien. Volará mejor si le das más envergadura.

—¿De verdad? —Paige arrancó otra hoja del cuaderno que había dejado encima de las sillas de los músicos—. Enséñame. Sabía que estaba haciendo algo mal.

Sam miró por encima de la barandilla y volvió a sonreír. Había media docena de aviones de papel en el suelo del salón, y otro atrapado en una enorme lámpara de araña.

—No está bien que le eche la culpa de su fracaso a un objeto inanimado, señorita Halliday. Yo, por mi parte, nunca pongo excusas. Aunque tengo que decir que soy un experto haciendo volar aviones de papel.

—Sí, sí, ya sé que tienes mucha labia, Balfour —comentó ella ofreciéndole la hoja de papel—. Ahora, vamos a ver lo que sabes hacer.

Él aceptó la hoja y se dio cuenta de que era papel milimetrado. Y que tenía buen peso para hacer un avión de papel.

—¿Lo utilizas para tus diseños?

—Sí, para hacerlos a escala. Aunque con este proyecto todavía

no he llegado tan lejos. Siento decirte que todavía estoy dándole vueltas al tema.

—¿Lo que explica que hayas estado lanzando avioncitos de papel? —preguntó Sam mientras doblaba la hoja.

—¿Qué quieres que te diga? No fumo y tampoco suelo beber. Tengo que tener algún vicio, ¿no? El mío es perder el tiempo haciendo cosas que no debería hacer cuando no estoy segura de qué debería estar haciendo.

Sam arqueó una ceja y sonrió.

—¿Me equivocaría si pensase que yo también entro en esa categoría? ¿En la de cosas que no deberías hacer?

Paige hizo una mueca.

—En realidad, eres el primero de la lista. Ahora, demuéstrame tus habilidades, aunque ya me las has demostrado en… Quiero decir, que me demuestres lo que eres capaz de hacer. ¡No! Borra eso. Limítate a lanzar el maldito avión, ¿de acuerdo?

Sam sonrió al verla tan frustrada consigo misma.

—¿Quieres que vaya a buscar otra pala? ¿O crees que ya te has enterrado bastante tú sola?

—Si todavía no he desaparecido, es que no estoy lo suficientemente honda. Lo siento, Sam. Es que… Bueno, me siento un poco incómoda. Después de lo de anoche…

—Sólo he podido pensar en ti —dijo él. La vio bajar la mirada—. No es una frase hecha, por cierto, y con toda sinceridad, tengo que reconocer que no me hace feliz.

Ella levantó la cabeza.

—¿Perdona?

Sam se dio cuenta de que había hablado demasiado y decidió tener más cuidado en adelante. Lanzó el avión. Al principio, cayó de manera peligrosa, pero luego se levantó, sobrevolando el salón antes de aterrizar con suavidad en el suelo de parqué.

Sam se frotó las manos, satisfecho.

—Todavía sé hacerlo —dijo en tono de broma.

—Es verdad —admitió Paige. Hizo un gesto con la mano, como para decirle que soltase lo que había estado a punto de confesar un momento antes—. ¿Estabas diciendo…?

—Nada. Me suele ocurrir, lo de no decir nada. Así que… cuéntame tus planes para la gran noche. Yo he estado dándole vueltas a la idea de asar un cochinillo en la chimenea, pero hace más de cinco años que no se enciende, así que si quieres que lo hagamos, antes tendremos que comprobar que funciona.

—Ya lo tengo anotado. La limpieza de la chimenea, quiero decir,

no lo del cochinillo. Yo preferiría hacer arder en ella un tronco grande, me parece más tradicional.

Mientras hablaba, arrancó otra hoja de papel y empezó a doblarla, imitando el modo en que lo había hecho él poco antes. Aprendía con rapidez… y tal vez eso no fuese bueno. Sobre todo, si se dedicaba a aprender acerca de él.

Le agarró las manos mientras hacía otro doblez.

—No, así no se hace. Recuerda que quieres que tenga impulso. A ver, ¿qué tal se te da el lanzamiento?

—No tan bien como a ti, no lo he practicado tanto, eso, seguro —replicó Paige.

Habían vuelto a entrar en terreno peligroso. Era evidente que no les costaba mucho hacerlo. A Sam le estaba empezando a dar la sensación de que aunque comenzasen hablando del tiempo, terminarían lanzándose indirectas.

—Tienes razón —se puso detrás de ella, la agarró por la cintura con la mano izquierda y puso la derecha sobre la suya—. Está bien, tienes que hacerlo así —se acercó más, captando su sutil aroma—. ¿Qué perfume llevas? Hueles bien.

—Creo que es jabón —respondió ella.

Y Sam sintió que respiraba profundamente, casi temblando.

—¿Sólo jabón?¿De verdad? —estaba casi seguro de que a Paige le latía el corazón a toda velocidad y su ego, que se había sentido un poco maltratado, se recuperó.

—O tal vez sea el champú. No suelo perfumarme.

—No lo necesitas —comentó él en voz baja, agarrándola por la muñeca—. Está bien, allá vamos. Tienes que echar el brazo hacia atrás, así, sujetando el avión con cuidado, pero con firmeza. No te olvides de mantener en mente la trayectoria mientras vuelves a echarlo hacia delante, y…

—¿Qué quiere decir eso, con exactitud, hablando de aviones de papel? ¿Lo de la trayectoria?

—Significa lo mismo lo utilices como lo utilices. Es el camino que recorre un proyectil o un cuerpo cuando atraviesa el espacio. En otras palabras, da lo mismo. Tú lánzalo y a ver adonde va.

—Vaya. No me estás ayudando mucho, Sam. Quiero que vuele, por supuesto. No me voy a dar la vuelta en el último momento y lanzarlo contra la pared que tengo detrás.

Sam le acarició la zona de detrás de la oreja con los labios.

—Si tengo que enseñarte también a jugar al golf, voy a necesitar mucha paciencia y un par de copas.

Sam oyó cómo sus propias palabras le retumbaban en la cabeza.

¿Golf? ¿Acababa de decirle que iba a enseñarle a jugar al golf? No, no podía enseñarle en diciembre. ¿Significaba eso que estaba pensando en Paige y en el futuro al mismo tiempo? ¿Qué demonios le estaba pasando? ¿Todo aquello era culpa de tío Ned, o de ella? No podía ser culpa suya. No era más que un pobre inocente. Bueno, no del todo inocente. Sobre todo, después de la explosión de pasión de la noche anterior, ni después de no haber podido sacársela de la cabeza en todo el día.

Soltó la muñeca de Paige y se apartó de ella.

—¿Por qué sois tan quisquillosas las mujeres cuando un hombre intenta enseñaros a hacer algo? Tíralo y punto.

Ella siguió dándole la espalda.

—Sí, señor. Como usted mande, señor —luego se volvió hacia él, todavía con el avión en la mano—. ¿Estás intentando pelearte conmigo, Sam?

Sam estuvo a punto de decirle que no fuese ridícula, pero tal vez tuviese razón.

—No estoy seguro. ¿Y tú?

—Tal vez fuese más sencillo —dijo agarrando el avión con ambas manos, estropeándolo—. Vaya, mira lo que he hecho. Vete, Sam. Me pones nerviosa y hago tonterías —hizo una bola de papel con el avión—. Bueno, ¿acaso no ha sido ése un comentario sutil?

—Ha sido sincero, y creo que me siento halagado —le tendió la mano abierta, y ella dejó la bola de papel en la palma—. Aunque no es exactamente lo que tengo en mente —comentó sonriendo—. Ven, vamos a la biblioteca y hablemos un poco más de tus planes. Recuerda que soy tu fuente de investigación.

—No del todo —le dijo Paige recogiendo el bloc y el bolígrafo y siguiéndolo—. Tío Ned también me ha sido muy útil. Y es tan dulce… Me ha acompañado a los trasteros que están encima de los garajes, donde está guardada toda la decoración de Navidad, y me ha enseñado sus flores de Pascua, que son maravillosas, y más que suficientes para montar un árbol que va a dejarte de piedra.

A Sam le pareció que mantenía bien la compostura, teniendo en cuenta la velocidad a la que estaba dándole vueltas la cabeza. Supo que tenía que saber más.

—¿Qué has dicho? ¿Tío Ned? ¿Dulce? ¿Tío Ned? —preguntó agarrándola de la mano y llevándola hacia las escaleras que bajaban al salón.

—El jardinero, sí. Estaba buscando a… Bueno, en realidad estaba cotilleando un poco, cuando descubrí el magnífico invernadero y entré. Y me parece maravilloso que sigas contando

con él, aunque supongo que no puede hacer trabajos duros ni cuidar de los jardines. Aun así, diría que vale su peso en oro por el mimo con el que trata a sus plantas.

—¿Qué vale su peso en oro? —repitió Sam sonriendo. ¡El viejo zorro!—. Sí, creo que en eso tienes razón. Así que has conocido al tío Ned, mi jardinero. ¿Qué más has estado haciendo, además de colgar aviones de papel de las lámparas?

La dejó pasar delante de él en la biblioteca y se dio cuenta de que se ponía tensa al ver el sofá.

Había treinta y cinco habitaciones en la casa y había tenido que elegir la biblioteca. Era evidente que estaba perdiendo cualidades. Y dado que Paige Halliday era la única novedad que había en su vida, la única complicación real que tenía en la vida, sólo podía culparla a ella. O a sí mismo.

Paige levantó la barbilla y se volvió a sonreírle.

—Entonces, ¿has encontrado más fotografías? Me gustaría saber lo que hacían con el belén, dónde se colocaba. Es magnífico, y tío Ned me ha contado que todas las figuras están hechas a mano en España. Lo que me sorprende es que lo hayáis tenido guardado encima del garaje durante tantos años.

—Ya lo sé. Y me da vergüenza reconocerlo. Pero tú vas a encargarte de cambiar eso, ¿recuerdas? —Sam se frotó la nuca e intentó concentrarse en otra cosa que no fuese la forma en que el sol entraba por el gran mirador e iluminaba a Paige de tal manera que su figura parecía delineada en oro.

—Todavía no me has dado tiempo, pero voy a intentarlo —comentó ella ladeando la cabeza—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Que qué estoy haciendo? Nada.

—Sí, me estás mirando otra vez de ese modo tan extraño. Como si tuviese un trozo de espinaca metido entre los dientes, o como si fuese un marciano que acabase de bajar de su platillo volante. Ya vale.

—No quieres que esté aquí, ¿verdad? —preguntó Sam.

Paige se había quedado parada a una distancia razonable del sofá, que estaba en medio de la biblioteca.

—Es culpa mía —añadió.

Paige le dio la espalda y rodeó el sofá. Luego se sentó en él y miró a Sam de manera desafiante al ver que la seguía.

—No podrías estar más equivocado. Me siento muy cómoda en esta habitación —se cruzó de piernas y extendió los brazos sobre el respaldo del sofá—. ¿Lo ves?

Sam tuvo que admitir que tenía agallas.

Había quitado la fotografía del tío Ned del álbum que le había enseñado la noche anterior, y le había dicho que la que faltaba era una que había roto porque salía él con aparato en los dientes. Al mismo tiempo, se había asegurado de que viese aquélla en la que parecía un niño adorable, con sus pantalones cortos y la caña de pescar nueva. Todo lo que había hecho la noche anterior había sido planeado, frío y calculado, y, como decían siempre en la televisión, con premeditación.

En resumen, había jugado con Paige. Era un cretino superficial y manipulador. Y el hecho de haber tardado casi treinta y siete años en darse cuenta no le hacía sentir mejor.

—Anoche, te seduje, Paige —confesó. Tenía la necesidad de ser sincero con ella. No sabía lo que le estaba pasando.

Dejó el álbum de fotografías a un lado y se sentó enfrente de ella encima de la mesita de café, mirándola a los ojos con ecuanimidad.

—Nada de lo que pasó anoche, nada de lo que ha pasado desde que estuvimos en la cafetería y me dijiste que conocías mi reputación, ha sido espontáneo por mi parte. La oferta para que decorases la casa, la cena íntima, el paseo por la casa, la fotografía de un niño encantador con pantalones cortos, todo estaba planeado, Paige, y funcionó tal y como había pensado que funcionaría. Y lo siento.

Paige no se movió. Sus largas piernas siguieron cruzadas, sus brazos extendidos sobre el respaldo del sofá. Su mirada no se separó de la de él; ni siquiera parpadeó.

Las manecillas del reloj marcaron las doce y empezaron a sonar las campanadas. Y durante ese tiempo, no se oyó nada más que el reloj dando las horas.

Al final, Paige habló:

—Debes de pensar que soy la mujer más tonta e ingenua que hayas conocido.

—No, no —la contradijo Sam enseguida, echándose hacia delante y apoyando los codos en las rodillas—. Hice uso de todos los recursos posibles. Después de lo que me habías dicho. Después de hablarme de tu… tu compañera de habitación.

—Laura —concretó ella con voz fría—. Se llamaba Laura Reed.

Sam se maldijo en silencio, había vuelto a meter la pata.

—Exacto, Laura Reed, por supuesto —¿acaso Paige no iba a parpadear nunca? Se tocó el puente de la nariz—. ¿Por dónde iba?

—Estabas cavando tu propia tumba. Permíteme que te ayude, ¿de acuerdo? Me estabas diciendo que piensas que soy tan tonta que no me di cuenta de lo que hicimos anoche, o de lo que tú

hiciste anoche —dijo con toda tranquilidad—. ¿Le has hecho alguna vez un test de inteligencia a alguna de tus novias, Sam? Porque me da la sensación de que estoy por encima de la media, Laura incluida. Por supuesto que sabía lo que estabas haciendo. Así que ahora deja de vacilar cual penitente a punto de ponerse de rodillas y quítate de ahí. Quiero levantarme.

Sam se puso de pie antes de que su cerebro registrase todo lo que Paige acababa de decirle.

—Espera un momento —le pidió, agarrándola del brazo—. Quiero aclarar algo. ¿Te seduje yo a ti, o tú a mí?

Su sonrisa fue como un puñetazo en el estómago.

—Las chicas buenas no responden a ese tipo de preguntas.

—¿No? Pues permíteme que te diga una cosa, Paige. Tal vez parezcas un ángel de vez en cuando, pero me parece que tu excusa de que eres una chica buena no va a funcionar aquí. Ahora, ¿puedes decirme si se trata de algún tipo de concurso o qué es lo que está pasando?

Por primera vez, Paige pareció inquietarse.

—¿Un concurso? No sé de qué estás hablando. Somos… los dos somos adultos. Lo pasamos bien anoche. Eres tú quien le está dando más vueltas de las necesarias al asunto.

—¿Sí? —Sam levantó una mano y la agarró por la nuca, ladeó la cabeza y atrapó sus labios entreabiertos con la boca—. ¿Te parece todo esto… un encuentro meramente casual? —le preguntó en un susurro.

Ella sonrió.

—Digamos sólo que sabía lo que estaba haciendo.

Él la agarró por la cintura con la mano que tenía libre, la metió por debajo de la chaqueta. Sus labios seguían estando muy cerca.

—En ese caso, listilla, ¿te gustaría hacerlo otra vez? Pero en esta ocasión, podemos fingir que eres tú la que me seduces.

Y, de pronto, Paige se apartó, y él se quedó así, con los ojos cerrados, besando el aire y, con toda probabilidad, con cara de idiota.

—Ahora mismo, no, gracias —contestó ella desde la chimenea —. Háblame más de tu padre. Te pareces mucho a él.

De pronto, Sam se sintió como un torpe aficionado. Y eso que había pensado que dominaba la situación. Paige Halliday le hacía parecer un adolescente en su primera cita, con una prima a la que hubiese llamado su madre, ya que él no había sido capaz de pedirle a ninguna chica que lo acompañase al baile de fin de curso.

—Por supuesto. ¿Qué quieres saber?

—Bueno… me has dicho que murió hace unos años y que tu madre vive en Florida. Debe de haber algo más.

—Sí —contestó él acercándose también a la chimenea, los dos miraron el retrato de sus padres—. ¿Por qué quieres saber más?

—¿Por curiosidad? —contestó ella encogiéndose de hombros—. Me interesa el tema familias. Eso es todo.

—Mientras que besarme no te interesa.

—Ahora mismo, no —respondió divertida y luego, le dio una palmadita en la mejilla.

—Mi padre era profesor —dijo Sam por fin—. Bueno, no era un profesor convencional. Era ingeniero y viajaba mucho, enseñaba a la gente a cuidar de sí misma, a hacer pozos, limpiar los depósitos de agua, evitar los alimentos contaminados. Le gustaba ser ingeniero, pero le encantaba ayudar a la gente, no sólo dando dinero, sino entregándose a sí mismo. Y con el respaldo del dinero de la familia, podía permitírselo.

Paige se acercó a él y apoyó la cabeza en su hombro.

—Eso es muy bonito, Sam. ¿Viajabais tu madre y tú con él alguna vez?

—Yo no. Sólo mi madre. Muchos de los lugares a los que iba eran considerados demasiado primitivos y peligrosos para un niño. Además, tenía que ir al colegio, así que no podía acompañarlos. Me quedaba aquí.

Paige levantó la cabeza para mirarlo, tenía los ojos muy abiertos.

—¿Tú solo en esta casa tan grande? ¿Tenías una niñera o algo así? ¿O te metieron en un internado? Vaya, lo siento. No tienes que responder a eso si no quieres.

—¿Por qué? Yo estaba bien. Pasaban semanas enteras en casa antes de volver a marcharse, y no me dejaban solo. Luego, sí, cuando fui lo suficientemente mayor, me mandaron a un internado. Y la verdad es que me gustaba.

Pensó que se lo tenía que contar todo. La agarró de la mano y la condujo hasta el sofá, se sentaron, pero no le soltó la mano.

—Cuando papá se puso enfermo, volvieron a casa. Tenía a los mejores médicos a su disposición, pero había contraído una enfermedad exótica en alguna parte y, cuando quisieron averiguar lo que era, ya era demasiado tarde. No pudo vencerla. Y ésa es la historia de mi padre.

—Es una historia triste, Sam —comentó ella apretándole la mano—, y bonita al mismo tiempo. Es evidente que tu padre estaba entregado a lo que hacía. Debiste de quedarte deshecho cuando lo

perdiste.

—Sí —admitió él mirando el retrato de nuevo.

Tal vez fuese aquél el motivo por el que evitaba entrar en aquella habitación, porque además de quedarse deshecho con la pérdida de su padre, también se había sentido furioso con él. Cuando él se convirtió en hombre, cuando fue capaz de estar al mismo nivel de su padre, éste ya se había ido, y su madre era como si tampoco estuviese. Siempre había sido una pareja que se complementaba de manera estupenda, eran personas buenas con una misión en su vida, y Sam nunca había encajado demasiado en aquella mezcla.

Pero todo había salido bien. Tío Ned y tía Maureen lo habían tratado como al hijo que nunca habían tenido. Y había sido tan hijo suyo como de sus padres. Tal vez incluso más.

—¿Sabes una cosa, Sam? Me gustas, me gustaste desde el momento en que te conocí, pero creo que me gustas todavía más cuando no intentas hacerte el duro —confesó Paige. Luego, le dio un beso en la mejilla.

Él se rió y sacudió la cabeza.

—Antes de conocerte, nunca tuve que trabajar tan duro. Con mi aspecto, mi encanto natural…, mi dinero. Siempre había sido suficiente. Sobre todo, con el dinero. No soy tan vanidoso, ya lo sabes.

—Te has olvidado de mencionar esos ojos tan sensuales y sonrientes, y que eres muy modesto en general —comentó ella sonriendo—. Invítame a cenar esta noche.

A él le gustó verla sonreír.

—Está bien. Señorita Halliday, ¿me concederá el placer de cenar conmigo esta noche?

—¿Habrá calamares en la carta, señor Balfour?

—Seguro que no.

—Ya entiendo. ¿Formará usted parte de la carta, señor Balfour?

—Supongo que eso puedo arreglarlo.

Paige se puso de pie antes de que a Sam le diese tiempo a agarrarla para besarla, porque lo estaba volviendo loco, y los dos lo sabían.

—En ese caso, estaré encantada de cenar con usted. Ahora, si me perdona, tengo que volver al trabajo… A ver si se me ocurre cómo bajar el avión de papel de la lámpara.

Él se quedó sentado donde estaba, observando cómo salía de la habitación con aquellas piernas tan largas que ya le removían por dentro a esas horas de la mañana, algo que no podía ser bueno.

Luego, se pasó cinco minutos mirando el retrato de sus padres y subió al piso de arriba, a buscar la carpeta verde con el nombre de Paige escrito en la parte delantera…

Capítulo 7

Ansiosa por alejarse de Balfour Hall y de su dueño, Paige condujo hacia Holidays by Halliday casi con el piloto automático puesto.

Si hubiese bebido algo, habría podido decir que estaba borracha. ¿Qué otra cosa podía explicar su manera de comportarse cuando tenía cerca a Sam a menos de tres metros de distancia? Cuando se acercaba a menos de metro y medio, se convertía en una persona a la que le costaba reconocer. Y cuando se aproximaba todavía más, la mujer sensata, razonablemente inteligente, modesta, recta y un poco nerviosa que era, desaparecía por completo.

Tenía que tomarse un respiro, recordar quién era ella y quién era él.

Tal vez después de esa noche…

Entró corriendo en su tienda, con la mente todavía en cualquier sitio menos en el trabajo, y vio a Mary Sue envuelta en una enorme guirnalda.

—Espera, déjame que te ayude, por favor —le dijo agarrando un extremo de la guirnalda que estaba hecha de verde artificial y decorada con lobelias escarlata y bolas rojas—. ¿Para qué es esto, por cierto?

—Tenía la esperanza de que tú lo supieses. No lo ponía en la caja. Lo único que sé es que la ha enviado Claire y que es urgente.

Paige frunció el ceño.

—Ah, espera, ya me acuerdo. Es para decorar la escalera de los Henderson. ¿Te acuerdas, Mary Sue? Primero quisieron palomas blancas, pero luego a algún pesado se le ocurrió que las palomas blancas daban mala suerte dentro de casa, o algo así. La fiesta para los empleados de su marido es este sábado por la noche, así que menos mal que ha llegado esto. Si no, me habría tocado a mí ir en busca de las lobelias escarlata para cambiarlas por las palomas de la primera guirnalda. ¿Puede ir alguien a llevarla o quieres que lo haga yo? No me importa ir. Trixie Henderson habla por los codos, te volvería loca.

—No te preocupes, puede ocuparse Paul, él tampoco calla ni debajo del agua, así que harán buenas migas —dijo Mary Sue después de volver a meter la guirnalda en su caja—. ¿Qué tal por la mansión? Tengo que decirte que por aquí nos hemos estado divirtiendo de lo lindo.

Paige fue hacia la trastienda, donde estaba la máquina de café. Mary Sue preparaba un café buenísimo, y Paige había decidido que

necesitaba despejarse antes de volver a ver a Sam.

—¿Tienes que contármelo? ¿No sería más feliz si siguiese en la ignorancia?

—No, no te vas a escapar con tanta facilidad. Si yo he tenido que sufrir, tú también vas a tener que hacerlo. Me han llamado por teléfono a las tres de la madrugada porque mi número está en la lista de emergencias después del tuyo y, al parecer, tú no estabas localizable. Supongo que anoche alguien tuvo éxito…

Paige se volvió hacia la cafetera, fingiendo terminarse la taza. Sabía muy bien dónde había estado a las tres de la madrugada, con quién, y lo que había ocurrido.

—¿A las tres de la madrugada? ¿De verdad? Debía de estar tan profundamente dormida que no oí el teléfono. Lo siento muchísimo, Mary Sue. ¿Qué pasaba? Veo que el edificio sigue en pie, así que es evidente que no era un incendio. Aunque —miró a su alrededor—, sería difícil decir si nos han robado algo o no.

—Muy graciosa, pero si quieres ver desorden, ven a mi casa. Estaré preparada para las Navidades, más o menos para febrero. De todos modos, aquí no ha pasado nada —le hizo un gesto para que se apartase de la cafetera y pudiese servirse ella—. Donde sí ha pasado algo ha sido en el centro comercial. ¿Te acuerdas de los doce días de la Navidad?

—Me acuerdo —dijo Paige—. Seguro que ha pasado como con el pavo, que se ha caído algo y ha herido a alguien. ¿A las tres de la madrugada?

—No, no es eso, pero gracias por seguirme el juego. ¿No quieres intentarlo otra vez? No, mejor no. Nunca lo adivinarías. Te aseguro que los guardias de seguridad nocturnos, o como se llamen, van a tener que dar explicaciones de dónde estaban.

Paige se sentó en un taburete, frente a la mesa de trabajo.

—¿Qué pasó?

Mary Sue sonrió.

—¿Te acuerdas de que había ocho maniquíes de doncellas ordeñando? Pues seguían ordeñando, pero no las vacas. Digamos que diez señores saltarines habían perdido los pantalones, y sonreían de oreja a oreja. Dos de los maniquíes femeninos eran ambidiestros, por si no te salen las cuentas. Por suerte, los maniquíes no son anatómicamente correctos, pero cualquiera con un poco de imaginación sería capaz de atar cabos.

Paige se hizo una imagen mental de lo que había ocurrido.

—Dios mío…

—Veo que lo has entendido. Aparte de eso, habían cambiado

otras cosas: habían intentado cruzar a las ocas con las gallinas y los cisnes, aunque será mejor que no te dé detalles. Y dos de los gaiteros tocando la gaita también estaban en una situación muy comprometida, pero relájate, ya está todo arreglado, antes de que abriesen las puertas ya estaban los maniquíes en su sitio. Supongo que ha sido una prueba de iniciación a alguna fraternidad, o algo parecido. Estaba demasiado bien hecho para haber sido los chicos del instituto.

—Tenía que haber estado allí —comentó Paige, que se sentía culpable—. No debí aceptar el trabajo que me ofreció Sam, por muy estupendo que fuese. Ya estábamos demasiado ocupados.

—Ah, por cierto, acerca del trabajo de Balfour.

Paige cerró los ojos un momento.

—¿Más malas noticias?

—Eso depende de lo que tú consideres malas noticias. Según tu agenda, la he consultado, terminarás el trabajo el día veintitrés, a tiempo para que tu guapo cliente celebre su cena de Nochebuena, ¿verdad?

—Verdad —confirmó Paige con cautela—. Todavía no había visto la casa, así que improvisé sobre la marcha cuando preparé el plan de trabajo ayer por la tarde. Necesitaría un par de días más, pero ése es mi objetivo. Terminar en diez días, aunque lo más probable es que tenga que trabajar también los domingos.

—Bueno, pues no lo mires ahora, pero tu objetivo ha cambiado. Debí decírtelo inmediatamente, pero imaginé que la anécdota del centro comercial te haría reír, y te relajaría, antes de que te dejases llevar por el pánico.

—Crees conocerme muy bien —bromeó Paige.

—Lo siento. No debí haber esperado. Han llamado hace dos horas de tu periódico favorito de Filadelfia. Quieren incluir un reportaje completo de Balfour Hall el día veintiuno. Con una entrevista a la diseñadora. Tuve que colgarles para hablar con la televisión, que quiere también una entrevista para el mismo día. Y hace veinte minutos han vuelto a llamar, esta vez de… ¡tachan! —Mary Sue levantó una copia de la revista femenina más importante del país.

Paige sintió que se le salían los ojos de las órbitas.

—No juegues conmigo, Mary Sue. No tiene ninguna gracia.

—¿Acaso me estoy riendo? Ya estoy planeando cuándo pedirte que me subas el sueldo, Paige, porque estamos despegando. La revista puede esperar hasta el veintitrés, ya que el artículo no saldrá hasta el próximo octubre, a tiempo para las Navidades del año que

viene. Van con mucho adelanto, como comprenderás. Me ha dado toda la información mi nueva amiga, Mandy, la redactara jefe.

Paige se quedó inmóvil durante un minuto entero, dándole vueltas a la cabeza. Luego, se puso en pie.

—Hazme un resumen completo de todos los proyectos que tenemos en marcha. Supongo que no puede quedar mucho por hacer en ninguno, ya sea público o privado, y una estimación del mantenimiento que van a necesitar de aquí a Navidades. Hay que regar las plantas naturales y asegurarse de que no se cae nada, de que el viento no se lleva ningún adorno, de que ningún perro se lo come ni ningún niño lo estropea de un balonazo, y esas cosas. Lo habitual. Echa un vistazo a los archivos del año pasado. Te darán una buena idea de todo.

—Espera un momento. Frena —le ordenó Mary Sue, agarrando papel y bolígrafo y escribiendo a toda prisa durante unos segundos —. Espera a que le diga a mi hijo que este año vamos a celebrar la Navidad en febrero. Está bien, estoy lista, dispara.

—Hazme otra lista de las personas de las que disponemos, y de cuántas más vamos a necesitar. Espero que ninguna. Llama a Sally Burkhart por teléfono, ya sabes, de la escuela de diseño. Seguro que me presta a algunos de sus estudiantes. De todos modos, pronto estarán de vacaciones. Quiero todo un equipo de chicos fortachones esperándome fuera de Balfour Hall mañana a las siete de la mañana, y que se lleven un bocadillo para comer, porque van a tener que estar allí metidos todo el día. Hay dos montañas de cosas encima de los garajes, y hay que llevarlo todo a la casa, desempaquetarlo, seleccionarlo, limpiarlo y ponerlo en su sitio en cuanto yo sepa cuál es su sitio.

Hizo una pausa.

—Y encuentra a alguien para que se ocupe de las llamadas de teléfono, porque tú quiero que vengas conmigo. No puedo hacer esto sin ti.

Mar y Sue sonrió y se cuadró.

—Sí, señor. Sus deseos son órdenes para mí. Sabía que pasaría esto. Ah, y creo que es el momento adecuado para pedirte que me subas el sueldo.

Una hora antes de que Paige debiese presentarse en Balfour Hall, Sam fue a buscar a su tío, que llevaba toda la tarde evitándolo.

Lo encontró en la biblioteca, con uno de los álbumes de fotografías abierto en el regazo.

—Hola, Sam, he encontrado unas cuantas fotografías que

deberían ser de utilidad para la señorita Halliday. Las he puesto en aquel escritorio.

—Me alegro por ti. Y por ella. ¿Por qué no me lo habías contado? —preguntó Sam apoyándose en el escritorio.

Tío Ned se sentó en una de las mecedoras.

—No lo sé, Sam. ¿Por qué no te había contado el qué? Hay tantas posibilidades que barajar.

Sam se frotó la frente, le dolía la cabeza.

—He leído el informe.

—¿Ya lo has leído? —comentó el tío Ned cerrando el álbum—. Un poco tarde, pero mejor tarde que nunca, supongo. ¿Vamos a tener una discusión general, o va a tratar de algo en concreto acerca del informe de la señorita Halliday?

—Tal vez tengas el aspecto de un anciano alegre y proverbial, pero en realidad, eres de lo que no hay. La has elegido a propósito, ¿verdad?

—¿A propósito? ¿En qué aspecto, por qué motivo? Continúa. Estoy seguro de que has formulado una teoría muy interesante. ¿Por qué no la amplías para que pueda entenderla?

Sam apretó la mandíbula un momento, y luego se rindió. No vencería a su tío. Nadie lo hacía ni lo había hecho nunca.

—Bruce es muy meticuloso, tío. A todo le pone fecha. Empezó a hacer ese informe hace dos años, y ha ido poniéndolo al día desde entonces.

—Yo también soy muy meticuloso —sugirió tío Ned sonriéndole.

—Yo diría más bien que eres un zorro. Luego he comprobado el resto de los archivos de los otros afortunados. Sus informes datan de un mes antes de que me pidieses que les enviase los regalos, el dinero, o lo que fuese.

—No creo que haya nada malo en ello. A veces, me cuesta más decidirme con algunas personas. Sírvete una copa, Sam, y siéntate. Dime qué es lo que te preocupa.

Sam decidió que tal vez no fuese tan mala idea.

Se sirvió dos dedos de whisky y volvió a apoyarse en el escritorio.

—La escogiste a ella.

—Te estás repitiendo.

—La escogiste… para mí.

La sonrisa del tío Ned fue creciendo poco a poco.

—Ah, muy bien, Sam. Con toda sinceridad, estaba empezando a preocuparme por tus problemas de deducción.

Sam señaló al otro hombre con su copa.

—Gracias, viejo maquinador, pero todavía no he terminado. Hay más. Es de aquí, así que podías hacer que Bruce la siguiese hasta estar seguro de la elección. Y, dado que vive aquí, hasta parecía lógico que fuese yo a entregarle la carta.

—Sí, quería que os conocieseis. Me preocupaba que fuese demasiado obvio, pero no te diste cuenta, ¿verdad? Creo que estabas demasiado enfadado conmigo por haberte cargado con mi proyecto, que detestas, y demasiado cautivado por mi señorita Halliday.

—Tu señorita Halliday. Así que lo admites —Sam sacudió la cabeza—. Dios mío, ¿cómo he podido ser tan estúpido? Has estado manipulándonos a los dos desde el principio, ¿verdad?

—En realidad, no, Sam. Sólo la encontré e ideé un modo de que os conocieseis. Lo que pasó después fue, y sigue siendo, fruto de azar. No sé si te das cuenta de que el problema era que, tomando en consideración el curso normal de tu vida social y la facilidad con la que cambias de mujer, vuestros caminos jamás se habrían cruzado.

—¿Y qué habrías hecho si después de conocerla, le hubiese dado la carta y me hubiese marchado sin más?

—Eso fue lo que hiciste, Sam, durante unos días. Tengo que admitir que estuve a punto de pasar al plan B y contratarla para que decorase Balfour Hall, pero al final cediste y volviste a por ella. Celebrar la cena anual aquí también fue idea tuya y ahora parece que es una pequeña venganza por mi intervención. Por favor, considérame castigado.

—No creo que estés castigado.

—Es cierto. La verdad es que estoy bastante contento, sobre todo, después de haber conocido y hablado con la señorita Halliday. Es encantadora.

—Y casi tan complicada como tú, aunque te resulte difícil creerlo —lo interrumpió Sam, recordando la pequeña trifulca que había tenido con ella un rato antes—. Es posible que dentro de poco hasta sea más lista que yo.

—¿Eso crees? En ese caso, todavía es mejor partido de lo que yo pensaba. No quería mencionarlo, pero dado que he dicho que iba a ser sincero, te diré que mientras jugaba contigo, tú estabas tan contento pensando que eras tú quien jugaba conmigo. ¿Querías utilizar mi proyecto para acercarte a la señorita Halliday y, al mismo tiempo, sacarme de mi retiro? Supongo que pensaste que matarías dos pájaros de un tiro. Ninguno de los dos está libre de pecado en esto, Sam. Sin duda, eres mi sobrino.

Sam miró a su tío con el ceño fruncido.

—Se me acaba de ocurrir algo más. ¿Dónde está Bruce?

—¿Bruce? ¿Quieres decir que adónde ha ido después de traerme la fotografía en la que estás en el callejón, cubierto de nieve artificial? Está en Hawai. Digamos que… su vuelo se retrasó, de manera inesperada, varios días.

—Hasta que yo entré en razón y volví a por Paige, y terminé poniendo en práctica sin querer tu plan B. Pero si discutiste conmigo acerca de la idea de decorar la mansión y celebrar la cena aquí. Si hasta parecías asustado.

—Sí, soy muy bueno, ¿verdad? Y tú también lo eres, Sam. Diriges muy bien todas nuestras empresas, pero todavía tengo algunos trucos que no has visto nunca antes.

Sam terminó su copa.

—Como el de hacerme pensar que estabas enfermo.

—Eso fue un golpe bajo, tengo que disculparme. Pero te hizo despertar, ¿verdad? La vida sigue, lo quieras o no. Algún día ya no estaré aquí, Sam. Te quiero, y quiero que me dé tiempo a disfrutar viéndote feliz.

—Y a disfrutar de Samuel Edward Balfour VI —comentó Sam—. Con eso sí que me diste un buen susto. Y es evidente que hablabas en serio, si no, no habrías decidido abrir Balfour Hall después de tantos años.

—Yo también sé escuchar, Sam, además de dar consejos. Sé que ya es hora. Maureen estaría enfadada si supiese que he estado tan apartado de la vida que me da miedo volver a salir. Tal vez incluso me hubiese llamado cobarde. Ella era la mujer más valiente que he conocido. Paige Halliday es la mujer adecuada para los dos, Sam, en muchos aspectos. Y además, te gusta, ¿verdad?

Sam levantó la mirada hacia el retrato de sus padres.

—Le regaló la camioneta a un orfanato. Lark Summit.

—Sí, es cierto —asintió tío Ned en voz baja, como si supiese que se estaban adentrando en terreno pantanoso.

—He visto el recorte de periódico acerca de la niña del orfanato a la que le están dando quimioterapia. Paige lleva el pelo así de corto porque donó su pelo hace dos meses para que le hiciesen una peluca.

—Eso no deja muchas dudas acerca de su gran corazón, su dedicación y su carácter, lo sé. ¿Has leído todo el informe?

Sam fijó la mirada en el fondo de la copa vacía, se sentía incómodo después de haber leído el informe hasta el final.

—Creció en Lark Summit. De padres desconocidos, no fue adoptada. Estuvo en dos familias de acogida, pero no funcionó.

Hace muchas preguntas acerca de la familia. Me ha dicho que es algo muy importante. Y yo me he reído de ella, hasta he cometido la necedad de comentar que había tenido una niñez muy triste, al no haber aprendido a hacer aviones de papel. Ese comentario debió de dolerle, aunque no lo demostró. Y nunca me ha hablado de su regalo, ni de lo que ha hecho con él.

Levantó la cabeza y miró a su tío.

—Soy un verdadero idiota, tío Ned. Sé que no tengo perdón. He intentado tratarla como trato a otras mujeres.

—Intercambiables. Prescindibles. Prácticas.

Sam levantó una mano y sonrió con ironía.

—Es suficiente. Gracias por hacerme una lista. Tienes razón. Mi pregunta es: si soy tan malo, ¿por qué has querido que conozca a Paige?

—Lo más importante, en la vida, en los negocios, es el momento en que se hacen las cosas. Cuando tuve noticias de la señorita Halliday y de su devoción por Lark Summit por primera vez, no estabas preparado para tener a alguien así en tu vida. Pero el año pasado me dio la sensación de que estabas inquieto, de que estabas empezando a darte cuenta de que tu vida no era tan perfecta como tú creías, como pensabas cuando tenías veinte años, o incluso cuando cumpliste los treinta. Si te soy sincero, mantuve a la joven en la reserva, hasta que pensé que estabas preparado.

—Es gracioso, no me di cuenta de que me habías puesto cuerdas —dijo Sam—. Aunque eso no significa que no haya sido tu marioneta.

—Estás enfadado —afirmó el tío Ned poniéndose en pie—. Y tienes todo el derecho del mundo a estarlo, hijo. Lo sentiría si no pensase que he hecho lo adecuado. ¿Vas a volver a ver a la señorita Halliday esta noche? Y, según la señora Clarkson, ¿va a venir aquí?

Sam asintió, todavía no se sentía capaz de hablar, todavía no. La ira podía hacerle decir algo de lo que luego podía arrepentirse.

—Bien. Tengo una noticia, no sé si oportuna o inoportuna para ti. Necesito que te vayas a Singapur mañana por la mañana. Volverás a tiempo para la fiesta, si trabajas mucho.

Sam se bloqueó.

—¿A Singapur? No estamos haciendo nada en Singapur.

—No digas eso hasta que no hayas leído el informe que la señora Clarkson te ha dejado arriba. Va a salir a subasta Industrias Chang y quiero estar ahí antes de que se haga público. O, todavía mejor, hacerles una oferta antes de que se sepa que la empresa está en venta. Hace mucho tiempo que andamos detrás de Chang, Sam, y

ésta es nuestra oportunidad. Podría buscar a otra persona para que fuese en tu lugar, pero creo que, en estos momentos, puede ser buena idea poner algo de distancia entre la señorita Halliday y tú. Al fin y al cabo, ella también va a estar muy ocupada durante las dos próximas semanas. Y yo estaré aquí para cuidarla.

—Ya. Tengo que contarte otra cosa. Piensa que eres uno de los jardineros.

De repente, fue como si su tío hubiese rejuvenecido diez años, sonrió de oreja a oreja, le brillaban los ojos.

—La señorita Halliday va a llevarse más de una sorpresa el día de Nochebuena, ¿verdad, Sam? Estoy deseando que llegue esa noche —luego, se puso serio—. Intenta no estropearlo, Sam. Tienes esta noche y luego dos semanas para preguntarte qué ha estado postergando tu felicidad de verdad. Confío en que, después de unos días solo, reflexionando, sabrás lo que tienes que hacer para conseguir esa felicidad.

—La ausencia es al amor lo que al fuego el aire, ¿verdad?

Tío Ned se encogió de hombros.

—También hay otro refrán que dice: ojos que no ven, corazón que no siente. Da igual lo que pase o deje de pasar entre la señorita Halliday y tú, lo importante es que creo que vas a empezar a entender por qué es como es Sam Balfour.

—Con las mujeres… digamos que sé cómo son, lo que son. Cuando las tengo delante, sé lo que quieren, lo que buscan. Y también con los hombres, ya se trate de negocios o en mi vida social. Pero no me gusta, no, no quería decir eso… No me siento cómodo rodeado de personas buenas. No me fío de ellas.

—Sí, hijo, ya lo sé. ¿Te has preguntado alguna vez por qué?

Cuando Sam le abrió la puerta de Balfour Hall a las seis y media de la tarde, Paige levantó dos bolsas que llevaba en las manos. Se colocó una sonrisa en la cara e intentó hacer caso omiso del cosquilleo que sentía en el estómago al tenerlo delante, vestido de manera informal, con unos pantalones azul marino y una camisa de punto.

—No sabía si te gustaba más la comida de Geno's Steaks o la de Pat's King of Steaks, y como están el uno enfrente del otro, he comprado bocadillos de carne con queso en los dos, para que puedas elegir. ¿Te parece bien?

—Suena bien y huele bien —contestó Sam apartándose para dejarla entrar.

Paige vio un recibidor muy agradable, mucho más pequeño que

el de la mansión, pero también impresionante.

—Vamos arriba —añadió Sam—. Le he pedido a la señora Clarkson que nos suba servilletas y bebidas.

Paige asintió, de repente, no podía hablar. Cuando subiese esas escaleras, estaría claro cómo iba a terminar aquella noche, y los dos lo sabían.

—¿No mancharíamos menos si nos los comiésemos en la cocina? —sugirió, dudando.

Sam le quitó las bolsas de las manos y se inclinó a darle un beso en la mejilla.

—¿No quiere subir a mi habitación, a ver mi colección de sellos, señorita? —bromeó.

—Muy gracioso —replicó Paige dirigiéndose a las escaleras. Iba a medio camino cuando se dijo que, por el momento, el partido iba Sam, uno, Paige, cero. No iba a pasarse la tarde contando tantos, pero tal vez no fuese mala idea estar alerta.

Se detuvo al final de las escaleras y miró a su alrededor. Había un segundo vestíbulo, decorado con mucho gusto, con maderas nobles y antigüedades. Intentó orientarse y atravesó un arco que daba a lo que parecía ser un salón. Un salón muy amplio, cómodo y acogedor.

Sam estaba justo detrás de ella.

—Continúa andando. El comedor está a tu izquierda, al otro lado de esas puertas dobles.

—Es bonito —comentó siguiéndolo hasta una mesa de comedor con capacidad para unas doce personas—. Un comedor familiar. No se parece en nada al salón de banquetes.

—No. Aquí no hay eco —dijo él mientras dejaba las bolsas, una tras otra, encima de una fuente de porcelana—. Qué bien huelen los sándwiches. Y en ninguna parte los hacen tan bien como en Filadelfia.

Paige empezó a relajarse. Aquél era Sam. Aunque estuviesen en su mansión, aunque lo suyo fuese algo temporal, a pesar de que ella pensase que podían intentar tener mucho más. Ya tendría tiempo para arrepentirse más tarde. Por el momento, prefería limitarse a disfrutar del presente.

—Deberías hacer anuncios de televisión, pero ¿para quién los harías, para Geno's o para Pat's?

—Supongo que tendría que ponerme en medio de Passyunk Avenue y señalar hacia ambas direcciones —tomó un sándwich de Geno's y lo puso en su plato—. Ahora te toca a ti.

—En ese caso, me parece justo decantarme por Pat's —dijo ella

tomando otro sándwich. Luego, se levantó—. Has dicho que había bebidas. ¿Qué quieres?

Sam tenía la boca llena, así que señaló hacia un rincón en el que estaba el bar. Paige sacó dos cervezas de una cubitera de plata llena de hielo. Cervezas en una cubitera de plata. Era cierto, los ricos eran distintos.

Mientras comían, Sam le dio más información acerca de la casa y de cómo la habían decorado siempre para la Navidad, y le prometió enseñarle más fotografías antes de que se marchase. Ella le contó las llamadas que había recibido de los diferentes medios de comunicación y le dio las gracias por la publicidad. Él contestó que era lo mínimo que podía hacer y luego tomó un segundo sándwich, en esa ocasión, de los de Pat's.

Cuando Paige sintió que no podía comer ni un bocado más, se apartó de la mesa y se puso ambas manos en el estómago.

—Supongo que no debería decir esto, pero creo que me ha gustado la cena de esta noche más que la de ayer en el restaurante. En los restaurantes no se puede comer con las manos.

—¿Te gusta hacer cosas con las manos? —preguntó Sam, guiñándole un ojo antes de terminarse la cerveza.

Volvían a pisar terreno peligroso.

—Tengo una empresa de diseño. Hay que trabajar mucho con las manos. Así que, sí, supongo que me gusta —comentó, haciéndose la tonta. Luego, sonrió—. Me gusta tocar las cosas… ¿sabes? Las distintas texturas y formas, decidir cómo combinan mejor, hacerlas encajar juntas. Me encanta la suavidad de las plumas de oca, del terciopelo, la frialdad de la seda cuando se escurre entre mis dedos, el calor casi sensual de la piel.

Pensó que aquello ya era suficiente… y acertó. Al fin y al cabo, los dos eran adultos, adultos que actuaban por propia voluntad. Y ambos sabían cómo iba a terminar aquello, ¿por qué no hacer las cosas más sencillas?

Sam le tendió la mano, y ella la aceptó. Permitió que la ayudase a levantarse y que la condujese de vuelta al salón. Una vez en el centro de la habitación, Sam se giró y la miró a los ojos.

—Entonces, ¿cuál es tu sentido favorito? —le preguntó, posando una mano en su mejilla, acariciándosela suavemente con los nudillos—. ¿El tacto?

—Esto… sí, me parece un buen comienzo, sí —contestó Paige, mientras se decía que, a partir de ese momento, lo mejor sería que pensase lo menos posible—. ¿Y el tuyo?

—También me gusta el tacto —dijo él acercando la cara a su

oreja—. Y el olfato. Hueles muy bien, Paige —se echó hacia atrás y sonrió—. Se me está ocurriendo una nueva campaña publicitaria para Pat's y Geno's. *Eau* de sándwich de queso. Podría ser un gran éxito.

Detrás de ellos, la chimenea estaba encendida, pero Paige estaba segura de que no era aquélla la fuente de su calor.

—Iba a mencionar el oído, pero creo que el perfume a sándwich me ha hecho perder el hilo. ¿Y si pasamos al gusto? —Paige se puso de puntillas y apretó los labios abiertos contra los de él. Sus lenguas se unieron al instante.

Sam la rodeó con los brazos y ella apoyó los suyos en su pecho.

Luego, cerró los ojos mientras él la levantaba en volandas y la llevaba a alguna parte más allá del vestíbulo.

Paige se sintió deleitada por un cúmulo de sensaciones familiares y extrañas cuando la dejó encima de una cama con las sábanas echadas hacia atrás. Sam se apartó de ella sólo el tiempo necesario para deshacerse de los zapatos y quitarle a ella también los suyos… le besó el empeine y avanzó por la cama hasta colocarse con los antebrazos a ambos lados de su cabeza.

Sonrió, aunque en aquella ocasión la sonrisa no alcanzó sus ojos, que seguían estando muy serios.

—El sentido número cinco, Paige: la vista. Sabía que me gustaría verte aquí —comentó en voz baja—. Llevo imaginándote aquí casi toda la vida, aunque hasta ahora, no lo sabía.

Ella quiso creerlo, deseaba creerlo. Tal vez necesitase creerlo.

—No sé qué es lo que está pasando —dijo, tal vez, mostrando más de sí misma de lo que debería.

Al fin y al cabo, y como ya le había dicho antes, sabía quién era Sam, lo que era. Había oído muchas historias acerca de él, y había leído muchas otras en Internet. Había visto fotografías de todas las mujeres con las que salía.

—Pensé que lo sabía —añadió un poco después—, pero creo que no. Quiero decir, que era todo un cuento…

—Shhh —susurró él mientras le desabrochaba la blusa—. Si vamos a empezar de nuevo, se te ha pasado el turno. El habla, el oído, era el tercero. Lo primero es el tacto —le puso la mano en el pecho y le hizo sentir una oleada de calor que bajó hasta sus ingles —. Acarí́ciame, Paige…

Con el corazón latiéndole a toda velocidad y la respiración entrecortada, Paige agradeció que la besase con pasión y le sacó la camisa de los pantalones para poder tocarle la espalda.

Tenía la piel ardiendo. Igual que ella.

Él cambió de posición, bajó los labios hacia sus pechos, atrapó un pezón a través del sujetador de seda y ella mientras tanto le desabrochó los pantalones y los quitó de su camino.

Tocar. Sam quería tocar.

Ella también quería tocar.

Tocar… y probar.

Lo oyó suspirar, casi gemir, cuando encontró su sexo y lo tomó con la mano. Estaba caliente, suave, duro. Era como una barra de acero cubierta de terciopelo.

Sam le puso el brazo detrás de la espalda y la levantó. Los dos quedaron sentados en la cama, muy cerca el uno del otro. Los ojos marrones de Sam estaban tan oscuros como la noche, la observó mientras le quitaba la blusa por los hombros y se deshacía de su sujetador.

Paige vio que le brillaban los ojos mientras le desabrochaba los pantalones, y le ayudó a quitárselos junto con las medias. Estaba tan concentrado en lo que hacía, y lo hacía tan bien…

Paige prefirió olvidar aquella parte, su evidente experiencia. Sólo quería saber lo que le estaba haciendo a ella, en ese momento. La estaba desnudando con sus manos, sí, pero había algo más. También la estaba desnudando con la mirada, con la manera de acariciarla, como si estuviese rindiendo culto a cada centímetro de su cuerpo que iba apareciendo ante él…

Sam la echó hacia abajo para apoyarla en la pequeña montaña de cojines y siguió con la boca el mismo recorrido que había hecho con las manos. La besó en el valle que se abría entre sus pechos, le pasó la lengua por el ombligo, y siguió descendiendo. Paige notó que la sensible piel que había entre sus muslos se contraía y se relajaba, todas sus terminaciones nerviosas se encendieron.

Ante la expectativa de lo que iba a ocurrir después.

Él le separó las piernas y bajó más, le puso uno de los cojines debajo de las nalgas y le hizo levantar las rodillas, para que se abriese ante él. No había pudor alguno, ni vergüenza. No podía haberlo, no cuando Sam la miraba de aquella manera, como si estuviese maravillado.

Paige sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos, sobrecogida por la adoración que veía en los de él, y los cerró al sentir el beso más íntimo que podían intercambiar dos amantes.

Sam tenía la boca caliente y húmeda, y su lengua se movía suavemente, como por arte de magia. Utilizó los dedos para abrirla más, para invadirla y siguió cada incursión en aquel nuevo territorio con su cálido aliento y su lengua curiosa. Paige apretó los

dientes al notar que iba llegando al clímax.

Y cuando pensó que no podía más y sintió un deseo tan elemental, tan fuerte que no lo podía controlar, se entregó por completo a él y le cedió todo su poder. Sam estaba haciéndole unas cosas con los dedos, con la boca, que le daban tanto placer que se le olvidó respirar, no podía respirar. Sólo podía dejarse llevar por el éxtasis que le había proporcionado, todo su cuerpo latía y se apretaba, se sacudía de placer.

—¡Sam! —lo agarró, rogándole que se acercase más a ella, que la abrazase, y que la dejase abrazarlo mientras, una vez más, intentaba anclarse a la realidad.

Pero una nueva sensación la invadió, y supo que quería dar. Había recibido, y había sido maravilloso, pero no era suficiente.

—¿Sam…?

Paige intentó tragarse el nudo de tensión y pasión que se le estaba formando poco a poco en la garganta. Lo deseaba. Quería tenerlo dentro, formar parte de él. Volvió a bajar la mano para acariciar su sexo.

—Sam. Déjame…

Él la miró, se sumergió en sus ojos. Los de él parecían estar desnudos, vulnerables. Y algo más, algo más que Paige no era capaz de nombrar, que le daba miedo identificar, porque si se equivocaba, se le rompería el corazón.

—Por favor —susurró él tumbándose de espaldas en la cama y dejándola a ella arriba, cediéndole el poder.

Paige lo besó en la barbilla, en el pecho, y fue bajando por todo su cuerpo, recorriendo cada uno de sus músculos con los dedos.

No tenía la experiencia de Sam, ni estaba segura de lo que le gustaba, ni de cómo darle placer, pero esperó que lo que le faltaba de experiencia se compensase con el deseo de devolverle al menos parte del placer que él le había proporcionado.

Tímidamente, tomó su miembro con ambas manos. Dudó antes de besarlo. Se atrevió a tocarlo con la punta de la lengua.

—Sí, sí… —lo oyó murmurar.

Luego oyó que decía también su nombre, y se perdió…

Capítulo 8

Sam subió corriendo las escaleras que llevaban a sus habitaciones en Balfour Hall, jurando, quitándose la corbata mientras ascendía los escalones de dos en dos. Tarde. Tarde. Llegaba tarde.

Ojalá no fuese demasiado tarde…

Le había prometido a Paige que volvería con tiempo, el tiempo que necesitaba para explicarle lo que no podía explicarse desde la distancia, durante las largas conversaciones que habían mantenido por teléfono. Aquellas maravillosas e íntimas conversaciones en las que a veces también habían medido las palabras con cuidado.

Ella no le había hablado del regalo anónimo que había recibido.

Y él no le había dicho por qué lo había recibido, ni qué iba a ocurrir esa noche.

Había decidido que había algo que quería explicarle cara a cara.

Se le estaba acabando el tiempo. Su vuelo se había retrasado por razones atmosféricas. Y no debía haber tomado la autopista a las cinco de la tarde. Sobre todo, con una resbaladiza capa de nieve. Además, había tenido la mala suerte de ir detrás de un imbécil con un cuatro por cuatro que pensaba que todo el mundo debía tener precaución menos él.

Aunque el dinero y la fama tenía sus ventajas. El jet privado lo había llevado desde Singapur en un abrir y cerrar de ojos, después del retraso. Y no habían tenido que pasar por la aduana, pero nadie podía influir en la Madre Naturaleza, ni en los idiotas.

Como él. Sam se había dado cuenta de que ocupaba el primer puesto en la lista de idiotas. No había sido un problema cerrar el trato con Industrias Chang. Más complicado iba a ser cerrarlo con Paige.

Porque antes tenía que cerrarlo consigo mismo. Tenía que terminar con toda una vida de ideas y conclusiones estúpidas, conclusiones infantiles que ya no tenían lugar en el mundo de los adultos.

Se quitó la ropa y se metió en la ducha, sin esperar a que el agua saliese caliente. Y volvió a maldecirse por no haberle contado a Paige la verdad, toda la verdad, acerca del regalo, y del papel que él desempeñaba en el mismo, acerca de tío Ned, de lo que iba a ocurrir esa noche, sus confesiones… todo.

Sobre todo, debía haberle hablado de tío Ned. Estaba seguro. Del dulce y viejo tío Ned. El jardinero. ¿Se presentaría en la fiesta? Por supuesto. Por nada del mundo querría perderse cómo le cantaban

las cuarenta a su sobrino.

Quince minutos más tarde, con el pelo todavía húmedo y la pajarita torcida, volvía a estar en el piso de abajo, de camino al salón de banquetes.

Al menos, durante una de las conversaciones telefónicas, había tenido el sentido común de pedirle a Paige que llegase temprano esa noche, para que hiciese de anfitriona en la cena. Así que debía de estar esperándolo, preguntándose dónde demonios estaba.

Sam se detuvo, se levantó la manga de la chaqueta del esmoquin y se miró el reloj.

—Te equivocas —se dijo a sí mismo—. No debe de estar preguntándoselo, seguro que está enfadada.

—Todavía no entiendo por qué Sam no ha querido poner tarjetas con los nombres de los invitados en la mesa —comentó Paige, uniendo las manos y estudiando la decoración de la mesa por última vez.

Mary Sue desplazó una de las copas de vino medio centímetro a la derecha.

—Relájate —la tranquilizó, aunque en su voz también había un poco de tensión—. Te ha pedido que vengas como anfitriona. Eso quiere decir que él estará en un extremo de la mesa y tú, en el otro. A no ser que quiera que te sientes a su derecha, por supuesto, porque he leído que es algo que también se hace. Además, se va a quedar de piedra cuando te vea con ese vestido y lo más probable es que quiera que te sientes en su regazo.

Paige sonrió y notó que se ruborizaba.

—Sigo pensando que es demasiado escotado —dijo poniéndose una mano en el escote—. Quiero decir, que una puede elegir entre ser sutil y decir a gritos «ven aquí, machote». Y me parece que con este vestido me he pasado.

—Está bien, llevo intentando convencerte desde que te lo probaste en la tienda, mientras te lo envolvía la dependienta y esta noche otra vez. Puedes ser una mojigata si quieres, porque, para mí, eso es lo que estás siendo. Ya está. Si sigues así, me marcho. Mi hijo me está esperando, le gustaría pasar la Nochebuena con su madre, pero me voy a quedar un poco más porque sé que estás muy nerviosa. Aunque la verdad es que estás increíble, Paige, como una mujer enamorada que espera a su hombre. Y el salón también está increíble. Anoche salió increíble en la televisión, estaba increíble en la revista y en el periódico. Y también va a ser increíble el año que viene, cuando Holidays by Halliday aparezca en la portada en todos

los quioscos de Estados Unidos.

—Sí —admitió ella recorriendo el salón de banquetes con la mirada, incapaz de contener un escalofrío que le recorrió toda la espalda—. Increíble. Gracias, Mary Sue. Y tienes razón, deberías irte a casa. Sam no tardará. Su avión debería de haber aterrizado hace ya unas dos horas.

—Habrá llegado con retraso a causa de la nieve. Las típicas Navidades nevadas en Pennsylvania, que sólo dan problemas —comentó Mary Sue mientras recogía su bolso y la mochila en la que había llevado tijeras, cinta, pegamento y todo lo que hubiesen podido necesitar para retocar alguna decoración en el último momento—. Con un poco de suerte, el resto de los invitados también se retrasará.

Paige le dio un abrazo y un beso en la mejilla.

—Gracias, Mary Sue, por todo. Y Feliz Navidad. Espera, te acompañaré hasta la puerta.

Pasaron por las mesas con los doseles de alegres rayas de colores, adornadas con centros de plantas y velas blancas en recipientes de cristal. Para la fiesta de Año Nuevo el bufé se colocaría en esas mesas, en las bandejas de plata que la señora Clarkson le había enseñado unos días antes. Había una habitación con vitrinas, todas llenas de preciosas antigüedades de plata. Tal vez aquel trabajo fuese el más importante que había aceptado nunca Paige, pero había tenido la suerte de poder contar con unos materiales que sólo podían hacer que el resultado fuese todavía más fantástico.

—Es otro mundo, esta casa, ¿verdad? —comentó Paige cuando llegaron al vestíbulo.

Se detuvo, había dejado de respirar ante el esplendor de aquel amplio espacio. Tío Ned se había superado con un centro de flores muy alto y las plantas exóticas que adornaban las escaleras llenaban la habitación con los olores de la Navidad.

—Qué… vaya.

Paige apartó la mirada de la enorme lámpara de araña que tenían casi sobre sus cabezas. Estaba adornada con una guirnalda de cristales austríacos que brillaba con todos los colores del arco iris. Además, había cambiado las cincuenta y dos pequeñas pantallas color marfil de la misma por unas rojas que había encontrado en una de las cajas. Y el efecto era perfecto. Perfecto. Pero Mary Sue estaba mirando hacia el pasillo.

—¿Qué? —preguntó. Giró la cabeza y se quedó helada—. Sam.

—Feliz Navidad, Paige —susurró Mary Sue poniéndose el abrigo

a toda velocidad—. Y buena suerte con tu regalo.

Sam se sintió casi como si fuese la primera vez que la veía. En esa ocasión no estaba cubierta de purpurina, pero también brillaba como un ángel debajo de la lámpara, con un vestido de seda plateada. Sencillo, elegante, muy sensual, con estilo, pero clásico al mismo tiempo. Tal y como era ella.

—Hola, Paige —la saludó. Por fin era capaz de volver a moverse, así que se acercó a ella y le puso las manos en las caderas —. Te he echado de menos. Mucho.

Ella bajó la mirada un momento y luego lo miró, le brillaban los ojos y a Sam le dio miedo de que fuese a echarse a llorar. Paige levantó una mano y le tocó la cara, intentó descifrar su expresión.

—Llevo dos semanas preocupándome por este momento. Y ya ha llegado.

—¿Y todavía estás preocupada? —le preguntó Sam acercándose más, apoyando sus caderas contra las de ella.

Paige negó muy despacio con la cabeza.

—No, creo que ya no. No me vas a decir adiós, ¿verdad?

—No, cariño. Esta vez no. A ti, no. Nunca.

Buscó los labios de Paige con los suyos y capturó su aliento cuando abrió la boca. Hubo pasión en el beso, en la manera de abrazarse, pero la pasión era sólo una de las cosas que sentía Sam. Se sentía en casa.

—Ven a la biblioteca conmigo —le pidió unos segundos después en voz baja—. Tenemos que hablar.

—Pero tus invitados…

Él la agarró de la mano.

—Ya lo sé, Paige. Por eso tenemos que hablar. Hay algo que quiero explicarte antes de que lleguen. Lo he demorado demasiado tiempo.

Sonó el timbre de la puerta y apareció la señora Clarkson con su sencillo vestido negro, dudó antes de abrir, miró a Sam.

—¿Va a dar la bienvenida a sus invitados aquí, señor, o espero a que usted y la señorita Halliday pasen al salón de banquetes?

—Un momento, por favor, señora Clarkson —dijo Paige—. No sé de qué quieres hablarme, Sam —levantó las manos y le enderezó la pajarita—, pero lo primero ahora son los invitados. Ya hablaremos luego, aunque me gustaría que vieses el árbol de la biblioteca. Es impresionante. Y también quiero que veas el resto de la casa. No has dicho nada del recibidor. A mí me parece que lo han dejado perfecto, entre tío Ned y la panda. Tío Ned ha sido de gran ayuda,

no creo que lo hubiese conseguido sin él.

—Sí, siempre es de gran ayuda. Un verdadero Papá Noel —Sam levantó una mano a la señora Clarkson para indicarle que siguiese esperando—. Está bien, pero antes quiero que me prometas algo, Paige.

—¿Sam? ¿Qué ocurre? Pensé que estábamos…

—¿Bien? ¿Pensabas que estábamos bien? Y lo estamos. Yo lo estoy, y espero que tú también, pero hay ciertas cosas que no sabes…

Volvió a sonar el timbre.

Sam apoyó ambas manos en los hombros de Paige.

—¿Confías en mí?

—¿Confiar en ti, Sam?

—Tienes que confiar en mí. Oigas lo que oigas esta noche, pase lo que pase, porque sólo Dios sabe qué tendrá planeado tío Ned, sólo quiero que recuerdes que da igual. Que esta noche no importa nada, Paige, salvo tú y yo.

—¿Tío Ned? ¿Qué iba a tener planeado tío Ned? Me estás asustando, Sam —le advirtió Paige en voz baja.

—¿Pero lo harás?

—¿Confiar en ti? —asintió—. Sí, Sam. Te lo prometo.

Sam suspiró y le hizo una señal a la señora Clarkson para que abriese la puerta.

Sam la presentó como «el genio que había detrás de aquella magnífica decoración», su «buena amiga» Paige Halliday.

Ella escuchó con atención cada vez que le presentaba a un nuevo invitado, preguntándose qué había esperado oír y no había oído. No obstante, Sam la tuvo agarrada de la cintura todo el tiempo, muy cerca de él, mientras servían las bebidas y pasaban los camareros con bandejas de canapés.

Dejó de contar después de que hubiesen llegado tres parejas, ya que sólo quedaba un asiento libre en la mesa, un asiento que Sam le había dicho que no estaba seguro de que hiciese falta. Si llegaba la hora de pasar a la mesa y no había aparecido ese último invitado, retirarían el servicio.

Por último, entró la señora Clarkson y se acercó a Sam para decirle algo en voz baja, él salió del salón con ella, dejando a Paige sola. Estaba encantada de que le estuviese prestando tanta atención, de que la hubiese tenido todo el tiempo a su lado, pero había empezado a sentirse como si estuviesen unidos por la cadera, o como si a él le diese miedo perderla de vista. No obstante, dado que era la anfitriona, tenía que mezclarse más con los invitados.

Paige aceptó los cumplidos que le hizo todo el mundo y les explicó que el día de Año Nuevo habría otra fiesta en la que los puestos se utilizarían para poner la comida y la bebida.

Emily Raines, una rubia bajita con un entusiasmo contagioso, casi llegó a sugerir que Paige era una artista.

—Y, como artista yo también, tengo que decir que estoy muy celosa. Hace falta tener mucha vista para hacer de un lugar tan inmenso un ambiente tan… íntimo.

—Mi novia sabe de lo que habla, Paige —añadió Colé Preston mientras pasaba el brazo alrededor de Emily—. Deberías ver lo que hizo con un edificio abandonado y un gran sueño.

—Y con un enorme golpe de suerte en forma de cheque, muy generoso y anónimo, por cierto —le recordó Emily—. Así es como describe Libby lo que nos ha pasado a las dos.

Colé la miró como si no la entendiese, y Emily se rió.

—Libby Jost, esa chica tan guapa a la que estabas intentando no devorar con la mirada hace un minuto. Las mujeres vamos cinco minutos al cuarto de baño a retocarnos el maquillaje y acabamos hablando de muchas cosas. Además, todos sabemos más o menos lo que estamos haciendo aquí. Vamos a conocer a nuestro misterioso benefactor. Y yo estoy encantada de poder darle por fin las gracias.

Paige sonrió mientras Emily y Colé seguían hablando de su centro de arte para jubilados y fue a hablar con la otra chica con la que Emily había estado en el cuarto de baño. Pero su mente había empezado a darle vueltas a algo, y el corazón se le había acelerado en el pecho.

Libby y su prometido, David Halstrom, estaban charlando con la tercera pareja, formada por un distinguido y guapo médico, Seth Andrews, y su novia, Becca. Paige dudó antes de interrumpirles, pero Becca no tardó en indicarle con un gesto que podía unirse a la conversación.

—¿No te parece emocionante? —le preguntó Becca a Paige—. Ya sabes, las tres, bueno, los seis, llevamos desde el día que recibimos nuestros regalos preguntándonos quién podía ser tan amable, tan generoso. Y después recibimos las invitaciones a la cena. No sabes lo nerviosa que estoy.

—Nerviosa porque vas a conocer a nuestro multimillonario y ermitaño Papá Noel —aclaró Libby Jost.

Su novio sacudió la cabeza.

—Perdónala, por favor, Paige. Ha leído una columna en una revista de cotilleos en la que ponía que hay un Papá Noel por ahí que premia a la gente buena, o algo así.

—Sí, y también lo he leído en Internet, hay una tal Leticia Trent que lleva mucho tiempo escribiendo acerca de él.

—Lo que, por supuesto, hace que la historia sea verdad —comentó David guiñándole un ojo a Paige—. ¿O acaso sabes tú algo que nosotros desconocemos? Sam parece un buen tipo, y este lugar es impresionante, pero no se parece demasiado a Papá Noel.

Paige siguió sonriendo, aunque se le había hecho un nudo en el estómago.

—Esto… ¿Qué es exactamente lo que hace ese Papá Noel? Lo siento, pero me parece que no me he enterado bien.

Libby se lo explicó y Emily y Colé se unieron al grupo. Según la tal Leticia Trent, había un multimillonario anónimo, y Paige suponía que podía ser el propio Sam, que elegía a varias personas para hacerles un regalo, ya fuese dinero u otra cosa, para recompensarles por haber hecho algo bueno y desinteresado. Si la persona se quedaba con dicho regalo y lo utilizaba como haría más o menos el noventa y nueve por ciento de la gente, o sea, para sí misma, allí se terminaba la historia.

—Pero —dijo David—, si la persona utiliza el regalo de manera generosa, para los demás, entonces le hacen otro regalo. Según la señora Trent, ese segundo regalo es un millón de dólares libre de impuestos.

—¿Qué? —Paige recorrió el salón con la mirada en busca de Sam, al que acababa de decidir que iba a matar. Y de manera lenta y muy dolorosa.

—Es un rumor, un cotilleo, pero si es verdad, David y yo ya hemos decidido que no nos quedaremos con el dinero. Aunque vosotros podéis hacer lo que queráis, claro. Es sólo lo que hemos decidido nosotros después de leer los artículos.

El doctor Seth Andrews miró a Becca.

—Es una historia… muy interesante, ¿verdad? Yo pensé que sólo íbamos a conocer a la persona que nos había hecho el regalo. No habíamos imaginado que iba a pasar algo tan extraño, ¿no es cierto, cariño? No sé si quiero quedarme a verlo.

Becca suspiró.

—Yo sólo sé que alguien nos hizo un regalo, y quiero darle las gracias —se volvió hacia Paige—. Además, dudo mucho que ese hombre quiera regalar tres millones de dólares. Me parece que esa historia no es más que un cotilleo. No puede ser otra cosa.

—Por supuesto —dijo Paige—. Seguro que es sólo un cotilleo.

Luego, puso la excusa de que tenía que revisar algunos detalles de última hora antes de que se sentasen a cenar.

Nada más darles la espalda a los seis invitados dejó de sonreír y frunció el ceño mientras buscaba a Sam con la mirada, que debía de estar escondido en alguna parte.

Todo estaba empezando a encajar para ella. Sam era… Papá Noel. Él mismo había escrito la carta que le había llevado. Él lo había planeado todo, había investigado acerca de ella, había observado lo que había hecho con su regalo, la había contratado para decorar su casa, examinándola cual gusano bajo un microscopio, para ver sus reacciones, su manera de actuar.

Estaba empezando a sentir náuseas.

Era asqueroso.

Repulsivo.

Aunque…

También había sido una camioneta nueva para los niños de Lark Summit. Un gran centro de arte para los jubilados de Kansas. Una clínica en el oeste de Virginia. Y un maravilloso parque infantil en Missouri.

Pero a Paige seguía sin cuadrarle que aquello lo hubiese hecho el Sam Balfour que ella conocía. Entonces se volvió y vio que todo el mundo estaba mirando a Sam, que acababa de pedirles que le prestasen atención.

La estaba mirando a ella como si estuviese preocupado, y Paige hizo un esfuerzo por no salir corriendo del salón. Sam le había pedido que confiase en él, así que al menos se quedaría a escuchar lo que iba a decirles.

Aunque más le valía empezar a hablar pronto.

—Quiero agradeceros a todos que hayáis venido aquí esta noche —empezó, sonriendo—. Aunque creo que más que una invitación, recibisteis una orden. Supongo que a estas alturas ya sabéis que todos habéis recibido un regalo anónimo este año, y supongo que pensáis que esta noche estáis aquí para darle las gracias a vuestro benefactor. Pero ése no es el verdadero motivo. Estáis aquí porque vuestro benefactor quiere daros las gracias a vosotros. Está orgulloso de vosotros, se ha sentido reconfortado por vuestros actos y, tengo que admitir, que me ha demostrado lo equivocado que estoy yo, y la razón que tiene él. Todos vosotros sois seres humanos excepcionales. Habría quien diría que formáis parte de una especie en extinción, aunque vuestro benefactor no está de acuerdo.

Paige se humedeció los labios, tenía la garganta seca. Sam estaba imponente y su discurso, que estaba dando con voz humilde, le hizo sentir que no lo conocía en realidad.

—Más tarde hablaremos de los pasos legales y otras

formalidades, y tendréis que firmar unas cláusulas de confidencialidad, pero, por el momento, dejad que os anuncie que las cuatro: Libby, Becca, Emily y… Paige, de entre todas las personas que han recibido regalos anónimos este año, vosotras os habéis ganado no sólo la admiración de vuestro benefactor, sino también un cheque por valor de un millón de dólares libre de impuestos.

Una de las mujeres dio un grito ahogado, y Paige oyó que Libby murmuraba:

—Os lo dije.

—Si todo hubiese transcurrido como de costumbre —continuó Sam—, vuestro benefactor seguiría siendo anónimo, pero he conseguido convencerlo para que, después de muchos años jugando a ser Papá Noel, como dice mucha gente, salga por fin de las sombras para conocer a las personas a las que tanto admira. Así que, señoras y señores, aquí está mi tío, Samuel Edward Balfour IV.

Sam señaló un arco de entrada que estaba en la otra punta del salón y Paige se dio la vuelta a la vez que todo el mundo y vio…

—¿Tío Ned?

Su pelo cano brillaba bajo la luz de las lámparas de araña, sonreía más que ninguno e iba vestido con un esmoquin que le sentaba maravillosamente, mucho mejor que los monos de trabajo y las camisas de franela. Se detuvo, buscó a Paige con la mirada y la saludó con timidez.

Paige empezó a negar con la cabeza, muy despacio, y retrocedió.

—No… no…

Se volvió y corrió hacia el vestíbulo.

—¡Paige! ¡Paige, espera! Maldita sea, Paige, me has prometido que ibas a confiar en mí.

Paige se detuvo en medio del enorme vestíbulo y se acordó de que tenía el bolso y el abrigo en la biblioteca, y de que estaba nevando fuera. Ya que no podía irse a ninguna parte, diría lo que tenía que decir. Se dio la vuelta para enfrentarse a él.

—Y tú me habías prometido que… Olvídalo. La verdad es que no me has prometido nunca nada, ¿verdad? Me contaste un cuento y yo te creí como una tonta. Tú y tu tío, los dos. Han sido todo mentiras. Hacéis muy buena pareja, y yo he hecho el ridículo.

—Debí habértelo dicho antes —admitió Sam acercándose a ella muy despacio, como si temiese que se echase a correr en cualquier momento—. Lo he hecho muy mal, y lo sé. Quería contártelo, pero el tío Ned quería permanecer en el anonimato… Y tú nunca me dijiste nada del regalo. Yo esperaba que algún día confiases en mí y

me lo contases, pero no ocurrió.

Paige apartó la mirada, odiaba que Sam tuviese razón. Debía habérselo contado, pero no lo había hecho.

—Tenía miedo de que la camioneta tuviese que ver con algún negocio ilegal.

Sam sonrió, y a ella le entraron ganas de pegarle. Lo quería, pero eso no significaba que no se mereciese un buen golpe.

—¿Ilegal, Paige? ¿Cómo iba a ser ilegal?

—¡No lo sé! Te hablé de blanqueo de dinero, aunque eso no tenía sentido. Nada tenía sentido. Y tú me dijiste que eras sólo un intermediario, que venías de parte de un cliente, o algo así. ¿Cómo iba a contarte yo algo que tu cliente no te había contado? Sobre todo, si había algo extraño en todo esto. No quería que me dijeses que tenía que devolver la camioneta, Sam. Esos niños la necesitaban. Así que… supongo que intenté no pensar en el tema, olvidarme de lo que había pasado.

—¿Y ahora estás enfadada porque tienes un millón de dólares más que hace un rato?

—¡Sí! ¡No! —se frotó la cara con la mano, sin pensar en el maquillaje—. Quiero decir, que también voy a dar ese dinero a Lark Summit. Yo puedo ganarme perfectamente la vida, como he hecho siempre.

—Pero no se te olvida de dónde vienes, ¿verdad? —comentó Sam.

Ella lo miró fijamente.

—Tú… tío Ned… ha hecho que me investiguen, ¿verdad? Supongo que sabes más de mí que yo misma.

—Sé quién eres, Paige. Una buena persona. Y mucho más que eso. Eres como mi padre, aunque hasta hace muy poco no sabía por qué me sentía tan enfadado con él, ni por qué no quería creer las ideas de mi tío. Eres una persona buena que hace cosas buenas.

Ella negó con la cabeza.

—No, no es así. Quiero decir, con respecto a mí, no a tu padre. No intentes santificarme, Sam. Soy una persona egoísta. Si le di la camioneta a Lark Summit, si decoro la residencia en Navidad y hago cosas así, es porque soy egoísta. Lo hago porque me siento bien ayudando a esos niños.

—Ya discutiremos eso más tarde —dijo él agarrándola de la mano—. Ven, vamos a la biblioteca mientras el tío Ned habla con los invitados, quiero ver ese árbol de Navidad hecho con flores de Pascua.

Paige dejó que la guiase hasta la biblioteca, hasta donde estaba

el árbol de Navidad de ponsetias, la decoración que más le gustaba de toda la casa.

—Es precioso, ¿verdad?

—Es tal y como lo recordaba —dijo Sam, inclinándose para darle un beso en la mejilla—. Muchas gracias, Paige. Puedes pensar lo que quieras, y estoy seguro de que lo harás, pero creo que has cambiado mi vida, y también la de tío Ned. Cuando empecé con esto, no tenía ni idea de cómo iba a terminar, pero supongo que ha ocurrido. Tal y como diría mi tío, por fin he crecido. Puedes hacer lo que quieras, quedarte o marcharte, pero antes de nada, quiero decirte que te quiero, Paige. Te quiero, y quiero que formes parte de mi vida, si me aceptas. Ahora, y para el resto de nuestros días.

Si había algo que Paige había aprendido al crecer «dentro del sistema» era cómo escoger sus batallas, luchar en ellas, y cuándo era más sencillo rendirse y dejar que ocurriese lo que era inevitable.

Y Sam era inevitable.

—Oh, Sam…

—Sé que todo esto está ocurriendo muy deprisa para ti. Y para mí también. Pero cuando te he visto en el vestíbulo, debajo de la lámpara, lo primero que he pensado ha sido que te quería. Después, que me gustaría que hubiese niños sentados detrás de ti en las escaleras, viendo cómo su bellísima madre y su orgulloso padre daban la recepción anual de Nochebuena. Por un momento, Paige, esa imagen ha sido tan clara en mi mente, que he tenido que tomarme el tiempo necesario para volver a la realidad. Pero todo es posible. Si me perdonas por haber sido tan…

Paige le tapó la boca.

—Estás hablando demasiado, Sam. Por favor, deja de hablar, cállate y bésame…

Epílogo

Sam y Paige entraron en el estudio privado de tío Ned. Los dos estaban sonriendo todavía por la manera en que Sam había atravesado el umbral de sus habitaciones con ella en brazos unos minutos antes, y por cómo casi se le había caído de los brazos al encontrarse allí con una de las chicas de la limpieza, que estaba pasando la aspiradora por la moqueta. Había intentado marcharse con tanta rapidez que el cable de la aspiradora se había enredado en las piernas de Sam.

Sam había dicho que eso les pasaba por haber vuelto dos días antes de lo previsto de su luna de miel, pero faltaban sólo tres semanas para Semana Santa, y Mary Sue había llamado y, después de disculparse por molestarles, le había dicho a Paige que Paul se había caído de una escalera, y que la necesitaban en Holidays by Halliday. Lo antes posible.

—¡Sam! ¡Paige! Ya estáis en casa —exclamó tío Ned, haciendo una reverencia como si se encontrase ante los reyes—. Qué buen aspecto tenéis, los dos. ¿Qué tal la luna de miel? ¿Qué tal en Barbados?

—La próxima vez tienes que venir con nosotros, tío Ned, para que no tengamos que contártelo —contestó Sam mientras Paige se acercaba a darle un beso y un abrazo a tío Ned—. Nos prometiste que no te ibas a quedar aquí escondido, ¿recuerdas?

—Tengo que contaros que el otro día llamé a Bruce y salimos a dar un paseo en coche —levantó la vista hacia Paige—. Fuimos a Lark Summit. Me parece que les gustaría tener un campo de béisbol.

—Sí —admitió Paige, sonriendo a Sam—. Ya lo sé.

—¿Y sabes que Bruce fue casi profesional, Sam? Se ha ofrecido para entrenar de vez en cuando a los niños.

—¿De verdad? ¿Quiere eso decir que ya no le vas a mandar por todo el país para que investigue a nadie para tu proyecto, escondiéndose detrás de los árboles e invadiendo la privacidad de la gente, tal y como dijo Paige?

—Me parece que hacer de Papá Noel se ha terminado. Tenías razón, Sam. Esa mujer, Leticia Trent, está enterándose de demasiadas cosas. Y parte de la gracia del proyecto consistía en permanecer en el anonimato, si dejo de estarlo, no merece la pena hacer las cosas a escondidas. Paige, dentro de unas semanas te pediré que me firmes unos papeles, y me encantaría que me ayudases a gestionar la Fundación Maureen Balfour. Porque aunque nos parecía divertido que nadie supiese quiénes éramos, lo que más

nos satisfacía en realidad era hacer los regalos.

Paige le dio otro abrazo.

—Será un honor, tío Ned. Muchas gracias —luego, se inclinó para tomar un recorte de periódico que había encima de la mesa—. ¿Qué es esto? ¿No es…? Sam, mira, es una fotografía de Libby Jost.

Sam tomó el recorte y leyó en voz alta:

—Hoy mismo se ha anunciado una importante ampliación del nuevo parque infantil. Libby Jost, que en la imagen aparece entregándole un cheque de un millón de dólares al alcalde, Cliff Hagen, ha dicho que el dinero estará destinado a la compra de un tiovivo y a realizar otras mejoras. Espera que con las entradas del tiovivo y el alquiler del edificio que habrá al lado para realizar fiestas, el parque obtenga los ingresos necesarios para su mantenimiento.

—Es la última adquisición para mi álbum de recortes. Ahora, vamos a empezar un álbum nuevo, Paige, lleno de flores para mi Maureen.

—Oh, tío Ned, no podías haber elegido un nombre mejor para la fundación.

—¿Cuál será mi trabajo, tío Ned? —preguntó Sam mientras Paige volvía a su lado y lo abrazaba por la cintura—. ¿O voy a tener que limitarme a mirar?

Tío Ned le guiñó un ojo a su sobrino.

—No pensé que quisieras participar. ¿De verdad quieres ayudar, Sam? ¿De corazón?

—De corazón, tío Ned. No hay nada que me apetezca más, de verdad. Salvo besar a mi mujer, por supuesto.

Y eso hizo.

Fin